



# CARMEN SERDÁN

MARTHA PORRAS • MARÍA ALEJANDRA DOMÍNGUEZ



**Puebla**  
Contigo y con rumbo  
Gobierno Municipal

**IMAC**  
Instituto Municipal de Arte  
y Cultura de Puebla

## **H. Ayuntamiento de Puebla**

Eduardo Rivera Pérez

*Presidente Municipal Constitucional*

## **Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla**

Fabián Valdivia Pérez

*Director General*

## **Subdirección de Desarrollo Artístico, Cultural y Patrimonial IMACP**

Mauricio Pardo Ruiz

## **Coordinación de Fomento a la Lectura y Editorial IMACP**

Diego Rodríguez Moreno

## **D.R. Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla.**

Avenida Reforma 1519, Barrio de San Sebastián.

C.P. 72090, Puebla, México.

Primera edición: 2023

ISBN: 978-607-8123-92-6

Diseño editorial: Enigma. Ganadores del «Premio Nacional Diseña México» y de los «Latin American Design Awards».

Diseño de portada: Guillermo de Uriarte e Isaías Loaiza

Diseño de interiores: Aristeo García e Isaías Loaiza

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Hecho en México.



**Puebla**  
Contigo y con rumbo  
Gobierno Municipal

**IMACP**  
Instituto Municipal de Arte  
y Cultura de Puebla

# Carmen Serdán

Martha Porras

Alejandra Domínguez

Como sociedad tenemos una asignatura pendiente en cuanto al reconocimiento y valoración de la importancia de las mujeres en los procesos históricos formativos de México; siendo la poblana Carmen Serdán una referencia icónica, cuya presencia en el nacimiento del movimiento revolucionario mexicano es un orgullo para nuestra ciudad.

Aunque su nombre es frecuentemente mencionado, poco se sabe y se habla de ella y de su contexto cercano. Por ello, esta obra, redactada en forma de novela histórica, busca ampliar a los lectores el panorama sobre la vida de Carmen Serdán, reconociéndola como una mujer sobresaliente y adelantada a su tiempo en pensamiento y acción, una figura inspiradora, apegada a su familia y fieramente comprometida con su ideario político.

Las actuales generaciones y las venideras descubrirán en estas páginas a una Carmen Serdán trascendente, identificando los motivos por los que se convirtió en promotora del estallido revolucionario que cambió el rumbo de nuestra Patria.

Además, en esta obra hallarán una importante reflexión sobre la persona, más allá del personaje.

La recreación novelada de un personaje histórico mediante la ficción no sólo es un reto creativo sino también un importante compromiso deliberativo alrededor de los ideales del mismo, un reto que esta publicación asume y cumple con creces.

Disfrutemos, pues, de la voz de esta heroína nacional.

**Eduardo Rivera Pérez**  
Presidente Municipal de Puebla  
2021 - 2024

De Martha Porras:

A mi esposo Horacio Hidalgo Mendoza, a mis hijos: Francisco y Martha Noriega, a mi yerno Eduardo Ventosa Z., a mis nietos: Martha, Montserrat y Eduardo, a mis hermanos: Armando y Rocío Porras, a mi cuñada María Alejandra Méndez, a mis sobrinos: Jaime, Vivian, Rocío, Gilberto, Alejandra, Íñigo, Armando, Priscila y Adriana. A mis sobrinos nietos: Patricio, Victoria, Íñigo, Santiago, Alexa, Armando, Marcelo, Vivian y Samantha. A la memoria de mis padres Martha y Armando Porras.

De María Alejandra Domínguez:

A mi esposo Guillermo Sedas Toriz, a mis hijos: Leonardo y Marco Sedas, a mis padres: Marín Domínguez Aguirre y Dolores Sánchez de Domínguez, a mis hermanos: Héctor, Bernardo y Marina Domínguez, a mis sobrinos: Helena Domínguez, Marina Fajardo, Diego y María Dolores Domínguez, Andrea, Alejandro y Antonio Páez.

A la memoria de Carmen Serdán y de todas  
las mujeres que participaron en la Revolución  
que se inició en Puebla.

Esta novela no es una biografía autorizada.  
Es una libre interpretación de hechos históricos, así como en relación a los personajes.

# ÍNDICE

- \*[19]\* Prólogo
- \*[23]\* Francisco I. Madero en Puebla  
*Carmen Serdán*
- \*[31]\* «La Azucena»  
*Tere de Velazco*
- \*[37]\* La huelga de Río Blanco  
*Lola «Fuego»*
- \*[43]\* Coyame y Catemaco  
*Milagros Cóbix*
- \*[49]\* La casa de los Picos  
*Carmen Serdán*
- \*[57]\* Boda en Santo Domingo  
*Tere de Velazco*

- \*[63]\* La casa de Ángela  
*Lola «Fuego»*
- \*[67]\* Encuentro con San Cristóbal  
*Milagros Cóbix*
- \*[71]\* La muerte de mi padre  
*Carmen Serdán*
- \*[79]\* Banquete en la portería de  
*Santa Clara número 4 Tere de Velazco*
- \*[83]\* Aniceto y Rosa  
*Lola «Fuego»*
- \*[87]\* El mercado La Victoria  
*Carmen Serdán*
- \*[91]\* La Virgen de los remedios  
*Milagros Cóbix*

- \*[95]\* La casa de Santa Clara  
*Carmen Serdán*
- \*[101]\* Dos Orillas  
*Tere de Velazco*
- \*[107]\* Valverde y Paquita  
*Lola «Fuego»*
- \*[111]\* El corazón de Tere  
*Milagros Cóbix*
- \*[115]\* Sucesión Presidencial  
*Carmen Serdán*
- \*[121]\* Sopa borracha  
*Tere de Velazco*
- \*[127]\* Rifles de San Antonio  
*Lola «Fuego»*

- \*[131]\* Mercado La Victoria  
*Milagros Cóbix*
- \*[135]\* La Familia Serdán  
*Carmen Serdán*
- \*[139]\* El pasaje de los vitrales  
*Tere de Velazco*
- \*[147]\* Paisajes de México  
*Lola «Fuego»*
- \*[151]\* Un amuleto para Carmen Serdán  
*Milagros Cóbix*
- \*[155]\* El espejo de la sala  
*Carmen Serdán*
- \*[159]\* Las Gemelas  
*Tere de Velazco*

\*[163]\* Bombas y pólvora  
*Lola «Fuego»*

\*[169]\* Máximo y Aquiles  
*Carmen Serdán*

\*[173]\* Leandro Valle  
*Tere de Velazco*

\*[177]\* Catalina Urquidi  
*Lola «Fuego»*

\*[183]\* Señor Santiago  
*Milagros Cóbix*

\*[185]\* Fraude  
*Carmen Serdán*

\*[193]\* Arresto  
*Lola «Fuego»*

- \*[199]\* 18 de Noviembre de 1910  
*Tere de Velazco*
- \*[203]\* Libertad  
*Lola «Fuego»*
- \*[207]\* La Prisión  
*Carmen Serdán*
- \*[211]\* El diario de Carmen  
*Tere de Velazco*
- \*[219]\* La Bola  
*Lola «Fuego»*
- \*[227]\* Despedida  
*Milagros Cóbix*
- \*[231]\* La Revolución en Marcha  
*Carmen Serdán*



# Prólogo

Dicen que la vida es un rosario de encuentros afortunados entre personas que coinciden en lugares y momentos precisos. Existen intersticios, coyunturas que pueden generar algún cambio, alguna posibilidad. En este caso, el embrión de una novela.

Puebla tiene avenidas, un estadio de béisbol, un aeropuerto y varias escuelas en donde se repite un apellido célebre: Serdán. ¿Qué sería de Puebla sin sus héroes, sus chiles en nogada, sin sus ángeles que la trazaron tan estupendamente? Si uno vive en Puebla o tuvo la fortuna de haber nacido en este territorio bien sabe que los atardeceres de acuarela con silueta de volcanes dan el marco perfecto a la creación literaria. Solo hace falta concentrar la mirada un poco y remontarse al pasado. Ahí encontramos personajes tan importantes para nuestra historia nacional como los hermanos Serdán, quienes literalmente hicieron estallar la Revolución Mexicana. Ellos son inicio, mecha, apertura. Todo un tema que desborda la imaginación y pone a trabajar la pluma a marchas forzadas.

Martha y yo nos encontramos en un punto y en un camino. Fue un afortunado encuentro. Maru —María Sanz— me proporcionó sus datos. Luego me enteré que Maru ni siquiera conocía a Martha, aunque al principio pensé que eran amigas. Posteriormente resultó que yo las había presentado. Todo un enredo que no interesa ahora. La cuestión es que llegamos a la hora exacta en un punto determinado. Si Martha hubiera llegado un minuto tarde, ya no nos

## PRÓLOGO

habríamos conocido. Y seguramente la novela que escribimos juntas sobre Carmen Serdán ahora no existiría.

Realmente no fue nada difícil ponernos de acuerdo, cuando dos personas saben exactamente cuál es el objetivo de un proyecto se concentran al máximo para dar lo mejor de sí mismas. Los meses se pasaron volando en el año de la influenza porcina. El año también víspera del Bicentenario. Nos reuníamos los martes para moldear las palabras, recitar nuestros hallazgos, celebrar la inspiración. Las jarras de café se terminaban y el sol se deslizaba por los estantes de los libros mientras íbamos develando el rostro imaginado de una Carmen Serdán que no conocíamos, la faz de otros tres personajes femeninos que creamos solidarios como comparsa, acompañamiento, sostén y compañía de nuestra protagonista.

Ahora me viene a la mente la historia de dos niñas que hicieron creer al mundo que habían encontrado un bosque de hadas. En su juego infantil tomaron fotos de ellas mismas posando en la compañía de seres alados. Los adultos creyeron que eran imágenes de hadas verdaderas. Martha y yo hicimos algo parecido cada martes subidas en un carro de palabras. Inspiradas en la historia, creamos personajes de papel. Probablemente se asemejan a los que realmente vivieron en tiempos de la Revolución; esa era nuestra intención. Pero también teníamos otra mira al emprender esta aventura. Nos interesaba conocer más sobre la mujer que precipitó un movimiento tan importante para México. Ficcionalizar la historia es una manera muy interesante de reflexionar sobre ella, de aprehenderla de una manera diferente.

Para darles vida a estos personajes recurrimos a algunas fuentes de información. Estos documentos fueron la tela que nos permitió confeccionar un traje a la medida. Debemos muchos datos de las actividades y personalidad de Carmen Serdán al libro de Anita Aguilar, *Carmen Serdán, semilla de la Revolución* de la editorial Alhambra Mexicana. De igual manera al libro *Marcos Serrato, la dama de la Revolución*, editado por el Gobierno del Estado de Puebla. Otro libro interesante sobre el tema es el de Ángeles Mendieta, titulado *Carmen Serdán*, editado por el Centro de Estudios Históricos de Puebla.

De igual manera, tomamos algunos datos de los hermanos Serdán del autor Jesús Flores Sevilla en *La familia Serdán*, editado por la SEP. Fue una fuente importante también el libro de Rafael Tafolla, *Aquiles Serdán*, editado por el Gobierno del Estado de Puebla.

Por su parte, Enrique Krauze explica de forma muy amena los rasgos peculiares de Madero en su libro *Madero, místico de la libertad*, editado por Clío. Raúl Moncada, a través de su libro *Charlas de Café, Los hermanos Serdán*, nos aportó un recurso fresco para acercarnos a los Serdán; diálogos con Aquiles y Carmen. El libro de la China Mendoza, *In memoria*, editado por la Casa de Cultura de Puebla nos ofreció el recurso del espejo como una posibilidad maravillosa.

El propio libro de Martha y de su padre, Don Armando Porras y López, Puebla, biografía de una ciudad, editado por la BUAP fue una referencia histórica para situarnos en el momento. En ese mismo sentido nos sirvió Puebla a través de los siglos, editado por el Gobierno del Estado de Puebla. Un documento gráfico y útil fue *Vida cotidiana Ciudad de México 1850-1910* de Cristina Barros y Marco Buenrostro editado por Fondo de Cultura Económica. Del historiador y cronista de la ciudad, el maestro Pedro Ángel Palou, Aquiles Serdán. Y *El antirreeleccionismo en la ciudad de Puebla (1909-1911)* de Rodrigo Fernández Chedraui, editor.

Contagiadas de entusiasmo, Martha y yo también fuimos al Archivo General de la Nación. La sensación de utilizar guantes y tapaboca fue muy peculiar, como si estuviéramos desenterrando a alguien muy querido. Encontramos cartas de Carmen Serdán dirigidas al señor Madero, a quien llamaba cariñosamente «Pancho». También proclamas y arengas. Una carta de Carmen aclarando los sucesos del diez y ocho de noviembre en un periódico de la época. Leer sus propias palabras nos dejó una sensación indescriptible. Ahí estaba el expediente Haro y Tamariz, donde encontramos algunas hojas de una incipiente novela sobre Carmen Serdán y, por supuesto, fotos.

El resultado de la complicidad entre Martha y yo es *Carmen Serdán*. Es un juego literario, una creación respetuosa sobre una poblana que ambas admiramos y cuya vida nos ha inspirado en

## PRÓLOGO

muchos sentidos. Estamos seguras que aún hay mucho que decir sobre la participación de la mujer en la Revolución. La nuestra pretendió ser una aportación a un mundo que falta, como dicen Deleuze y Guattari. Quisimos ser adelitas por un momento, como Lola «Fuego», ser las amigas solidarias de Carmen como Tere de Velazco, o las curanderas como Milagros Cóbix. Nos enredamos en esos rebozos, en esos espejos, en esas yerbas.

María Alejandra Domínguez

*Puebla, Puebla, a 29 de mayo de 1910*

## Francisco I. Madero en Puebla

*Carmen Serdán*

*El recibimiento fue apoteótico. El catorce de mayo, al filo de las siete y media de la noche, llegó a nuestra ciudad el señor Madero. Una comisión de diferentes clubes antirreeleccionistas se adelantó, esperando en la estación de Apizaco en el vecino estado de Tlaxcala. En nuestra ciudad Aquiles y yo acudimos a la estación para recibir al candidato.*

*Hoy empiezo a escribir sobre mi vida, a plasmarla en las páginas rayadas de este cuaderno de pastas rojas que me regaló Milagros. Ayer fui a visitarla a La Victoria. Me recibió, como siempre, de buenas; con una gran sonrisa y afecto especial. Fui a recoger el té mezcla de belladona y yerba buena que me preparó para el dolor de rodillas. Me cobró el preparado y me dio este maravilloso regalo. Dice que debo expresar lo que siento, lo que me preocupa, lo que estoy viviendo, que si no lo hago caeré enferma irremediablemente. Quiero creer que servirá de mucho relatar todo lo que ha sido mi vida y cómo llegué a ser esta que soy, una «mujer singular», dicen algunos. Yo no creo ser tan especial, sino que tuve la fortuna de nacer en una familia de hombres justos y sabios; debo mucho de mi formación y carácter a mi padre y a mi abuelo Manuel Alatraste, dos robles que me dieron la fortaleza para seguir adelante y a quienes debo cualquier idea luminosa. Hay mucho que*

*contar en estas líneas en blanco, que iré relatando a medida que las emociones y recuerdos me invadan.*

*Quiero iniciar este proyecto de escritura narrando la jornada del catorce de mayo hace apenas unos días. El resumen de esa fecha memorable es que la unión de los antirreeleccionistas dio frutos y pasos firmes. Habíamos soñado tanto con ese día que parecía inalcanzable, sin embargo todo salió como estaba planeado, sin sobresaltos y con un éxito arrollador.*

*El pueblo de la Angelópolis comenzó a congregarse en la estación de ferrocarriles, a medida que se acercaba la hora crecía la multitud en tal forma que cuando la locomotora silbó advirtiendo que el convoy estaba entrando a la estación, un grito de entusiasmo se levantó de las gargantas como manifestación del acelerado latir de los corazones de los poblanos ahí congregados. Al perfilar el señor Madero en el andén del vagón, su figura fue motivo de un estruendoso y entusiasta recibimiento; la masa humana prorrumpió en aplausos y vítores, los cohetes, esa manifestación aérea de la alegría mexicana, atronaban en el cielo y anunciaban la presencia del propulsor de la democracia en la Puebla de Zaragoza. ¡Me sorprendió el grueso número de asistentes a la recepción! —en su mayoría indígenas y representantes de los clubes obreros—, venían de muchas partes del estado; Cholula, Atlixco y otros lugares. Casi veinte mil almas.*

*De ahí seguimos todos detrás de su comitiva al Paseo Bravo. Ordenadamente, los miembros de los clubes políticos prepararon el programa de actividades de la manifestación que se haría en honor de los ciudadanos Francisco I. Madero y el doctor Francisco Vázquez Gómez, candidatos del Partido Antirreeleccionista a la Presidencia y Vicepresidencia de la República, respectivamente.*

*Las agrupaciones que desfilaron mostrando la mejor cara*

*del orgullo fueron los clubes Ignacio Zaragoza y Regeneración, que salieron por la calle del Padre Ávila, Luz y Progreso, Libertad y Progreso y Reivindicación Popular, que lo hicieron por calle de Solar de Castro número diecinueve. Los grupos llegaron hasta la estación del ferrocarril, donde la comisión de orden les señaló su respectivo lugar.*

*A la llegada de nuestros candidatos se dispuso la comitiva siguiendo un orden establecido. Como primer número abrieron la marcha los alumnos del Colegio del Estado, Institución Normalista, La Universidad Católica y El Instituto Metodista Mexicano, quienes portaron sus coloridos estandartes.*

*Como segundo número se presentó el desfile de clubes por orden de antigüedad, que ya estaban ansiosos por puntuales; los poblanos Ignacio Zaragoza, Luz y Progreso, Candidatos y Comité Electivo, Regeneración, Libertad y Progreso, Reivindicación Popular, y Central. Enseguida los clubes foráneos también en el orden sugerido. Marchaban por las calles de Zaragoza, Palacio Municipal y portal Morelos hasta llegar al hotel Jardín, lugar donde se disolvería la comitiva.*

*El día quince, el personal ya mencionado y todos los simpatizantes se reunieron en la Plazuela de San José a las ocho treinta. De ahí desfilaron hasta el Paseo Bravo, donde habría un mitin a las diez de la mañana.*

*Con el ánimo siempre elevado, y para proseguir con el acontecimiento, vino el discurso oficial de Rafael Jiménez. Al terminar, Alfonso C. Alarcón, estudiante de medicina del Colegio del Estado, entonó el segundo discurso. Después vino el afinado oído de un alumno de la escuela Normal, que declamó un poema. El siguiente número consistió en una alocución por el secretario del Club Luz y Progreso, Gabriel Rojano. Luego, otro poema por Narciso Mayorga. El último número fue una alocución realizada*

*por el secretario del Club Regeneración, Joaquín González.*

*Por la tarde también hubo mucho movimiento. A las cinco se reunieron las mesas directivas de los clubes en el salón de sesiones del comité ejecutivo en la calle del Solar de Castro número diecinueve. Con el fin de ofrecer sus respetos a nuestros candidatos.*

*Para atemperar los ánimos, se les dijo a los asistentes que todo individuo que lanzara un «muera» u otro grito subversivo se haría responsable de su conducta. Los colaboradores del gobernador del Estado, don Mucio P. Martínez, ante la visita del señor Madero a Puebla, realizaron toda clase de maniobras para que la recepción fracasara. Habían negado el permiso para la manifestación y el mitin, e incluso habían soltado una contramanifestación de partidarios de don Porfirio, además de escribir en el pizarrón de la estación, por orden del jefe de la misma, que el tren donde venía el candidato se atrasaría varias horas. El plan era que la multitud ahí reunida abandonara la estación ante semejante tardanza.*

*Las maniobras de nada valieron. La recepción fue todo un éxito. De esa gira, ninguna ciudad de nuestro país ofreció tan cálida recepción como Puebla.*

*Mi hermano Aquiles consideró que el hotel ideal para alojar a Madero era el Embajadores. Pensó en el amplio patio que otorgaba una atmósfera tranquila, y también en que el recinto tenía fama de ser un negocio nuevo y aseedo. El comité se presentó para alquilar los cuartos, pero les fueron negados. Lo mismo aconteció con los demás hoteles, cuyos dueños no querían meterse en problemas. Sin embargo, hubo una excepción: el señor Brachetti, de la tierra de Garibaldi, dio los cuartos necesarios para el señor Madero, su distinguida esposa, Sara de Madero, y sus acompañantes en el hotel Jardín.*

*La multitud acompañó al candidato desde la estación hasta el hotel, y esa misma entusiasta muchedumbre obligó al poco rato al señor Madero a salir al balcón.*

*En esta improvisada tribuna hablaron el señor Madero, el licenciado Roque Estrada y Bordes Mangel. Recuerdo el timbre, firme y agradecido a la vez del señor Madero, que comenzó diciendo: «Esta manifestación que me hacéis demuestra el grado de tiranía que soportáis». Sus palabras hicieron un hueco en mi corazón y me tocaron profundamente.*

*Pero la tranquilidad era como un globo sin aire que se desinflaba alejándose. Las autoridades del Estado empezaron a ejercer represalias. Una de las más crueles fue la del secretario general del gobierno de don Mucio, el licenciado Agustín Fernández, quien expulsó a varios estudiantes normalistas, suspendiéndoles sus becas.*

*Aunque había tensión, desde la víspera del catorce de mayo ya habíamos organizado con Natalia, mi hermana, y Filomena, mi cuñada, una recepción en nuestra casa de la Portería de Santa Clara.*

*En la tarde llegó un grupo de damas partidarias del señor Madero para conocer al candidato. Todas quedaron prendadas de él, especialmente porque contestó muchas de sus preguntas sobre lo que pensaba hacer cuando fuera presidente. El candidato entendió muy bien los problemas de las mujeres y de sus familias. Las hermanas Bautista Narváez y otras amigas de la familia que estaban en la recepción se comprometieron a trabajar en la campaña.*

*En la recepción servimos envueltos de mole con arroz blanco. El señor Madero y su esposa Sara de Madero se lo comieron todo con muy buen apetito. Es un hombre muy correcto y comprensivo, amén de sus altos ideales.*

*Agradeció a las del club Luz y Progreso y a Las socias, al cual pertenecemos los Serdán, por el trabajo incansable que habíamos realizado el último año.*

*Como siempre, mamá fue la primera en ayudar para que la recepción en la casa estuviera a la altura. Cuando el señor Madero la felicitó por la formación de grandes hombres, se le llenaron los ojos de lágrimas.*

*Tere de Velazco, discreta como siempre, estuvo unos minutos, saludó al señor Madero y a su esposa y se retiró a su casa.*

*La recepción fue un éxito, eso se lo debemos en gran parte a la incansable Natividad que se acostó muy tarde la víspera preparando el mole en el metate. Y también a la Lola «Fuego». Ella es una mujer de Río Blanco, siempre dispuesta. Nati y Lola se la han rifado como el que más, pegando propaganda a media noche, además de esconder y fabricar armas.*

*A veces, cuando me siento muy cansada y me entra el pesimismo, creo que nuestro movimiento no va a trascender. Nati me anima. Me dice que está dispuesta a dar la vida por mi familia. Lola me conmueve cuando, a pesar de sus pocos recursos, pone dinero propio para la causa. Y todo por el amor a Valverde.*

*Me alegra saber que a mi lado caminan muchas mujeres: delante mi madre, junto a mí las señoras poblanas que están de lleno en la causa; la maestra Paulina Maraver, la maestra Catalina Urquidi, María Cumatzi, Isabel Cumatzi, Juana Morales, María Reyes, Isabela Jiménez, María Velazco de Cañas, Alberta Guadalupe Cuesta, Ignacia y Genoveva Vázquez, Guadalupe Alcérrega, Ana María Zamacona, Margarita H. Jiménez, Enriqueta, Natalia y Hortensia Pinto, Celsa Magno, Micaela y Delfina López, Modesta González, Carmen García, Guadalupe y Rosa Narváez Bautista,*

*María Espíritu de Campos, Tayde Cruz de Castillo, Petra Leyva, Porfiria Godoy, Dolores y Luz Betancourt, Luz Mejía viuda de Pérez, Lupe Mejía, Luisa H. de García, Rebeca Crespo, Carmen y María Villacorte, María de los Ángeles Pedraza, Elena Anaya de Unda, Emilia Estrada, Elvira Huerta, Carolina Betanzos de Galván, María Galindo, Aurelia Báez, Carmen Tosas de Domínguez, Elena Rocabrava, Carlota Ramírez, Adela Magno, Juliana Serrano y Josefina V. de Fernández de Lara.*

*Atrás Nati y Lola. Y también Tere, quien ha sabido ser amiga a pesar de ella misma y de su proceder conservador.*



## «La Azucena»

*Tere de Velazco*



quella mañana de sol claro y nimbos de alfeñique, Carmen Serdán entró en la dulcería de Tere de Velazco en la calle de la portería de Santa Clara con el ánimo sonriente. Se sentó en el sillón de terciopelo verde que daba la bienvenida a los visitantes y le pidió a su amiga de la infancia un café de Coatepec. Lo quería de grano tierno, de la hacienda de los Tress; tenía un dulce toque de sabor tropical mezclado con tierra húmeda, así lo comprobó Carmen que era aficionada al café y sabía distinguir los cafés de altura. Además de la oscura infusión, solicitó unas cuantas rosquillas de azúcar, que eran su perdición. La dulcería de Tere de Velazco, «La Azucena», era una de las más afamadas de Puebla. A través de las generaciones, los de Velazco habían mejorado las recetas originales de las fundadoras del establecimiento.

Se rumoraba que dichas recetas estaban custodiadas bajo siete llaves en una mítica caja fuerte. Aunque en «La Azucena» se vendían los mismos dulces que en otras tiendas de la calle, el toque secreto de especias orientales les daban un sabor distinto. Eran dulces maravillosos hechos a pulso en enormes cazos de cobre batiendo con las dos manos hasta darle punto y que se viera el fondo del recipiente: tortitas de Santa Clara, alfajores, turrónes de coco, de piñón y de nuez, caracoles o gaznates con merengue, duquesas y muéganos, caballitos de panela, camotes sencillos y cristalizados con va-

«LA AZUCENA»

rias capas de azúcar, yemitas, marinas de nuez, glorias. También había frutas cubiertas; higos, duraznos, piñas, calabazas, tejocote, membrillo, biznaga y acitrón, cáscaras de naranja y de limón. Bolas de tamarindo con azúcar, jamoncillo de pepita de leche con nuez o con piñón, leche envinada o leche quemada, cocada al horno, cocada envinada, bocado de coco, aleluya de pepita, de nuez y de piñón, alegrías, palanquetas de pepitas de cacahuete y las deliciosas rosquitas de azúcar. Toda una variedad para engolosinarse.

Tere conocía muy bien a Carmen, sabía que venía en son de paz. Cuando estaba furiosa o contrariada, pedía arrayanes agridulces. Carmen podía ser la más comprensiva o la más beligerante y contundente en sus ideas. Las roscas de azúcar eran para las buenas nuevas, en los momentos apacibles.

Se sentó con ella en la silla de mimbre y le pidió a Lupe, su ayudante, que les pusiera el servicio de plata y las tacitas chinas.

—Te veo muy contenta esta mañana. Tienes cara de buenas noticias.

—Ya sabes, Tere, que no pasa un día sin que venga a saludarte, a tomarme una taza de café para alegrarme el día. Nadie como tú para prepararlo.

—Gracias por las flores. El de tu casa también es rico, pero ya le dije a Natividad que te lo prepare en olla de barro, que lo deje reposar al menos una hora, no importa que lo vuelva a calentar después, así toma otro sabor.

—Quiero cambiar impresiones contigo, ¿qué piensas de las pláticas con Tress?

—Ya sabes que le gusta hablar de la tierra, de los campesinos, la preocupación que tiene por el Círculo de Obreros; no quiere que en sus dominios la gente se alborote. Lo que pasó en Río Blanco tiene alterados a los hacendados, cafetaleros y dueños de fábricas. Además Roberto es muy sensible a todos esos problemas. En su familia son congruentes; pagan salarios justos, los procura, tienen hasta médico.

—Sí, lo que sea de cada quien. No en vano es considerado por mi familia una de sus mejores amigos porque actúa como piensa. Pero no me refiero a ese tema, quiero que me digas que opinas de la situación en Portugal.

—La verdad, no hablamos de eso. Me contó sobre los estudios de sus hijos en París.

—Además de estar en España y Francia, visitó Lisboa, la «ciudad blanca», como le dicen. Ahí permaneció un mes y presenció el triunfo de los republicanos. Echaron al rey, lograron exiliarlo. Solo eran un puñado de defensores, amantes de su patria. A lo sumo unos doscientos. Verdaderos patriotas, con sangre roja en las venas, no atole como tantos a los que hemos tratado de convencer. Ese ejemplo me hace pensar que nuestro movimiento puede alcanzar los fines que deseamos los antirreeleccionistas. Si en Portugal pudieron desplazar al rey, ¿por qué en México no podremos deshacernos del tirano?

—Carmen, te quiero mucho desde que estudiamos juntas, pero caramba, parece que nunca me aceptarás como soy. La política no se hizo para nosotras las mujeres, te admiro, eso tenlo por seguro, pero no me involucres. Tengo mucho miedo. Ayer estuvo en esa silla sentado el jefe de la policía, venía con su adorada Ramira. Mientras ella se comía media caja de besos de almendra, él como quien no quiere la cosa, me hizo preguntas un tanto sospechosas, que si me simpatizaba el señor Madero, que por qué no asistía a la misa de doce en Catedral. ¿Sabes? Me siento observada. Tal vez sospecha algo, Carmen. Ándate con cuidado, no confíes en la suerte que jamás te ha abandonado.

—Dices que no, Tere, pero me has ayudado aun sin saberlo. Tal vez no asistes a las reuniones de Luz y Progreso o de Las socias, tampoco has fabricado una bomba, ni me has acompañado a pegar la propaganda en las madrugadas, pero tus roscas de azúcar y tus jamoncillos me han curado el alma muchas veces.

—Carmen, yo no puedo odiar como tú odias, ni amar como tú amas.

Eres una mujer con los sentimientos a flor de piel. Quisiera por un solo día entrar en tu cabeza, creer con tanto ardor eso en lo que tú crees. Nací en pañales de seda. La vida ha sido siempre generosa conmigo. El «dictador», como tú le llamas, no me parece tan malo. A pesar de ser un indio oaxaqueño, cambió el rumbo de su vida y se volvió un ser civilizado. No puedo aborrecerlo, en cierto sentido hasta lo admiro. Si no fuera por él, viviríamos aún en pirámides y usaríamos taparrabos en vez de levita y encajes franceses.

Carmen Serdán oyó a su amiga como quien oye llover, sin prestar demasiada importancia a sus aseveraciones. La conocía de sobra, sabía muy bien cómo pensaba. La quería por ser ella, a pesar de todo. Le gustaba su compañía. Si existía un lugar en el mundo que le parecía comfortable, era aquella dulcería de estantería de caoba y cristales biselados. Los dulces eran como sueños cumplidos, dentro de sus caparazones de papel de china de colores. Mientras Tere hablaba, Carmen volvió a repasar con la mirada las rosas y jazmines del espejo inmenso de hoja de oro que reflejaba la dulcería y la convertía en una dimensión infinita de dulzura y colorido.

En aquel espacio privilegiado entraba a raudales la vida por las dos grandes puertas que daban a la calle empedrada por donde transitaban carruajes cloqueantes. Era una dimensión doble: estar afuera, donde transcurría la vida de los paseantes y estar dentro, en ese lugar impecable. Y el gran espejo, que había viajado en barco desde París como parte de la dote de la abuela del esposo de Tere. Un espejo donde se habían reflejado muchos personajes. Desde Cabrera, el jefe de la policía; Mucio, el gobernador de Puebla, y su diminuta esposa; las dos hermosas gemelas de Tere —ahora adolescentes, que habían pasado de crisálidas a mariposas—; Máximo y Aquiles, los dos pilares de su vida; Filomena, su cuñada, y su madre. También Mario López, el relojero que se plantó como nadie, que dio vida a ese espejo como quien da cuerda a un reloj monumental. Tantos y tantas otras, lo mejor y lo peor de la sociedad poblana. Carmen se levantó, retocó sus años en ese reflejo mercurial. Ahí estaban los aretes de perlas, pero sobre todo, ese gesto de mando que la caracterizaba. La imagen que le devolvía ese espejo le gustaba mucho. Poquísimas arrugas y dientes sin mácula. El cuello alto que le daba la sobriedad de un juez. El cabello recogido

en una nuca esbelta. El camafeo que guardaba dos tesoros; un rizo de su padre, otro de un amor nunca confesado. Le dio las gracias a Tere y dijo con toda seguridad:

—Nunca he pretendido cambiarte. Me simpatizas tanto como acepto la variedad de pensamientos. Creo que esta República debe albergar a unos y otros, con ideas distintas. Aquellos que no pisan una iglesia o los que no salen de ella, aquellos a quienes les gusta el chocolate a la francesa o a la española. El sol debe salir para todos en un marco de respeto. Nuestro drama es que estamos en las manos de un dictador que pretende que nos movamos como títeres, bailando al son que nos toca. Pienso luchar hasta el fin no solo por mis ideales o los de los Serdán, sino también por los tuyos o por los de las teresianas que nos formaron.

Tere se quedó pensando, se sumergió en el fondo de su taza mientras Carmen desplegabla su sombrilla blanca para cubrirse del sol de las doce. Recordó a Carmen de quince años cuando era una flor en botón y algunos jóvenes empezaban a cortejarla en su nueva casa. Cuando no podían inventar pretextos para visitarla, se quedaban horas enteras en la calle con la esperanza de verla asomarse al balcón. Ella tenía poco tiempo para fiestas y vida social, la cual habría sido normal de haber vivido su padre. Cuando cumplió los quince aún guardaba el luto por la pérdida. Ese infausto suceso la marcó. A partir de entonces tomó las riendas de la administración de su casa y el cuidado de sus hermanos menores. Como si llenara el hueco que su padre dejó, se volvió fuerte, trabajadora, se le templó el carácter. Siguió siendo bella, pero con un gesto adusto. A sus años ya no estaba en edad de echarse un marido. Se había vuelto rebelde, abrazando una causa política —que para Tere era incomprensible—. ¡Eran tan distintas! Tere había nacido para procrear hijos y bordar pañales con punto de cruz. Sin embargo, enviaba en secreto la belleza serena de su amiga y el porte decidido. Tere, en cambio, era más bien llenita, de cara dulce. Tan solo había tenido un novio con el que se casó, Nicandro Velazco, Con el que había concebido a las gemelas. Nicandro la desposó en la capilla del Rosario ante la mirada envidiosa de muchas poblanas.

## «LA AZUCENA»

Tere vio a Carmen atravesar la calle hasta alcanzar el portón de su casa y perderse en él. No estaba el horno para bollos, se quedó preocupada. Se le había olvidado piropearle a su amiga los nuevos botines de piel de cabra, quería unos idénticos.

¿Por qué, a pesar de que Aquiles copiaba el modelo y reproducía los mismos zapatos que usaba Carmen, a ella nunca le quedaban tan bien?, pensó Tere suspirando.

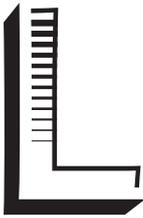
Tere de Velazco entró a la dulcería y mientras acomodaba los anaqueles, pues le gustaba el orden en extremo, pensaba en Carmen. Carmen la amiga de la niñez, Carmen joven, Carmen trabajando en su casa sin descanso, Carmen sentada frente al espejo de su tocador, despeinando su chongo, esperando que muriera la luz del día para encender las lámparas de la naciente penumbra y sentarse ante su secreter y empezar a escribir cartas, proclamas encendidas de pasión por la libertad, el progreso y el bienestar de la patria.

La tarde languidecía. La calle invitaba a suspender las actividades cotidianas. ¿Cuántas veces Tere sorprendió a Carmen en su recámara ensimismada pensando, aunque aparentaba ver hacia la calle, entre los visillos de las puertas del balcón? Pensaba seguramente en las injusticias de su país. Esos balcones de forja de hierro casi siempre cerrados, según la poblana costumbre de las familias, apenas abiertos por la mañana para el aseo diario y luego cerrados por la recatada costumbre, tan diferente a las ciudades de la costa.

Carmen sentada en su mecedora pensando, meditando.

# La huelga de Río Blanco

Lola «Fuego»



Lola se miraba todos los días en el espejo de pocos centímetros que aún conservaba como único regalo de bodas de Aniceto, con quien se había casado hacía dos años. El espejito era rectangular con mango y marco de madera. Lola se veía bonita en él, le gustaba su reflejo donde lucían labios gruesos y ojos profundos. Invariablemente, cada mañana usaba polvos de arroz para clarearse un poco la piel, así como untaba un poco de betabel en sus mejillas. Se trenzaba el cabello con delicadeza, como si peinara la mata de una reina. Las puntas remataban con listones de colores.

Lola tenía suerte con los hombres. En su lugar de origen las mujeres no se casaban por amor, ni las ricas ni las pobres. Pero para ella no había sido difícil enamorarse. Si alguien la trataba bien y sabía darle placer, dejaba todo por aquella persona; así le pasó con Aniceto y así le había pasado con el licenciado Valverde.

Aniceto había muerto, estaba bien enterrado en el Panteón San Juan, de Río Blanco. Lo había puesto en una caja sencilla de pino, boca abajo, por órdenes de los federales. Fue considerado un traidor. Ni siquiera tuvo el privilegio de una bendición. Ella no pudo llorarle como hubiera querido, y mucho menos hacerle un velorio decente. Los muertos de Río Blanco fueron tratados como la peste.

## LA HUELGA DE RÍO BLANCO

En apariencia fue uno más de los huelguistas rebeldes perseguidos y fusilados el siete de enero. Cuando Lola fue a buscar el cuerpo, lo encontró no solo pisoteado, sino cosido a balazos; el cráneo destrozado y los sesos expuestos como flores de buganvilia. Algunos muertos tenían solo uno o dos balazos. Los amontonaron en el panteón como sacos de harina. Muchos más fueron apilados en vagones de tren y echados al mar.

Aniceto no era revoltoso, ni siquiera contradecía una orden. Desde chico aprendió que ante los blancos tenía que agacharse. A él lo habían ultimado por rencor. Habían aprovechado aquel día de revuelta para deshacerse de él.

En realidad, Lola era la que le insistía para que acudiera a las reuniones secretas durante la huelga y opinaba que debían adherirse a esa causa justa. Él tenía miedo y, seguramente, también malos presentimientos. Acudía a las juntas, se quedaba en un rincón, tan solo escuchando las arengas plasmadas en los periódicos de los Flores Magón. A pesar del desvelo nunca faltó al trabajo. Entraba cada mañana al llamado del silbato cruel que les avisaba que su jornada de doce horas solo valía setenta y cinco centavos, mientras en la tienda de raya un kilo de arroz costaba veintitrés pesos. El sistema de la tienda de raya implicaba una esclavitud eterna. El sueldo nunca alcanzaba. Aniceto y los demás estaban destinados a vivir para pagar insumos básicos a precios altos. Siempre endeudados con la textilera. No podían ni soñar con cambiar de empleo.

Las ideas socialistas de justicia y respeto a los derechos obreros no hicieron mella en Aniceto, pero sí en Lola, que desarrolló una conciencia diferente. En esas charlas celebradas en las casas de Rafael Moreno y Manuel Juárez, líderes del movimiento, reconoció que el presidente Díaz estaba del lado de los poderosos y que a los trabajadores los trataban de manera inhumana.

El siete de enero de 1907 más de cuatrocientos hombres se apostaron frente a la Casa Azul de la fábrica textilera de Río Blanco. Sus peticiones, en apariencia, no eran difíciles de cumplir; una jornada laboral de ocho horas, no de doce o más, como se acos-

tumbra, y un aumento de salario. Esperaban la respuesta favorable del presidente Díaz, quien contrario a estas demandas, había decidido «matarlos en caliente».

El hilo se rompió por lo más delgado cuando un empleado de la tienda de raya balaceó a uno de los huelguistas y estos, a su vez, saquearon la tienda y armaron una revuelta. Los federales siguieron las instrucciones precisas: asesinar a los rebeldes, a sus mujeres, y a sus hijos.

Aniceto había asistido a su labor como lo había hecho durante un año sin chistar. Ahí dentro, en medio de las hiladoras, lo ultimaron a balazos, le destrozaron los días que le quedaban por vivir. Luego lo echaron a una carreta con los demás huelguistas. Alguien que presencié el crimen fue a avisarle a Lola. Ella no se ponía del susto y de la confusión. No pudo salir de su diminuta casa de adobe hasta que cesó la balacera que duró dos días enteros. Los federales no solo asesinaron a los huelguistas en la fábrica, sino que los persiguieron por los alrededores. Los fueron a sacar de cuevas y montes, hasta debajo de las piedras como si se tratara de alacranes.

Lola solamente tuvo que caminar unas cuadras para presenciar el enjambre inmenso de moscas y la hinchazón violácea de aquellos cuerpos que dos días antes habían sido obreros con esperanza. Le tomó algunas horas encontrar a su marido, por suerte estaba hasta arriba de un montón de cuerpos. Tuvo que arrastrarlo ella sola, arreglárselas para meterlo a un cajón de pino que ella misma había improvisado con algunas maderas encontradas en el taller de Aniceto. En una fosa común, con al menos veinte hombres más, el cuerpo halló reposo. Por todos lados se oían rezos, súplicas, llanto rabioso. Lola descansó al cerrarle los ojos y rezar un Padre Nuestro. La confusión y el dolor se instalaron en sus intestinos como una solitaria. No la abandonaron hasta que un año después Milagros Cóbix le sacó al muerto que llevaba todavía encima.

Aniceto pasaría a la posteridad como uno de los mártires de la huelga. Lola era la única que conocía el revés de esa verdad. Des-

## LA HUELGA DE RÍO BLANCO

pués del entierro decidió que debía marcharse, ató la poca ropa que tenía con su rebozo negro y se trepó a al tren que iba a Puebla. Tenía miedo, tal vez podrían alcanzarla como a su marido y acusarla de traición. Decidió ser libre por primera vez, tomar el destino en sus manos y ganarse la vida como pudiera, ir viviendo cada día. Río Blanco le pareció un lugar cruel al que esperaba no regresar jamás. En vagones se amontonaban campesinos, pollos, marranos, mujeres amamantando y algunos federales.

Cuando llegó a Puebla se quedó a dormir en la estación del tren. Una galera larga como su desesperanza. Al despertar preguntó por un mercado. Una vendedora le dijo que la siguiera. Ella iba a vender tela de manta, con gusto la guiaría.

El mercado La Victoria le pareció formidable, con puestos de pescado, fruta, verdura, flores y listones; una variedad que no conocía. Permaneció todo el día dando vueltas por ahí, buscando algo que comer. Tuvo suerte cuando una mujer que iba del brazo de su marido dejó caer un buen pedazo de pan con pata en vinagre a un cesto de basura. Lola no tenía nada en el estómago desde hacía tres días y aquel mendrugo le supo a gloria.

Le preguntó a la vendedora de cemitas si podría orientarla respecto a un lugar para vivir y trabajar. La del puesto la llevó a la casa de Ángela, en el barrio de San Antonio. Antes le advirtió qué clase de trabajo sería.

La casa de Ángela era un lugar de mala reputación que necesitaba renovar a sus mujeres cada cierto tiempo. Por fuera tenía aspecto de cantina, adentro había mesas junto a una barra larga. Ángela era una mujer robusta de mal carácter que no se andaba con rodeos, desde el primer día le explicó a Lola en lo que consistía el trabajo. Primero debía servir licor a los clientes, sonreírles, después debía ofrecerle a los parroquianos lo que quisieran de ella; su cuerpo o su alma. La revisó de arriba abajo y la descubrió guapa. Lola tenía ojos grandes, senos prominentes y cabello negrísimo. La tarifa era de cincuenta centavos por canción bailada y dos

pesos por cada cliente con el que tuviera relaciones amorosas. Se incluía techo y comida. A Lola le pareció una fortuna.

Atrás de aquel salón había un pasillo que daba a unos cuartos alrededor de un patio, eran seis o siete, en medio unos lavaderos y tendedores con ropa de todos colores. Uno de aquellos sería su cuarto, el cual compartiría con Briseida.

Briseida no se llamaba así, sino Juana, pero aquel nombre le parecía de categoría. Venía de Tlaxcala. En medio del cuarto colgaba un mecate con una sábana que hacía las veces de biombo por si Briseida debía guardar intimidad con alguien. Lola estaba triste y cansada. Le dijo a Ángela que acababa de fallecer su esposo y necesitaba mantenerse. Solo le pedía un día de descanso, luego se comprometería a trabajar. No había necesidad de esperar unas semanas, era fuerte, haría lo que tuviera que hacer. Ángela decidió probarla. Le daría aquel día completo para llorar y dormir, luego tendría que desquitar el lecho y la comida.

Entrada la noche Lola despertó, se sorprendió del altar improvisado con huacales que sus desconocidas compañeras y la propia Ángela le habían puesto para rezar al muerto. Entró Ángela. Le dijo que aquella casa no cerraba nunca, tan solo en caso de que muriera algún familiar cercano a sus mujeres y el trece de junio, día de San Antonio. Ese día las mujeres se dedicaban a rezar el novenario. Gracias a eso el santito era bueno con ellas, nunca les faltaban clientes. Toda la noche rezaron rosarios para Aniceto y las muchachas prepararon café de olla, que sirvieron con pan.

Al día siguiente aún se sentía cansada, pero de buen ánimo. Por la tarde empezaron a llegar los clientes a quienes había que servir caldo de pescado, chalupas, pulque. Un señor que le pareció muy simpático la sacó a bailar polka. Lola no sabía hacerlo, pero hizo su mejor esfuerzo, fijándose cómo lo hacían las demás. Después de un rato de baile, el señor la invitó a su cuarto. No fue difícil para ella quitarse las enaguas, pensar que estaba con su marido. Lola no tuvo miedo, hasta le gustó, el señor se veía muy fino y olía a canela.

## LA HUELGA DE RÍO BLANCO

Más tarde, Ángela le dijo que ya podía irse a dormir y que el diputado, el licenciado Jaime Valverde, había quedado muy contento con el trato. Ángela estaba visiblemente sorprendida pues él era muy exigente, no cualquier mujer le gustaba.

Ángela le puso un nuevo nombre que la acompañaría el resto de su vida; Lola «Fuego». Le gustó el apodo, se durmió muy triste porque aún mantenía en su memoria a Aniceto. Estaba consciente de que su vida había cambiado por completo.

# Coyame y Catemaco

*Milagros Cóbix*

**E**stoy en la piel de las orquídeas, en las caricias del viento, anido en las alas del águila y en los ojos del tordo, pertenezco a la tierra húmeda de la selva, a los colores de la lluvia, vivo en el humo del tabaco y en el rumor de las piedras. Acecho en la nariz del jaguar y en la mirada del ocelote, me enredo en los troncos de las ceibas y duermo en el susurro de la cascada. Me columpio en la telaraña de la viuda negra y renazco en las hojas de las bromelias, vivo en la sonrisa de las iguanas y en las manchas de la culebra, sueño en los párpados del loro y en las fauces del jabalí, ando en las patas del tlacuache y en el lomo de la lagartija, camino entre las antenas de las hormigas, me pierdo entre la cola de la ardilla, en los huevos de las gallinas. Trepo por las paredes de las pesadillas, me escondo en las cúpulas de las iglesias, me cuelgo del badajo de sus campanas, me arrodillo ante mis dioses aliados, tomo la sabiduría de su aura, pido permiso a las yerbas para tomar su poder. Soy Milagros Cóbix, vengo de la región de Los Tuxtlas, Veracruz. Puedo volar, entrar y salir de la región de los muertos, vivir en el agua, en el aire, en la tierra, en otros mundos. Fui escogida por las fuerzas de la naturaleza, ella me llamó con su designio especial. Soy la que soy.

Mis aliados son las yerbas, mi elemento es el agua. Nací en medio de ellas y de la selva, y mi vida fue desde niña un suspiro, como un sueño. No sé en qué día nací, pero mi abuela dice que fue en el

## COYAME Y CATEMACO

día de la Virgen de la Encarnación. Mi latido no era tan fuerte como el latido de los demás corazones. No sé quiénes fueron mis padres, me criaron mis abuelos, pero eran muy ancianos y casi no hablaban. Ellos tuvieron que curarme una y otra vez para amarrarme a la vida. El don de curar es algo con lo que se nace, así como hay unos que vienen a este mundo solo con una mano o con cuatro dedos en vez de cinco. Ellos tomaban una rana sin vida, soplaban sobre ella y la cubrían de yerba santa y la rana abría los ojos. Tomaban a un jilguero sin aliento y lo mismo, luego la rana y el jilguero eran sus amigos.

Vivíamos en Coyame, a la orilla del lago de Catemaco. Solo tomábamos agua mineral, por eso no nos enfermábamos. Mi abuela tenía el secreto de la juventud y muy pocas arrugas, algunas canas. Había un manantial en nuestro patio donde hervía el agua, que además de quitarnos la sed nos traía la risa de los duendes, pequeñas criaturas blancas que cambian las cosas de lugar.

Nunca diferencié la noche del día, para mí eran lo mismo; a veces abría los ojos en medio de la noche y veía luz, y a veces al revés, durante el día se oscurecía todo. Luego entendí que no se trataba del sol o de la luna, sino de los espíritus que nos rodean; sombras oscuras que se aparecen en el día o espíritus de luz que iluminan la noche como luciérnagas. Las luciérnagas eran mis amigas, y los grillos, y las catarinas, y también las arañas violinistas. Con ellos jugaba en el patio, hacía collares y pulseras y trepaban por mi cuerpo sin hacerme daño.

Cuando era chica me alimentaba de tierra, malanga, escarabajos, tegogolos y mojarras. Un día hasta me enterré en el lodo para volverme planta, mi abuela no me regañaba. Ella era ciega, tenía dos grandes nubes en los ojos, y a pesar de eso veía más cosas que yo; podía ver el pasado y también el futuro, pero no hablaba de eso, solo cuando estaba muy triste.

Mi abuela se llamaba Remedios. Antes de morir me dio un envoltorio que tenía un espejo redondo del tamaño de un plato chico. Yo sabía que en este espejo también veía cosas, lo tomaba en sus

manos y lo sobaba una y otra vez para sacarle una visión. Me dijo que debía usarlo para aprender. Un día yo vería sin su ayuda, entonces debía enterrarlo y regalárselo a la luna. En el envoltorio había también una foto de ella y una llave de cobre, la llave era de un armario de madera que estaba en la cocina. De ahí sacaba todas sus yerbas, no me dejaba tocarlas. Habían sido útiles para curar enfermedades, nos habían aliviado de todo, desde el mal de ojo hasta de una brujería que le hicieron a mi abuelo y lo dejaron cojo por un tiempo. Me pidió que cuidara de él y que al morir le atara troncos y lo echara al lago. Ella debía ser enterrada, mi deber era regar azúcar en su tumba. Él debía ser llevado por el agua para llegar al mundo de los muertos, porque había sido pecador y debía purificarse primero. Cuando muriera mi abuelo, yo debía quemar la casa, salir en busca de mi camino, no quedarme atrapada ahí o vendría el espíritu del Encanto por mi alma.

Me dijo todo esto cuando presentía la muerte rondando por su cabeza. Un día, al despertar, se había ido. Solo quedaba su cuerpo sobre su cama de tablas. La ardilla, la lagartija y la zarigüeya habían venido a despedirse de ella, jugaban con su pelo revuelto. Me había pedido que la envolviéramos con hojas de plátano, y así lo hicimos. La atamos fuerte hasta convertirla en un capullo verde. Luego la depositamos en la tierra, pusimos cruces y círculos de azúcar sobre su tumba, así como tulipanes rojos.

Mi abuelo se quedó solo unos días más; se fue corriendo a alcanzarla, estaban tan unidos como si fueran gemelos. Lo envolví como a ella, lo subí a nuestra barca y me fui con él una noche entera. Cuando escuché su voz diciéndome el lugar, lo solté ahí mismo, luego me quedé con una veladora encendida para que pudiera ver el camino.

Por la mañana saqué la llave de cobre y abrí el armario. Había víboras secas, fetos de gato, veneno de víbora, chupamirtos secados y las yerbas de mi abuela. Solo tomé el espejo y una cruz dorada que utilizaba para bendecir emplastos. Hice una montaña con todo aquello y le prendí fuego. Luego me quedé a ver cómo se volvía ceniza, vi cómo las llamas devoraban en un santiamén los

años de mis antepasados. El espíritu del Encanto no se acercaría porque temía a las llamas. Me dejaría llevar por mi propia senda, irme con cuidado, esconderme entre el follaje, caminar, atravesar selvas, bosques, dormir en las montañas, bañarme en los ríos, luchar con un jabalí, hacer pacto con la luna, consumir hongos, crecer, engañar a los espíritus, y encontrar mis propias yerbas, que aparecieron llenas de luz.

Luego de días sin cuenta encontré un camino de polvo por donde atravesaban carretas y caballos. Alguien se ofreció a llevarme. Me abandoné a un sueño gordo como una oruga. Cuando desperté habíamos llegado a Puebla, una ciudad que al principio vi como un desierto, por su tierra de tepetate y agua salitrosa. Parecía que un gigante la hubiera trazado con una línea de cordón. Me dejaron en el zócalo, que era lo único verde, de las hojas de las jacarandas colgaba el susto. Se respiraba miedo y pólvora, y adiviné ríos de sangre.

Caminé mucho. Aparecieron templos de piedra y templos adornados con altares de oro. No me cansé de verlos uno por uno, hasta ver los 365. Dormí afuera de las iglesias y platiqué con sus santos. Comía las sobras que encontraba, me tomaba agua bendita. Aprendí a leer las piedras, a reconocer sus días mustios y luminosos. Conocí al Señor Santiago, al Niño Cieguito, a San Cristóbal, a la Virgen del Rosario, al Beato Aparicio, a la Virgen de los Remedios, a la Virgen de Tzocuila, a la Incorporada, al Señor de las Maravillas, a la Virgen del Carmen, a Santa Rosa, a la Virgen de Guadalupe, a la Virgen de la Soledad. A todos ellos recé, rendí tributo, me arrodillé, pedí consuelo y protección, de todos ellos recibí fuerza y conocimiento. Gracias a ellos descubrí un mundo que no es este, que está más allá de los días que vivimos. Ellos limpiaron mi camino y lo iluminaron para encontrar la misión que tuve desde el día de mi nacimiento. El señor de la Preciosa Sangre en San Salvador el Verde me dio licencia para curar. Me dijo que el camino para encontrarme con las yerbas de este lugar.

Recorrí pueblos y parajes de Puebla, anduve los cerros y vi atardeceres. En mi camino descubrí a las yerbitas, las «santas yerbas», como las llamé en secreto. En el camino a Cholula encontré

serpientes y magueyes, pero también ruda y gordolobo. Trepé hasta las faldas de Don Goyo, el volcán vigilante del Valle de Cuertlaxcoapan. A sus pies junté en mi morral cientos de yerbas para hacer ungüentos y pomadas.

Luego yo sola me inicié para curar con yerbas como lo hacían mis abuelos. Sané las enfermedades del alma y del cuerpo de muchas personas. No soy sabia, bruja, ni hechicera como algunos piensan. Solo soy yerbera, conozco de plantas, son mis amigas. A ellas les pido permiso para arrancarlas de la tierra y me dicen sus secretos. Gracias a ellas la gente me respeta y viene a consultarme a mi puesto en el mercado de La Victoria. He curado a campesinos y obreros, a políticos y jueces, a policías y señoritas, señoras viudas o casadas, extranjeros que vienen a conocerme, niños recién nacidos, maestros, doctores; todos ya sin remedio. No solo vienen malos del cuerpo, sino del alma, tienen problemas. Yo los ayudo con mis yerbas. No soy el poder, sino que lo tomo de ellas por medio de los dioses y los curó.



*Puebla, a 20 de junio de 1910*

## La casa de los Picos

*Carmen Serdán*

*Aquí estoy de nuevo redactando mis pensamientos en este cuaderno, tomando la pluma blanca y haciendo que la punta en el tintero se torne negra para convertirse en recuerdos. Escribir me hace bien, plasmar mis preocupaciones. Hoy quiero recordar de dónde vengo, columpiarme en las ensoñaciones de mi infancia.*

*Nací el 11 de noviembre de 1873, fui la primera de cuatro hijos de una familia de abolengo bastante acomodada. Durante mi niñez mi familia y yo vivíamos en una casa amplia con muchos sirvientes. La llamaban la casa de los picos, ya que su fachada estaba llena de picos y ángulos. Don Manuel Serdán, mi padre, la mandó a construir mucho antes de casarse con mi madre. Tenía cielos rasos pintados a mano y piso estilo damero blanco y negro en todos los corredores. Su forma era de herradura, en medio de ese pasillo en forma de «U» había un patio con una fuente y varios naranjos. A mí me parecía un castillo de pisos resbalosos. Ahora que lo pienso, el piso no estaba muy nivelado, así que nos podíamos deslizar con nuestros zapatos, en declive por el pasillo. Este juego nos agradaba sobremanera. Mi madre tenía algunos pericos que se sabían nuestros nombres y todo el día parloteaban.*

*A los nueve días de nacida fui bautizada en la majestuosa catedral de mi ciudad. Mi ropón había sido bordado por las señoritas Marín, especialistas en vestidos para bautizos, bodas y primeras comuniones. Mi madre todavía lo guarda en uno de los cajones de su ropero con bolitas de naftalina para que no lo devore la polilla. Asistieron a mi bautizo parientes y amigos de la familia. Mis padrinos fueron Gabriel Alatraste, hermano de mi madre, y Josefa Cuesta de Alatraste, mi abuela.*

*Cuando cumplí dos años nació mi hermana Natalia, después dos hermanos más: Aquiles y Máximo. Nuestra vida era cómoda, tranquila y muy agradable, entre juegos y peleas. Recuerdo que jugábamos al trompo, a las canicas; yo era la que ganaba casi siempre. Mis hermanos envidiaban mi colección de ágatas y agüitas que guardaba celosamente en una caja de metal.*

*Al colegio que asistí fue al Teresiano, al igual que Natalia. Mis hermanos entraron al Liceo Francés.*

*Las monjas fueron prudentes y cariñosas con nosotras. Las dos fuimos siempre muy buenas estudiantes, además de Lengua y Literatura destacábamos en bordado.*

*Mi hermana y yo entramos a clases de pintura y de música, donde aprendimos a tocar el piano, como lo hacían la mayoría de nuestras amigas. Siempre nos llevamos muy bien con Máximo y Aquiles. Nos escribíamos recados en clave que solo entendíamos nosotros. Es curioso. No sabíamos que años después esa misma clave la utilizaríamos para conspirar contra el dictador y su gobierno.*

*Constantemente había invitados en la casa. Se trataba de amigos y amigas nuestras. Las sirvientas nos atendían y consentían con ricos tamales y chocolate caliente, los desayunos eran deliciosos.*

*A la casa también llegaban mis tíos y primos. Entonces se armaba la fiesta en grande. Recuerdo el enorme jardín donde llegamos a tener un venadito, al que cariñosamente le decíamos Lili.*

*Mi madre, siempre activa, pasaba el tiempo en reuniones con sus hermanas Josefina y Natalia y alguno de sus hermanos. Mis hermanos y yo reíamos tras las puertas, por los nombres de mis tíos. No sabíamos entonces que llevaban los nombres de los arcángeles; Rafael, Miguel, Baraquiel, Gabriel, Gaudiel, Sealtiel y Emmanuel.*

*Conforme iba creciendo, mis padres me comenzaron a platicar acerca de nuestros antepasados, sobre todo del abuelo, del cual había un libro acerca de su vida; Miguel Cástulo Alatrístete, que había empezado a trabajar de sastre, después consiguió una beca para continuar sus estudios hasta llegar a titularse de abogado. Fue maestro en derecho en la Ciudad de México y posteriormente de matemáticas, ya en Puebla.*

*Durante la invasión norteamericana interrumpió su vida profesional en defensa de la patria, alistándose en el batallón Hidalgo como capitán. Llegó a obtener el grado de coronel.*

*Fue gobernador del estado de Puebla en 1857, y nuevamente en 1861 por un tiempo corto. Antes de ser gobernador tuvo que irse al destierro, durante la dictadura de Santa Anna. Con el golpe de estado de Comonfort, el abuelo Miguel tuvo que abandonar la gubernatura. La familia huyó y enfrentó un sinnúmero de dificultades. Había, ni más ni menos, diez hijos que cuidar. La vida se tornó extremadamente difícil para ellos, pues el abuelo Miguel se lanzó a la sierra de Puebla a combatir por los principios de la Constitución liberal.*

*Como gobernador cumplió con las leyes del gobierno de Benito Juárez y, en consecuencia, muchas veces se produ-*

*ieron roces con la iglesia. Esto le valió el odio de los conservadores. Al no poder vengarse del hombre intachable de conducta moral, arremetieron en contra de su familia. Mi madre nos contaba que un día llegaron a apedrear su casa y tuvieron que salir huyendo de la ciudad.*

*Las ideas liberales del abuelo, como sus convicciones patrióticas, hicieron sufrir privaciones económicas a la familia. Cuando apenas había vuelto a ejercer su profesión, tuvo que volver a defender su país. Con el grado de general fue a luchar contra los invasores franceses.*

*En 1861 el presidente Benito Juárez le otorgó un diploma distinguiéndolo como benemérito. Sin embargo, un año después fue tomado prisionero y fusilado por el ejército imperial francés en Izúcar de Matamoros. Ese mismo día su hija, Carmen Alatríste, cumplía quince primaveras. En vez de regocijo, fue un cumpleaños manchado de sangre y luto.*

*Mi abuelo, ante el pelotón de fusilamiento, no quiso que le vendaran los ojos. «Tiren con valor, que muero por mi patria» fueron sus últimas palabras.*

*Mamá solía contarnos que cuatro años después de ese suceso ella acompañó a mi abuela, doña Josefa, al Palacio de Chapultepec, invitada por el emperador Maximiliano. Este se dirigió a la viuda diciendo: «En mi patria, los hombres como su esposo no son amigos ni enemigos, son héroes. Yo sé que usted tiene muchos hijos y quiero que usted misma fije la pensión que le asignará mi gobierno».*

*Mi abuela contestó al ofrecimiento: «En lo particular, estimo a su Majestad la opinión que tiene de mi esposo y el ofrecimiento que se ha servido hacerme, pero como mexicana, no puedo aceptar nada de los enemigos de mi patria». Y abandonaron el palacio, dejando a Maximiliano con un palmo de narices.*

*Mi padre Manuel conoció a su futura esposa, Carmen Alariste, entre máscaras y disfraces durante un carnaval. La vio vestida de princesa europea y con una máscara que le cubría solo los ojos. Creo que se enamoró de sus labios, que es lo más destacado de su rostro. Ella tocaba el piano, pintaba y hablaba francés, como todas las de su clase. Además de bonita era amena y alegre, por lo que siempre estaba rodeada de amigos y amigas. En aquella fiesta de carnaval le pidió bailar un vals. Cuenta mi madre que le negó el primero, luego el segundo y el tercero. Insistió tanto en bailar con ella que, al final de la fiesta, accedió a que la acompañara hasta su casa. Luego mi padre siguió rondando la casa, pero mi abuela Josefa era estricta y no la dejaba salir sola por ningún motivo.*

*Mis padres pronto encontraron una manera para comunicarse sin ser sorprendidos. Mamá fumaba cigarros Gardenias, entonces papá llevaba los mismos para ofrecerle, y ella siempre tomaba dos. Uno que fumaba durante las tertulias y otro que guardaba celosamente. Aunque pareciera cigarro era un recado de amor enrollado. Lo leía cuando se quedaba sola, para que nadie se burlara de sus almibaradas frases.*

*Así transcurrió el noviazgo de mis padres. Cuando ella aceptó casarse con él, papá empezó a construir la casa de los picos.*

*La boda tuvo lugar a principios de 1873 y el once de noviembre del mismo año nací y me pusieron el nombre de mi madre. Me llamaron desde entonces Carmela, Carmelita o Meli.*

*Éramos muy felices en aquella casa. Mi padre tenía su despacho ahí mismo, así podía gozar de la vida familiar. Cuando cumplí dos años nació mi hermana Natalia. Le siguió Aquiles, quien nació el dos de noviembre de 1877,*

*cuando Porfirio Díaz ya era presidente. En 1879 nació nuestro hermano menor, Máximo.*

*En 1878 mi padre, junto con Alberto Santa Fe, publicó **La ley del pueblo**. Era un documento en el que se planteaba la necesidad de distribuir la tierra entre los campesinos. Ellos pensaban que no era justo que unos cuantos ricos fueran dueños de casi todas las tierras laborables de México, en tanto que muchos mexicanos no tenían tierra que cultivar para su sustento, ni esperanza de mejoramiento.*

*Manuel Serdán y Alberto Santa Fe fueron los primeros mexicanos que publicaron un plan de reforma agraria para nuestro país. **La ley del pueblo** sostenía que cada trabajador debía ganar un salario justo con el que pudiera sostener a su familia. Estaba escrito también que cada familia pobre que quisiera dedicarse a trabajar la tierra debería tener un terreno, una yunta de bueyes y un arado. El documento también pedía educación gratuita para todos los niños.*

*Por esa época el ejército de los Estados Unidos había invadido el norte de México. Le mostró a los mexicanos la debilidad de nuestro sistema de defensa. Por ello mi padre y Santa Fe sostenían que el ejército mexicano, tal como estaba organizado, o más bien desorganizado, debería desaparecer y que en su lugar todos los ciudadanos debían estar disponibles para defender a la patria. Por último el documento abogaba por la libertad de prensa.*

*Desde luego, a los gobernantes les pareció extremista. El periódico que la había publicado, llamado **La Revolución Social**, fue inmediatamente clausurado, los ejemplares confiscados, y el editor, Alberto Santa Fe, arrestado y enviado a la prisión militar de Santiago Tlaltelolco.*

*Aunque mi padre tenía muchos problemas, celebramos el nacimiento de Máximo. Corría el año de 1879.*

*Mi padre no encontraba la manera de sacar de la cárcel a su entrañable amigo Santa Fe. Por aquellos días moría la madre de mi padre, Dolores Guanes de Serdán, y pocos meses después el abuelo, Roque Serdán.*

*A finales de 1880 murió mi padre, agobiado por los problemas. A raíz de su muerte, mi madre lloraba a menudo, y yo, como la primogénita, tenía que ser su apoyo. Las cosas cambiaron radicalmente. Sentí que había envejecido en solo un día, a pesar de ser una niña. Nadie me lo pidió, pero supuse que debía ser el sostén de mi madre, su refugio y ayuda. Así ha sido hasta hoy, que nunca nos hemos separado. Hemos salido adelante de los peores reveses.*



## Boda en Santo Domingo

*Tere de Velazco*



unca voy a olvidar mi boda. A pesar de que han pasado más de diecisiete años todavía puedo cerrar los ojos y verme ahí.

Aún recuerdo, como si fuera ayer, mi vestido vaporoso, el velo en mi rostro, mi inocencia al ser una mujer enamorada. Aunque me llamó la atención ver en el atrio algunos grupos de amigas cuchicheando, no le di importancia. Ese era mi día, si hay un día especial para una mujer, ese es el día de la boda. Pero al llegar al atrio estaba la que en unos momentos más sería mi suegra, la cual me dirigió una mirada de arriba abajo y me dijo en voz alta: «Creo que en los últimos días engordaste, el vestido te quedaba más holgado en las pruebas». Me sentí un poco mal por el comentario, pero no hice caso.

Entré del brazo de mi padre a la iglesia de Santo Domingo, se me hizo muy largo el trayecto, para después entrar a la incomparable Capilla del Rosario, con su maravillosa decoración barroca.

A cada paso sentía que me acercaba a la felicidad con el que sería mi esposo, aunque como mal presagio sentía perder el aliento por el corsé de varillas tan apretado que mi madrina insistió en colarme a fuerza.

## BODA EN SANTO DOMINGO

Ahí, en la entrada de la capilla, por parte de la familia Pliego, pude ver a mis primas como si fueran buitres. Por su parte, las tías Ana y Gaudencia me miraban con un dejo de lástima. Cuando por fin, después de segundos o minutos interminables, pude atravesar el pasillo, quise refugiarme en mi futuro marido. Después de segundos o minutos interminables. Estoy segura que mis primas por parte de los Duarte se rieron al ver tal escena. En ese entonces no entendía esas reacciones de la gente.

Recuerdo la marcha nupcial de Mendelsohn que tocaba con la orquesta Angelopolitana. La víspera de la boda imaginaba una y otra vez que Nicandro me iba a esperar ansioso en el altar de la Capilla del Rosario. Pero no, Nicandro estaba distraído hasta el fondo de la iglesia, no me esperaba con el ansia que yo sentía por él.

Más tarde descubriría desencantada que mi padre había planeado la boda; había decidido que Nicandro Velazco era el mejor partido para mí, aunque yo lo había tratado tan solo unos meses en la sala de mi casa, siempre en presencia de mi madrina y tan solo pocos minutos al día. El estar comprometida durante aquella época me había parecido un juego; tomar el té con galletas de nata, hablar sobre la lluvia o el calor de mediodía. Nicandro me parecía un muchacho guapo, tenía una nariz perfecta, pómulos altos, pestañas tupidas y largas, siempre vestido a la moda de levita francesa y zapatos de charol negro. Él evitaba mirarme a los ojos, pero yo había atribuido ese desvarío a la timidez natural de un muchacho de diecinueve años.

Algunas de mis amigas del colegio Teresiano se mostraban nerviosas con mi próxima unión, mientras otras dejaron de hablarme. La envidia por mi boda había hecho palidecer a muchas de ellas. Hasta ese momento yo había sido una muchacha devota y recatada que tomaba al pie de la letra las enseñanzas católicas y guardaba los mandamientos de la ley de Dios como me los habían enseñado desde pequeña. Jamás había dado de qué hablar. En mi casa nunca habían recibido una queja por mi conducta. Era de las consentidas de las monjas por mi aplicación a las órdenes. Cuando había que cambiar el hábito a Santa Teresa, era la primera en ofrecerme. Mi madrina hacía traer de la Ciudad de México el gui-

pur más exquisito y el hilo más fino. Ni hablar del rosario de la santa. Mi padre mandó a hacer uno primorosamente labrado en filigrana de oro con perlas auténticas. En todos los conventos y salones no se habló de otra cosa durante meses.

Mi padre era ostentoso, yo no nunca supe serlo. Me gustaban los buenos libros, la comida exquisita, los manjares y los dulces; la gula ha sido siempre mi principal pecado, pero no me gustaba hacer notar nuestra riqueza. Iba contra los principios de las teresianas. Ellas nos habían prohibido hablar de ciertas cosas, una de ellas era el dinero. Así que mientras la mayoría de mis compañeras se reunían en corros para hacer recuento de sus viajes, propiedades o nuevos vestidos, yo era de las pocas que me alejaba de aquellos temas. Me recluía en la biblioteca para consultar recetas deliciosas.

Me volví una experta en la materia. Me aficioné tanto que la monja cocinera me daba clases particulares de cocina por las tardes. Gracias a ello conocí gran variedad de platillos; lo mismo puedo preparar un delicioso mole poblano que unos ricos ayocotes navideños. Pero sin duda, en lo que más me aleccionó fue en la dulcería; las tortitas, los jamoncillos y los merengues han sido siempre mi especialidad. Mi fama en Puebla por los dulces de la tienda resuena en cada esquina. Obispos y gobernadores han sucumbido ante mis creaciones, y gracias a esa actividad me volví una mujer respetada.

En esas visitas a la biblioteca departía con Carmen Serdán, una de mis mejores amigas, quien como yo, no se reunía con las demás. Le gustaba buscar libros de Historia y Civismo. Mientras ella hablaba de las Leyes de Reforma, yo me deleitaba contándole de una nueva receta. Tal vez ella no me entendía ni yo a ella, pero me agradaba su compañía.

Carmen fue de las pocas amigas que se alegró sinceramente de mi boda con Nicandro. Ella, como todas las demás, conocía la prestancia y galanura de mi marido. En Puebla se hablaba de muchos solteros codiciados, pero Nicandro era, sin duda, el más guapo de todos. Carmen me felicitó efusivamente y me ofreció ayuda en lo que pudiera hacer por mí.

## BODA EN SANTO DOMINGO

Los días previos a la boda fueron de un revoloteo agradable en el colegio; las monjas prepararon un desayuno para despedirme y la madre superiora, la madre Rosario, dirigió unas palabras, haciendo alarde de mi buen comportamiento durante todos aquellos años. En el desayuno hubo tamales canarios rellenos de crema y piñones, así como atole de chocolate y pan de agua relleno de mole. Las compañeras, una a una, vinieron a desearme parabienes, unas con cara de emoción, otras con gesto duro, algunas trajeron regalos; manteles de Brujas, misales, carpetas de punto, candelabros de plata, juegos de porcelana, tibores de talavera.

Solo una entre todas no vino a desearme suerte, se llamaba Magdalena Fierro. Se trataba de una chica recién llegada a Puebla, proveniente del sur del país. Su padre era un comerciante acaudalado que viajaba de un punto a otro. A pesar de que la madre Rosario insistió, ella no pudo levantar la mirada del piso. Recuerdo haber tomado el gesto como algo extraño, pero en ese momento no le di demasiada importancia. Algunas de mis compañeras cuchichearon algo que no alcancé a oír, pero como la lengua vipe-rina era algo que no me molestaba, también lo pasé por alto. Me sentí muy contenta cuando el chofer pasó a recogerme, con dificultad subió al coche todos mis regalos. Aquella noche soñé con serpientes que se enredaban en mi cuello y desperté sofocada. Mi madrina vino a calmarme; a pedir que por nada del mundo rompiera el compromiso que se celebraría en pocos días.

Solo Carmen Serdán tuvo la valentía para visitarme en mi casa los días de la víspera de mi matrimonio. Nunca le ha importado lo que diga o piense la gente, por eso la admiro muchísimo. Venía para entretenerme, me platicaba sobre los avances de sus lecturas y lo mucho que me extrañaba en el colegio. Nunca me hizo sospechar el enjambre de avispas que había en torno a mi boda, todo el revuelo que había causado en Puebla. No quiso romper el frágil equilibrio de mi destino, ni amargarme prematuramente. Ella sabía todo el escándalo; lo había escuchado por todos lados, en el mercado, en el patio de recreo, en el atrio de la Catedral. Pero yo aún encerrada en mi mundo, viviendo el día a día con una inocencia que ahora me parece absurda. Si me comparo con la mu-

chacha que se casó aquel año, no puedo más que admirarme de tan radical transformación. En aquella época era cerrada, una tonta, una ignorante que estaba a punto de caer a un abismo y no se daba cuenta. ahora me miro en el espejo y me descubro otra; si bien nunca fui una mujer atractiva, la serenidad que me dejó la experiencia hace de mi rostro el de una persona digna. Bajé de peso, me volví delgada, ahora me veo más alta. Mis colores nunca varían: los oscuros son mis preferidos. Me peino con chongo alto o cola de caballo que peino con horquillas y peinetas de marfil.

Me gusta esta apariencia, la viudez es el estado perfecto.



## La casa de Ángela

*Lola «Fuego»*



El licenciado Eduardo Valverde era diputado de Puebla desde hacía tres años. A pesar de que trabajaba para el partido en el poder, se consideraba un liberal. Solía reunirse en la casa de los Serdán a discutir ideas revolucionarias en secreto. Máximo y Aquiles eran sus amigos. Se dejó convencer poco a poco de que el movimiento daría un cambio positivo al país.

Era un hombre de buen ánimo, solía visitar los diferentes prostíbulos de la época. El que más le agradaba era el de Ángela, en el barrio de San Antonio. Lo frecuentaba al menos tres veces por semana. Después de una buena plática con sus compañeros y unas chalupas deliciosas, le encantaba terminar el día retozando con las mujeres de Ángela. Era un rey en aquel lugar, mientras su casa era como una jaula dorada donde tenía que seguir normas de urbanidad y no se podía hacer el amor más que los días indicados por Monseñor Pensado, consejero espiritual de su esposa.

Le gustaba probar diferentes mujeres, pues en la casa de Ángela había mucha variedad; desde muchachas de Veracruz, Yucatán, Guerrero, incluso algunas panameñas y guatemaltecas que llegaron ahí sabe Dios por qué circunstancias. La mayoría se quedaba algunos años, luego emigraban. Nunca se había aficionado a ninguna, a pesar de que Ángela las escogía bonitas; todas eran de cara y cuerpo agradable, pero para él eran mujeres de un día, nada permanente.

Con Lola fue distinto. Desde que la conoció sintió que su corazón se aceleraba como una liebre. Le impresionó la suavidad de sus movimientos, la brillantez de su piel. Lola irradiaba luz, sus rasgos indígenas y la negrura de su pelo le provocaban una emoción especial. La observó un buen rato mientras servía las mesas, luego le pidió que se sentara con él. Recuerda haber pasado esa noche con ella hasta el alba, despertar en sus brazos y sentirse pleno como con ninguna mujer. Lola se entregaba toda, sin vergüenza, como si dar su cuerpo fuera una ofrenda de la naturaleza. Se dejó hacer todo lo que Valverde quiso, permitió toda clase de juegos y caricias, como bañarse en almíbar para que él saboreara su piel. A partir de ese momento la visitó solo a ella una y otra vez hasta descubrirse completamente enamorado y feliz, sabiendo que el amor hacia Lola era correspondido, porque ella le decía con caricias lo que no decía con palabras.

Así duró su relación un año, hasta que los celos le colmaron el plato, quería a Lola solo para él. Decidió hablar con Ángela y llegar a un acuerdo; le pagaría una renta mensual para que Lola se dedicara exclusivamente a Valverde. A partir de ese día se volvió su querida. Ángela habló con Lola respecto al acuerdo nuevo y esta no se mostró sorprendida ni tampoco distinta, seguiría ganándose el pan y desquitaría con creces lo que Ángela le daba. La matrona le dijo que a partir de ese día no compartiría más el cuarto con Briseida, sino que dormiría en uno contiguo al de ella, en la segunda planta. Era la única parte de la casa que tenía una luz que entraba a raudales, sin embargo no debía asomarse al balcón; todos en Puebla conocían la fama de aquella casa, pero ellas no debían ser vistas sino permanecer en las sombras.

Para acceder a su nuevo cuarto debía primero subir una escalera que se enredaba como una hiedra. La parte superior de la casa era radicalmente distinta a la de abajo. Se trataba de una vivienda fresca e iluminada, con cielos de rosas pintadas al óleo. A través del pasillo colgaban decenas de jaulas blancas de madera donde habitaban canarios y periquitos azules. La habitación de Ángela era muy amplia. Su cama era victoriana con gobelinos en el techo. Además tenía una gran luna frente a la cual se sentaba a ce-

pillarse el pelo cien veces cada noche. También tenía dos armarios inmensos con incrustaciones de concha, repletos de vestidos, sombreros y pieles. En su tocador había frascos de perfume y colorete, postizos franceses, y varios atados de cartas y fotos.

A través de aquellas imágenes viejas, Lola se dio cuenta de la belleza que había sido Ángela. Hacía algunos años había sido cantante de revista y se había codeado con lo más destacado de la sociedad poblana. Su cambio de posición de tiple a madame había sido a consecuencia de la pérdida de su voz; su casa se había vuelto un punto de reunión obligado donde el gobernador y sus amigos organizaban fiestas y francachelas. De ahí no fue difícil convertirla en una casa de citas. Era un buen negocio para todos. Ángela repartía dinero, y gracias a ese giro había podido comprar solares en Atlixco y casas en el centro de la ciudad.

Ángela le regaló la ropa que ya no usaba, en la que proliferaban las plumas, las chaquiras y lentejuelas, y también le dio varios pares de zapatos. Lola se probó su nuevo vestuario, comprobó que la naturaleza había sido generosa con ella, a pesar de su color, parecía una señora elegante y distinguida. Ángela tuvo la delicadeza de regalarle una jofaina y una jarra de porcelana pintadas a mano con sus iniciales.

Su nueva morada tenía una cama grande y confortable, además de un biombo oriental. Del techo colgaba una araña de gotas de cristal. Lola se recostó en la cama con la idea clara de que su vida había tomado un cauce distinto. Ángela le había dicho que debía considerarse muy afortunada, pues el licenciado Valverde era un hombre muy influyente y estaba encaprichado con ella. Le dijo que esas rachas de buena fortuna son como los cometas, aparecen cada diez años y hay que subirse a su cauda para que se marque el recuerdo para siempre. Ángela se lo dijo sin celos ni rencor, sino con nostalgia. Desde ese día el trato hacia ella fue mucho más afectuoso, al grado de volverla su confidente. Ángela se olvidó de mandarla a fregar cazuelas y servir bebidas, sin embargo Lola estaba hecha para servir; cada mañana llevaba el desayuno en charola a Ángela sin que se lo pidiera, arrodillada daba lustre a los pisos de madera.

## LA CASA DE ÁNGELA

No descansaba en todo el día limpiando vidrios y acomodando la ropa. Si tenía un tiempo libre, cosía sábanas y vestidos nuevos para las mujeres de la casa, que pagaba de su nuevo sueldo.

Era la primera en entrar a la cocina para preparar moles y salsas, moler el nixtamal cuando bien podía holgazanear. No se le veía parar un solo instante, era como una abeja laboriosa. Las mujeres de la casa se sentían felices por ese cambio, nunca habían estrenado tanta ropa ni se les vio tan aseadas y bonitas. Por la mañana seguía usando las enaguas de algodón y huipiles bordados para las labores domésticas. Por la tarde cambiaba su aspecto; se preparaba para Valverde, se dedicaba en cuerpo y alma a su transformación. Mandó pedir jabón de leche de burra y lucía rizos modernos. Se talqueaba con borla, usaba loción de rosas. Aprendió a maquillarse con kohl egipcio y no tardó mucho en acostumbrarse a las medias y a los tacones, a los vestidos largos de terciopelo y satín. Ella misma confeccionó su ropa interior de algodón. Era como una reina que se inventaba a sí misma todas las noches con nuevos colores y esencias.

Transformó el piso superior en un nido de amor en donde recibía a su hombre. Todas las tardes le preparaba un guiso nuevo, le daba masaje en los pies, además de hacer las piruetas que su amado quisiera. Valverde estaba enloquecido por ese amor. No tardó en abrir el balcón que no debía abrirse, muchos los vieron juntos desde la acera contraria. Su amor tan singular fue como un reguero de pólvora que de boca en boca, de oreja en oreja, llegó a oídos de Paquita, su esposa, quien enfermó de celos y dedicó los días que le quedaban a acabar con él, acechándolo como una serpiente. Paquita podía soportar que su marido, como casi todos hacían, jugueteara con malas mujeres, pero jamás la perdonaría que se hubiera enamorado de una de ellas.

# Encuentro con San Cristóbal

*Milagros Cóbix*



u casa es un templo de piedra gris, adornada con guías que parecen serpientes. En lo alto dos torres son la guarida de enormes campanas. Pocos días después de llegar a Puebla entré a aquel templo sin saber qué prodigio encontraría. Cuando lo vi por primera vez estaba recibiendo a los fieles, añoso, cuarteado. Me asustó su tamaño, me gustó su humilde cara. Jamás había visto algo así. Después de un rato de estar arrodillada ante él, me contó su historia. Su verdadero nombre era Relicto, un gigante de cinco metros que se había jurado a sí mismo servir al ser más poderoso de la tierra. Relicto era guardia del ejército. Un día supo que el emperador siempre se persignaba cuando oía el nombre del diablo. Le dijo: «¿Cómo es posible que el diablo sea más fuerte que tú?» Entonces, iré a servirle, y sirvió al diablo un tiempo, hasta que notó que este temblaba ante una cruz. Le dijo: «¿El crucificado es más poderoso que tú? Iré a servirle».

Relicto encontró a un solitario en su camino. Este le dijo que si quería encontrar a Jesús debía orar y ayunar. Le contestó que su hambre era feroz, pues era un gigante, además no sabía orar, así que debía hacer otra cosa. El solitario le pidió que ayudara a su prójimo. Lo llevó hasta un río donde muchos habían perdido la vida al intentar cruzarlo. El gigante cortó una palmera, la convirtió en su bastón para poder atravesar a la gente por el río, pues era caudaloso y ancho como el cielo.

## ENCUENTRO CON SAN CRISTÓBAL

Les cobraba a los ricos. A los pobres los ayudaba a cruzar en nombre de Cristo sin pedirles nada a cambio. Un día llegó un niño pequeño, le pidió ayuda y él lo cruzó, pero a medida que se metían al río, Relicto sentía mayor peso, como si estuviera cargando grandes piedras en su espalada. Entonces, asombrado, le preguntó quién era, el niño dijo: «Soy el que creó al mundo». Eso alegró a Relicto, que fue bautizado como Cristóbal.

En Puebla unos talladores lo crearon a imagen y semejanza de aquel santo hombre. Me dijo que es un santo peregrino porque al principio fue puesto en una de las puertas de la Catedral, pero un general entró con su mujer embarazada y les dio tal susto que ella tuvo el alumbramiento. En castigo fue llevado a la iglesia de San Cristóbal, luego a la iglesia de La Compañía, donde está enterrada la China Poblana, después a la iglesia de San Marcos, y luego a la iglesia de Santiago. En la guerra recibió el balazo de un cañón y perdió el brazo. Cuando lo conocí estaba en la entrada del templo que lleva su nombre. Tenía exvotos por todo el cuerpo, ofrendas en forma de ojos, brazos y corazones. Sus milagros eran ya muchos más que sus sufrimientos.

La gente iba a pedirle protección, pues su especialidad es proteger a los que sufren accidentes en viajes o en el trabajo. No solo era el que cargaba a Cristo, sino de quien se lograra subir a sus hombros para pasar aguas bravas sin caer o lastimarse. Uno de sus devotos, Severiano López, perdió una mano en el torno, y gracias al santo gigante le volvió a crecer al momento; Úrsula Sánchez sufrió un accidente en su carreta mientras entregaba leche y quedó ciega por unos días por el golpe en la cabeza, días después recobró la vista gracias a que se encomendó a él. Cientos de milagros se contaban por la ciudad.

Yo necesitaba esa protección, alguien en quién subirme. No dudé en ir una y otra vez a su presencia hasta que me dejó trepar a sus hombros. Ahí descubrí que con una mirada podía trasladarme a un sitio como si me hubiese convertido en una paloma. A veces, mientras rezaba hincada ante él con un cirio encendido, podía volverme a ser un volador que se paraba en el altar. Ahí me que-

daba un buen rato, admirando el retablo de oro donde San Juan y la Virgen del Perdón vigilaba a sus fieles.

Relicto, o San Cristóbal, fue el primer santito a quien encomendé mis poderes y quien me confió su generosidad. Dormí muchas noches de luna llena en el atrio de su casa, y con su manto me protegió la policía, que jamás me descubrió ahí.

Una mañana me despertó con su bastón. Me dijo que era hora de irme y seguir mi camino, ya tenía la protección que necesitaba y no podía quedarme. Tenía un encargo que cumplir, pero debía buscarlo. Me levanté con mucho miedo. Sentí cómo me metía al río que todos atravesaban, pero yo no estaba sola, junto a mí; cientos más querían atravesar esas aguas revueltas. El río era tan grande que parecía un mar. Del otro lado se veía algo como si fueran joyas brillantes. Yo sabía que debía cruzar para alcanzarlas, me estaban esperando. Me metí confiada en que San Cristóbal aparecería en cualquier momento para subirme en sus hombros. Sentí cómo me arrastró la corriente y me llevó adentro, donde había peces muy grandes con caras feas y piedras. Esas piedras blancas eran calaveras de hombres. Entendí que muchos habían muerto tratando de atravesar. Grité con todas mis fuerzas. Mi voz se volvió como un trueno. Apareció ante mí San Cristóbal, pero esta vez no fue fácil subirme, porque la corriente me arrastraba. Ahí me quedé luchando por treparme al santo. Él me decía una y otra vez que lo hiciera. Por fin pude atravesar con su ayuda a ese lugar. Del otro lado me esperaban algunas yerbas. Con devoción y respeto tomé una y otra, y las mastiqué para conocer sus poderes. Las yerbas me dijeron sus secretos y supe qué parte del alma o del cuerpo aliviaban.

Seguí mi camino por las calles parejas de la ciudad. Todavía tenía que cumplir muchas pruebas y verme de frente con algunos demonios.



*Puebla, 11 de julio de 1910*

# La muerte de mi padre

*Carmen Serdán*

*En los primeros años después de la muerte de mi padre se suscitaron muchos cambios en la vida de nuestra familia. Al principio mi madre trató de seguir el ritmo que teníamos, y continuamos viviendo en la casa de los picos, asistidos por todos los sirvientes. Natalia y yo íbamos al Teresiano, y Aquiles y Máximo al Liceo Francés.*

*Pero empezaron los problemas económicos. Mi padre tuvo mucho dinero, pero todo quedó invertido en propiedades, sin embargo, como él mismo manejaba todo y nosotros éramos muy jóvenes, no estábamos enterados de nada. A su muerte no había hecho testamento alguno.*

*Al principio mi madre no se preocupó por la cuestión monetaria. Mi padre guardaba una cajita en su despacho llena de monedas de oro. Desde que se casaron, él siempre le había proporcionado dinero suficiente para los gastos de la casa, ella nunca se había ocupado de llevar cuentas de nada relacionado con la administración.*

*Al terminar los nueve días de luto, mi madre entró al despacho para disponer de las monedas de oro. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando encontró todo en desorden! Había papeles tirados por todas partes, cajones abiertos, y la cajita de las monedas estaba completamente vacía.*

## LA MUERTE DE MI PADRE

*Al igual que las monedas, había desaparecido el empleado que lo ayudaba en el despacho.*

*Parientes y abogados dieron consejos a mi madre, pero todo salió mal. Durante mucho tiempo no pudo vender ninguna de las propiedades, ya que sin testamento aquello era inútil. A su vez, los suegros de mi madre tampoco lo hicieron antes de morir. Tampoco podía disponer de las propiedades que le correspondían por parte de ellos.*

*A pesar de todos estos contratiempos, mi madre confiaba en que tenía muchos bienes y que cuando se resolvieran los problemas podría salir bien librada. La deuda de la familia empezó a hacerse grande, incrementada por intereses de los préstamos. Mi madre vendió cosas de valor y disminuyó el número de sirvientes, pidiéndonos a mis hermanos y a mí que colaboráramos con el quehacer doméstico. Mi madre me encargaba cuidar a Máximo, quien era muy pequeño. Me gustaba leerle poesías y jugar con él en el patio de la casa, además ayudaba en la cocina y limpiaba las jaulas de los pericos. Me sentaba al sol un rato a ver la trayectoria de las hormigas, me sentía como ellas; laboriosa.*

*Cuando cumplí quince años, recuerdo muy bien que mi madre obtuvo el permiso para poder vender la casa de los picos. Nos trasladamos a otra más pequeña, a un costado de la iglesia de San José. Ahí vivimos por un tiempo con Sara Alatraste, una tía que recibía una pensión de treinta pesos al mes. No era mucho, pero a veces, y a falta de otras entradas, con su pensión nos bastaba. El dinero de la venta de la casa de los picos nos alcanzó para pagar las deudas y quedarnos con algo de efectivo.*

*En esa casa mi madre compró un billete de la lotería de Madrid. ¡Cuál no sería nuestra sorpresa que compró el premiado, un millón de pesetas! Pero al buscarlo para cobrar el premio no lo encontramos por ningún lado. Registramos cajones y todos los escondites posibles donde ella*

*guardaba cosas de valor, pero no apareció. Más tarde lo encontramos cuando organizamos la mudanza para irnos a vivir a un departamento del Paseo Viejo. Estaba detrás de un cuadro de la Virgen de los Dolores, pero ya hacía un año que había caducado. Tan cerca como estuvimos de la buena fortuna, también lo estuvimos de la desgracia.*

*Una mañana no amanecí, estaba muerta. Recuerdo que no podía ni hablar ni moverme, y sentía una debilidad enorme. Mi madre llamó al médico y escuché levemente que le dijo: «Yo alivio a enfermos, no muertos». Todo lo que hablaban mis hermanos, mi madre y el doctor lo escuchaba en la lejanía, pero no podía moverme. Aterrorizada, me concentré en mover un solo dedo para darles una señal de que estaba viva. Después de un esfuerzo tremendo pude mover la mano entera. El médico que me vio diagnosticó ataque de catalepsia. Poco a poco me fui recuperando. Entre sueños veía a una mujer sentada junto a mi cama y vestida de blanco. Ahora entiendo; era la muerte.*

*Para aliviar los pesares económicos de la familia, Aquiles, siendo un chamaco, se fue a cuidar puercos para ganar unos centavos. Después entró a una tocinería, donde trabajaba y asistía a la escuela.*

*Posteriormente Aquiles se alistó en la marina mercante en el Puerto de Veracruz, aún sin cumplir la edad mínima requerida. Un amigo de mi madre le había aconsejado que sería buena oportunidad para forjarle el carácter. La despedida fue difícil y amarga, pero mi madre comprendía que era benéfico para él. Aquiles había conseguido un puesto de grumete y mandaba casi todo lo que ganaba a nuestra familia para ayudarnos. Fueron tiempos muy complicados. Natalia y yo hacíamos muñequitas de trapo para venderlas y ganar unos centavos, hubo días que no teníamos en la casa más que unas papas para comer.*

## LA MUERTE DE MI PADRE

*Cuando más problemas económicos teníamos, mi madre consiguió los papeles que le permitirían vender una de nuestras últimas propiedades. En esta casa el piso de la caballeriza se hundía, pero no tuvimos el dinero suficiente para repararlo. Para nuestra mala suerte, más tarde nos enteramos de que los nuevos dueños encontraron allí barriles llenos de monedas de oro, precisamente donde se hundía el piso.*

*Aquiles se dio de baja en la marina mercante después de unos años y vino desde Veracruz caminando. Cuando llegó a la casa no lo reconocíamos: estaba muy delgado y alto. En esa época la situación económica mejoró. Aquiles tenía ya casi veinte años y Máximo dieciocho. Mis dos hermanos eran ya unos hombres responsables. Aquiles había desarrollado un cuerpo atlético en la marina, aunque Máximo era más alto.*

*Yo, de veinticuatro años, y Natalia veintidós, teníamos varios pretendientes. Natalia era muy alegre, siempre cantando y riendo. Yo siempre he sido más serio. Los cuatro hermanos estábamos felices de estar nuevamente juntos. Por las tardes, después de su trabajo, mis hermanos iban al zócalo a platicar con sus amigos y a contemplar a las muchachas. Llegaban a la casa amigos de mis hermanos, algunos buscando un pretexto para vernos a Natalia y a mí, lo cual nos halagaba mucho.*

*Un día llegó el licenciado Manuel Sevilla Rosales a pedirle a mi mamá la mano de una de sus dos hijas. Ella se llevó una sorpresa muy grande cuando el licenciado le pidió su aprobación para casarse con Natalia. Como yo tenía varios pretendientes, mi madre nunca se imaginó que su hija menor se casaría primero. Felicité a mi hermana y, con entusiasmo, ayudé con los preparativos de la boda, que se llevó a cabo poco después. Un año más tarde nació mi primer sobrino. Mi hermana y mi cuñado me invita-*

*ron a vivir con ellos para ayudar a Natalia con el pequeño, a quien le pusieron el nombre de Manuel.*

*Por su parte, Aquiles trabajó en la Ciudad de México en el Palacio de Hierro, estaba encargado de la contabilidad. Con lo que ahorró puso en Puebla una peletería, aprendió el corte de zapatos y puso una zapatería cerca de Santo Domingo, y después otra en el Pasaje. A mí me encantaban los zapatos que hacía mi hermano, me hizo varios de piel de cabra. En esa época sentía que con ese nuevo calzado regresaba la bonanza a nuestra casa.*

*Máximo, por su lado, era un viajero constante. Cuando regresaba a casa, nos reuníamos para escuchar sus aventuras, que relataba con mucha amenidad. La lectura de sus cartas congregaba a la familia. En una de ellas nos contaba que había comido un platillo muy sabroso en un restaurante de chinos. Al terminar pregunto al dueño que era lo que había comido y entonces supo que era carne de rata.*

*En otra ocasión nos escribió para contarnos de un viaje que él y un amigo hicieron a Veracruz. Llegaron de noche, pero el calor era intenso. Como no podían dormir, salieron al balcón buscando un poco de aire fresco. Ahí se durmieron desnudos muy a gusto. Estaban tan desvelados, y seguramente crudos, que no los despertó ni la luz del día. Cuando los otros huéspedes del hotel los vieron, armaron un escándalo y hasta llevaron a la policía.*

*Tanto las cartas como el modo de ser de Máximo resultaban siempre muy alegres. A veces tomaba un libro y deleitaba a todos con su lectura, pero en realidad estaba inventando lo que leía, y cuando los otros se daban cuenta, todo acababa en grandes carcajadas.*

*Máximo y Aquiles seguían saliendo al zócalo y a los portales por las tardes a fiestas. Siempre eran bien vistos en los*

*círculos sociales donde las muchachas casaderas asistían. En las fiestas patrias de septiembre Aquiles conoció a una muchacha muy bonita y con muchas cualidades de la que se enamoró de inmediato. Filomena del Valle y Abeleira tenía apenas diecinueve años. Su belleza era famosa entre los poblanos. Aquiles quedó prendado desde el primer día que la conoció y, con sus treinta años de edad, se dio cuenta que esta vez sería para matrimonio. El cortejo empezó de inmediato. Para felicidad de Aquiles, Filomena respondió con igual pasión.*

*El noviazgo se desarrolló teniendo como telón de fondo un clima de gran tensión política. A fines de 1907 se produjo una huelga en la industria textil de Puebla, tal como nosotros, los Serdán, y nuestros amigos, habíamos temido, pero no llegó a convertirse en un motín como el de Río Blanco. Antes de la huelga se habían organizado grupos como el Centro del Círculo Católico, que actuaba en conflictos laborales de acuerdo a las ideas cristianas. Las mujeres de los trabajadores, influenciadas por estos grupos, convencieron a sus maridos para utilizar al sacerdote italiano Bertocci como mediador entre ellos y el gobierno. Las peticiones de los huelguistas fueron rechazadas, por tanto la huelga fracasó.*

*Durante las posadas Aquiles y Filomena terminaron de hacer sus planes para la boda. El seis de enero de 1908 tuvo lugar la ceremonia. Lauro Camarillo, amigo de Aquiles y Carlos Tagle, tío de Filomena, fungieron como testigos de la boda. A mí me agradó Filomena desde el principio. Es una mujer bonita, simpática y de buen carácter.*

*Después de casarse Aquiles decidió abrir otra zapatería, pero en la Ciudad de México. La instaló en la calle de Correo Mayor, así que se fue a vivir con su esposa a la capital. Para colmar su felicidad se anunció la llegada de un nuevo miembro de la familia Serdán. Yo me sentía feliz, pero extrañaba a Aquiles.*

*Natalia había tenido la necesidad de rentar dos de los departamentos de su casa. Por esa época abrimos la dulcería en la planta baja y Máximo siguió viajando, así mi madre y él dejaron de vivir en el rancho y se mudaron a la casa de la Portería de Santa Clara.*

*Dejo hasta aquí por hoy el relato de mi historia familiar. Mi madre me llama para que la ayude con el chocolate de la merienda. Debo dejar la escritura y aplazar los recuerdos para otro día.*



## Banquete en la portería de Santa Clara número 4

*Tere de Velazco*



Nicandro se vistió de frac con moño blanco de pajarita en nuestra boda. Usó también guantes blancos. Se veía tan apuesto. Nunca lo había visto tan guapo como ese día; dejó de ser el muchacho tímido que me veía desde su lado del sofá para convertirse en una especie de estrella. A diferencia de la primera vez, ese día lo vi más alto, más rubio. Las miradas se concentraban en él. El padre Sebastián de Palafox acudió a nuestro encuentro para iniciar la ceremonia del matrimonio. A diferencia del primero, este trayecto hacia el altar me pareció muy rápido. El coro nos recibió con el *Ave María* de Schubert y todo en el recinto me pareció aún más hermoso. Mientras el padre celebraba la misa, yo me entretenía posando la vista en los bucles de oro infinitos que adornan la capilla. Mi imaginación trepaba hasta el manto de la Virgen, se enredaba en los angelitos de talavera o en las flores blanquinegras de los dominicos.

Cuando regresé de mi ensoñación, estábamos entregándonos los anillos. En esos momentos tan importantes Nicandro no me veía, estaba inquieto, buscando algo entre los asistentes. El gesto me incomodó un poco, pero me concentré en mi boda.

Entregué el ramo a la Virgen y salimos de la capilla con el *Aleluya* de Händel. Parecía que los angelitos de talavera tenían gesto de disgusto mientras nos encaminábamos a la salida. En el atrio nos

felicité tanta gente que mi vestido quedó un poco arrugado, además hacía demasiado calor y yo sudaba por todos lados. Los asistentes eran como un remolino que me llevaba de un lugar a otro. Sentía cómo me alejaba más y más del que en esos momentos ya era mi esposo. Mientras me tomaban de la mano o me abrazaban pude ver del otro lado del atrio cómo Magdalena y su familia discutían con la familia de Nicandro. Se veían molestos y turbados.

El trayecto a mi casa en la Portería de Santa Clara lo hice caminando. En la confusión fue Carmen Serdán quien estuvo a mi lado para ayudarme con la cauda, ofreciéndome su brazo para que no tropezara. Llegamos a la casa, ella me ayudó a recomponer el tocado. A mi habitación entraban y salían sin pedir permiso mis primas, tías y amigas. Iban en búsqueda de algún accesorio, tijera o hilo para arreglar sus propios vestidos, así como a pedirme talcos y perfumes.

Mi madrina vino a sacarme de ahí, a decirme dónde debía sentarme, en la mesa principal junto al gobernador y su esposa, el obispo y el arzobispo de Puebla, ser amable y hacer plática, además de que se les atendiera como se merecían al jefe de la policía y a su esposa, al coronel Miranda y a su flamante esposa, al general Ramírez y a su mujer —porque aún no estaban casados—, a la madre superiora del convento de las clarisas, al diputado Valverde y a su esposa Paquita, a don Lázaro Escalante, dueño de la fábrica textilera La Gloria, a don Filomeno Rentería, dueño de la fábrica de hilados El Progreso, y a muchos más; la lista era larga, incluido mi padre y mi madrina.

La mesa principal era un tablón largo con sillas a ambos lados. Para atenderla, Natividad, parientes de ella que trajo de su pueblo y tres de mis sirvientes me ayudaron en todo momento. Mis tías y sus sirvientes nos ayudaron también.

Creo que lo mejor de mi boda fue la comida. A pesar de que han pasado tantos años, recuerdo el menú que mi madrina y yo organizamos con tanto esmero; agua de níspero, ron cubano, escamoles al

ajillo, chiles en nogada y arroz rojo, envueltos de mole con ajonjolí, tlacoyos de alverjón, pero lo mejor de todo fueron la variedad infinita de dulces poblanos que prepararon las clarisas; tortitas de Santa Clara, camotes de piña y guayaba, besos de almendra, nuez y piñón, muéganos de miel y piloncillo, y duquesas de merengue. Todo servido con café de olla. Comí tantos dulces ese día como nunca en mi vida, al grado que toda la noche me la pasé vomitando y no pude atender a mi marido, que por cierto acabo borracho como una cuba.

Para la fiesta hicieron traer tres orquestas, pero yo bailé muy poco, tan preocupada estaba por quedar bien con todos los invitados. Nicandro sí se la pasó bailando muy feliz con sus primas, sus amigas y mis amigas, creo que hasta Carmen bailó con él. Yo entraba y salía a la cocina, y lo que sea de cada quien, no hubo ningún invitado que no nos felicitara por las viandas tan exquisitas. La fiesta duró hasta entrada la madrugada cuando Monseñor Pensado, mi tío, se fumó el último puro con mi padre en la sala. Cuando se fue yo me sentía aturdida y exhausta, me dolían los pies como si hubiera pisado nopales.

Ahí empezó mi calvario.

Entre el atracón y el nerviosismo vomité tantas veces que la última vez que lo hice estaba amaneciendo; luego me fui a dormir. Todos estaban como muertos, incluido Nicandro, que se durmió en la cama con el frac puesto. Cuando desperté me di cuenta que habían pasado tres días desde mi boda, al ver la cara de angustia y preocupación de mi padre junto a mí, supe que en realidad había estado al borde de la muerte. Para mí fue una larga pesadilla donde una y otra vez en mi delirio veía caras de envidia, arañas, comida, mole como si fueran ríos y otras alucinaciones. Me sentía muy débil y mareada, con trabajo podía mantenerme en pie. El doctor Morales me recomendó baños de sol y reposo.

Pasaron los días. Mi recuperación fue muy lenta. En toda mi convalecencia, que duró más de un mes, casi no vi a mi esposo. Mi madrina, mi padre, Carmen y Natividad estuvieron junto a mí

todo el tiempo. Cuando preguntaba por mi marido, me decía que estaba muy ocupado trabajando.

Como los remedios del doctor Morales no funcionaban, un día llegó Carmen acompañada de Milagros, una yerbera famosa del mercado La Victoria. Puedo decir que gracias a ella volví a la vida. Primero me limpió el cuerpo con un huevo de gallina negra y al abrirlo vi claramente que estaba podrido y apestaba a azufre. Me dijo que mi enfermedad era mal de ojo, que alguien deseaba mi muerte pues mi boda había sido una afrenta. Luego me limpió con manzanilla, albahaca, tomillo y ruda.

Desde el primer día que hizo la limpia me sentí realmente mejor, como si mis intestinos volvieran a su lugar. Gracias a Milagros volví a la vida, pero regresé de ese trance sin la inocencia que me había caracterizado hasta ese momento. Creo que en la convalecencia se me abrieron los ojos. Llevaba un mes de casada y otros más de novia y mi marido jamás me había acariciado la mano.

## Aniceto y Rosa

Lola «Fuego»



odavía recordaba nítidamente el día que conoció a Aniceto en el parque. Lola era hija del caballero de la Hacienda Morales en Orizaba. Como la madre de Lola murió de una enfermedad contagiosa cuando ella tenía pocos años, el padre la colocó en la hacienda donde se volvió una niña cargadora; cuidaba a Rosa, otra niña aún más pequeña que ella. Al principio la vio como una muñeca viva, pero la ilusión del juguete le duró unos días. Cuando Lola tiró a la chiquita y, en castigo por no cuidarla bien, le quemaron las manos con una plancha de carbón, se dio cuenta de que aquello no era un juego. Rosa era su pequeña ama y dueña de su tiempo y su voluntad. Siempre Rosa antes que Lola. Si Rosa no quería comer, Lola tampoco tenía permitido hacerlo. Si Rosa quería jugar, jugaban. Si Rosa quería una naranja, debía treparse a los árboles del huerto para obtener aquella fruta. Así pasaron años hasta que se convirtieron en adolescentes.

Un día, cuando Lola ya tenía dieciséis años, la mandaron a comprar quelites y zanahorias al mercado. En el parque vio a Aniceto recargado en una banca limpiándose los huaraches. Le pareció un hombre guapo y le gustó la forma en que la veía. Así pasaron meses, sin hablarse, ella saliendo a comprar el mandado puntualmente a las doce y él esperándola en el parque. Un día él se atrevió a hablarle. La acompañó hasta la puerta de la casa. Rosa, de

## ANICETO Y ROSA

trece años, también se enamoró de Aniceto, porque envidiaba y deseaba todo lo de Lola. Creía que lo de Lola era suyo. Incluso aquel hombre que espiaban a través del encaje de los visillos.

Aniceto era hijo de un carpintero. Rosa lo deseaba para ella, quería besarla y sentir sus brazos alrededor de la cintura como hacían las parejas que se paseaban enfrente de su casa o en el parque los domingos. Rosa acechaba a Lola. No perdía detalle de cada uno de sus movimientos y esperaba a que saliera al mercado para tener la visión del hombre que la hacía suspirar. Por eso, cuando Lola habló con doña Rosa Robles, mamá de Rosa, para informarle que Aniceto quería casarse con ella, la niña lloró largamente, pataleó y hasta cayó en cama con altas temperaturas, víctima de una enfermedad que los doctores no pudieron diagnosticar.

La enfermedad de Rosa echó por tierra todo intento de boda. Doña Rosa interpretó aquella enfermedad como producto de la tristeza por perder a Lola, así que le prohibió volver a frecuentar a Aniceto. Ni siquiera la dejó salir a la calle. Rosa no podía confesar su amor. En medio de su chantaje, se dio cuenta de que su enfermedad solo había conseguido apartarlas a ambas de Aniceto, así que pasados unos días fue recuperándose. Le pidió a su madre acompañar a Lola al mercado para tomar aire fresco. Doña Rosa pensó que era una buena solución mientras se recuperaba. Por supuesto que Aniceto al principio no se acercaba, pero Rosa aprovechó esas salidas para que Lola le hablara de su amor y la tomara por confidente. Rosa se mostraba comprensiva y alcahueta, dejando a Lola unos minutos con Aniceto en el parque mientras ella seleccionaba las margaritas para los jarrones de la casa.

Así pasaron meses, tiempo en que el deseo entre la pareja se acrecentaba cada día. En su ardoroso afán, Aniceto le pidió a Lola que huyeran. Se irían a Córdoba, a Puebla o a Veracruz, allá nadie los encontraría. Ella se lo contó a Rosa, quiso despedirse de ella, pero su ama ya se había adelantado a los hechos, le dijo que no tenía por qué huir, podría seguir en su casa y vivir con Aniceto, se casarían bien y con la bendición de la iglesia. Solo tenía que esperar un año a que Rosa cumpliera quince años, día en que ella debería decidir con quién casarse. Una vez que se hubiera casado, Aniceto y

ella se irían a vivir como su servidumbre. Él, carpintero, jardinero y chofer; ella su niña cargadora. Si Lola hubiera tenido una bola de cristal para adivinar el futuro y las negras intenciones de Rosa, ese mismo día hubiera hecho un atado con sus pocas pertenencias y se habría largado de aquella casa para siempre. Lola no tenía miedo, siempre fue valiente, pero era leal. Habló con Aniceto, y él estuvo de acuerdo. Realmente quería a Lola y podía esperar un año más.

Pasado un año, Lola y Aniceto se casaron en la capilla de la casa y al día siguiente se casó Rosa con su primo, del cual no estaba enamorada. Ella lo hizo con el único objetivo de estar al lado de Aniceto. Rosa aprovechaba todas las ocasiones en que podía estar a solas con él. Lo tomó de cochero y cuando su marido no estaba, salían a pasear.

Un día, en el camino que iba de Orizaba a Nogales, Rosa quiso bajar a cortar azucenas. Simuló que se había torcido un pie para que Aniceto la cargara. Las manos de aquel hombre en su cuerpo eran como descargas eléctricas en ella. A diferencia de su primo, delgado y enfermizo, Aniceto le parecía un hombre excepcional. Las salidas entre Rosa y Aniceto se volvieron cada día más frecuentes y terminaron por caer uno en brazos del otro. Aniceto amaba a Lola, pero Rosa era una bella flor abierta para él que terminó por robarle la voluntad. Las salidas constantes llegaron a oídos del primo de Rosa, quien corrió a la pareja de su casa a pesar de no haber confirmado sospechas. Lola y Aniceto fueron amenazados. Si los veían rondando la casa, los mataría. Rosa y Aniceto negaron cada uno a su pareja toda relación amorosa, pero Lola tenía una espina clavada en el corazón que no le permitía estar en paz.

Se fueron a Río Blanco para que Aniceto entrara a trabajar a la fábrica textilera. Lola seguía yendo a Orizaba a visitar a su padre al menos cada dos meses. En uno de esos viajes se topó con Rosa en una mercería, quien se mostró con ella altiva y orgullosa. En un cochecito llevaba a su hijo de más de un año, tenía ojos oblicuos, pelo lacio, y era moreno, contrario de la piel de Rosa y su marido. Ellos no habrían podido concebir un hijo así. Lola se quedó muda, no acertó a decir palabra. Rosa le había ganado la partida como siempre.



# El mercado La Victoria

*Carmen Serdán*

*Nunca pensé que aquel lugar tan cercano se convertiría en mi alivio, en mi salud, en amistades y hasta en mi cómplice. En 1861 se le había cambiado el nombre de Mercado Central a La Victoria, como recordatorio de las Leyes de Reforma. En la entrada principal hay una torre de treinta y un metros de altura, tiene un hermoso relieve escultórico, que es una alegoría del trabajo y el comercio, bajo unas alas de águila mexicana. En el centro, el magnífico reloj suizo.*

*Me parece escuchar a los marchantes en cuanto ven llegar a los compradores: «¡Marchanta, lleve cemitas tostadas a tres por un real!» Pan crujiente, recién salido del horno. A finales del siglo pasado, los libaneses que llegaron a la ciudad le pusieron encima el ajonjolí al sencillo pan. Junto a las cemitas están los puestos de rebozos y ropa. Entrando por otro pasillo, pintadas de blanco y rojo, están las carnicerías flanqueando las entradas con dos peroles con aceite hirviendo y el olor del chicharrón. Los aromas no solo están en la nariz: se van lejos, y pasado el tiempo nos traen recuerdos. En otra parte están las jaulas y se venden abarrotes. Los propietarios, por lo general españoles regordetes con delantal, barbas sin rasurar y con un puro gordo en la boca, son muy trabajadores y duermen encima de los costales; grandes costales con*

## EL MERCADO LA VICTORIA

*chiles secos de toda clase; chipotle, guajillo del que pica y del que no pica, chile costeño, serrano, de árbol, piquín y muchos más, arroz, frijol, habas y bíblicas lentejas.*

*Frente a las carnicerías, las jarcierías, jaulas para pájaros hechas de madera con alambre o de carrizo, estropajos, piedra pómez, fibra de alambre, mecates de ixtle, canastos de todos tamaños para el pan, las tortillas, la fruta. Ayates grandes, medianos y chicos. Enormes envoltorios de hoja de milpa seca para hacer los deliciosos tamales. En este lugar huele a tierra seca y palma. Mecates de diferente longitud y grosor, según para el tendadero que se necesite, objetos de ixtle, petates.*

*También hay objetos de fierro; cadenas, herramientas, botes chicos, medianos, grandes y enormes para hacer tamales. Todo lo relacionado con la forja, llaves de todas clases, tornillos de todos tamaños y grosores, calentadores de leña, cubetas y tinas, anafres y comales.*

*Hay pequeñas tiendas donde se aprecian todas las mercerías en anaqueles de madera y llenos de toda clase de encajes, preciosos listones satinados de colores que entretejemos para trenzas y rematamos con bellos moños, guipiure que aplicamos en nuestros vestidos y sombreros, botones grandes y chicos. En fin, es una fiesta de colores. El pasillo que más me gusta es el de las flores, con las más delicadas gladiolas rojas, amarillas y blancas, que venden por docena, azucenas, varitas de nardo, no me olvides, grandes manojos de nube, alcatraces, rosas rojas, luto de Juárez, margaritas blancas y amarillas, claveles rojos y blancos, color de rosa y hasta jaspeados, la preciosa flor llamada pincel, y los crisantemos. Culminando este pasillo con el precioso quiosco, del cual no se aprecia mucho en su construcción, y no lucen los cristales esmerilados de colores, pues está atestado de flores blancas y moradas, coronas de todos tamaños para difuntos y mucho follaje verde.*

*Aquí en el mercado encontré a Milagros, que más de una vez me alivió con sus hierbas. Aquí vengo diariamente a comprar el recaudo, en los canastos llevo los jitomates y mis marchantas de confianza me consiguen la pólvora y las bolas de las camas de latón para hacerlas estallar en el momento preciso.*



## La Virgen de los remedios

*Milagros Cóbix*

**E**n el zócalo de Puebla me encontré a dos mujeres de largas trenzas que les llegaban hasta el piso y con sarapes pardos. Al principio pensé que eran de este mundo, pero me di cuenta de que flotaban, sus pies no daban pasos sino que se arrastraban en el aire, tenían los ojos saltones, la piel flaquita. Me dijeron que eran hermanas, dos ánimas buscando hacer el bien que no pudieron hacer en vida. Me pidieron que fuera a ver a la Virgen de los Remedios y pidiera por el descanso de su alma. La Virgen me abriría los caminos, me daría los medios para curar almas perdidas.

Caminé toda la vereda que lleva a Cholula. Me dijeron que no sería difícil encontrar a la Virgen, era la señora del cielo, y se encontraba sobre un cerro hecho a mano. La vista me guiaría hacia ella como seguir una estrella. Ya era tarde cuando trepé el cerro. Al llegar al atrio todavía pude ver claramente los cuatro puntos cardinales del valle; norte, sur, este, oeste. Hice una oración por cada uno. Como estaba en un lugar tan alto, me encomendé al Señor del viento. Le pedí por mi salvación.

En el piso había un tapete de aserrín de colores que tenía flores y pájaros. Caminé sobre él, entré al templo con el corazón contento. Ahí estaba la Señora reinando sobre el valle. En su cabecita una corona y aureola de oro, su manto azul, y debajo de ella nubes que la cargaban.

## LA VIRGEN DE LOS REMEDIOS

Entré de rodillas a la iglesia. Así me estuve las horas que faltaban para cerrar el templo, luego dormí en el cerro anidada en el tronco de un capulín. Me quedé varios días con sus noches, vigilando. Durante el día rezaba, me arrodillaba ante ella, así como buscaba a los lados del cerro las yerbas que eran para mí. Por las noches, junto a aquel árbol, venía hacia mí un coyote de ojos rojos. El coyote no podía morderme, por la protección de la Virgen, pero me mostraba sus colmillos.

Después de varios días de ayuno y rezo la Virgen quiso hablar conmigo. Me abrió su corazón inflamado de llamas poderosísimas, tan inmensas que me dejaron ciega por un rato. Me dijo que había demostrado verdadera fe al quedarme tanto tiempo, que en recompensa podría contarme su historia. Fue la primera Virgen que atravesó un mar para llevar la doctrina de Jesús, el Salvador, su hijo. Venía de muy lejos, del otro lado del mar, viajó en un barco lleno de soldados y curas. Las tormentas del demonio muchas veces quisieron destruir el barco. Alrededor suyo truenos, relámpagos y olas gigantes. La mayoría de ellos no sabía que traían a la Madre del Salvador como su protectora. Fue escondida entre sus ropas por Martín de Valencia, un sacerdote que tenía el don de curar con las manos. Él alivió a muchos marineros que se enfermaron en el viaje, los males que les atacaron eran muchos; se hincharon como perros muertos o perdían la razón.

El viaje duró muchos días. Solo un soldado sin fe murió en el barco, y como ya llegaban a tierra firme fue enterrado en el puerto de Veracruz. Martín de Valencia juró en el camino que si llegaban con bien, él mismo se encargaría de hacer el templo de la Santísima, y así fue, dedicó los ochenta años que le quedaban de vida a terminar la casa de la Virgen. Así como ella había triunfado sobre el mal, buscó el lugar más alto para acercarla al cielo. Hicieron el templo sobre la pirámide de Cholula. Desde que fue colocada ahí vive entre nubes, protegiendo a sus devotos y concediéndoles el favor de su manto.

Cuando la virgen terminó su historia, la luz que me había enceguecido desapareció, pude ver de nuevo. Le pedí poder encontrar

las yerbas que me permitieran sanar como aquel sacerdote a que ella había ayudado. No quería gloria o bienes, sino encontrar el destino que me quemaba por dentro, una llama que estaba a punto de incendiarme. Entonces lloré porque quería ser una mujer en el mundo y hallar una razón para quedarme en la tierra.

La Virgen me dijo que mi camino no sería fácil, que en él encontraría desdichas y tropiezos, pero debía ser fiel al designio que me marcaba desde el nacimiento; curar a través de las yerbas. Ella me reveló que el poder curativo no viene de uno, sino que viene del poder de los santos, de las fuerzas naturales, de ella misma, que a través de su intercesión se puede llegar a su hijo y a Dios Padre. Yo debía tomarlas con respeto, aceptando mi lugar y el de las santas yerbas, pidiéndoles permiso, y usar sus dones para el bien de la gente. Ellas mismas me revelarían la parte que sanan, porque las yerbas no son todas iguales. En mi camino me las encontraría poco a poco. El reino de la naturaleza tiene vida como el de los humanos. Nuestro mundo tiene la forma del cerro hecho a mano; sobre la base descansan las plantas y los animales, que alimentan y dan vida, luego las piedras, y al final, en la parte más alta, pero menos importante están los hombres y las mujeres. En el cielo los dioses.

Salí de aquel templo con mi nuevo encargo. Al bajar encontré una mata tupida de perejil, y le corté un ramo; luego, en la base del cerro, hallé una planta de sábila que era tan verde como jade. Por el camino de regreso a Puebla encontré un girasol grandote. Le pedí unas cuantas semillas. En el cerro de San Juan encontré diente de león y ortiga, guardé todas en mis enaguas. Ahí mismo, en el cerro, encontré una cabaña hecha de palos y techo de palma. Entré a ella como si me hubiera llamado. Adentro de la cabaña humeaba un caldo en una olla de barro. Era la casa de Damiana, una tlaxcalteca que había escapado de su encierro en una fábrica de vidrio. Vivía en paz con su hija, le pedí cobijo para unos días. Era devota de la Virgen de los Remedios, cada primero de agosto iba de rodillas hasta el santuario a visitarla, gracias a ella la habían liberado de esa prisión donde no recibía pago si no obedecía. Ya liberada hizo su casa y se quedó a vivir con su hija, una niña de ojitos claros que tenía cuatro años.

## LA VIRGEN DE LOS REMEDIOS

Aquel día, después de muchos, comí sabroso. En agradecimiento curé a la niña del salpullido que tenía por todo su cuerpo. En las ollas de Damiana preparé mi primer unguento, un compuesto de sábila y árnica, con un poco de yerbabuena y la grasa de las semillas de girasol; la niña se curó. Damiana y yo nos volvimos como hermanas. Ahí me quedé muchos días, la gente que iba de Cholula a Puebla, en caballo o caminando, a veces pasaba por la choza a pedir agua. Recuerdo al primer hombre que ayudé, era un soldado que iba a Cholula. El caballo, espantado por una serpiente, lo aventó por los aires. La mano le quedó herida y yo lo curé con hojas de salvia y ortiga, se fue tan agradecido que se encargó de hacerme fama por las calles de Cholula y Puebla. Hasta mí llegó mucha gente a pedir ayuda para que los curara. No siempre pude, eso también fue una enseñanza. A veces en la cabaña se me morían niños o recién nacidos.

Damiana, que era una mujer sabia, también me enseñó su conocimiento. A ella debo muchos de los compuestos de ungüentos y medicinas que hoy uso. Conocía muchos remedios que su abuela y su madre le enseñaron desde niña. Me ayudaba a curar a la gente. Muchos nos daban dinero, nosotros lo recibíamos como providencia. No cobrábamos, pero poco a poco teníamos con qué comprar cosas que se vendían en los mercados, como el remedio contra la picadura de víbora, que era caro y que sin dinero no hubiéramos podido conseguir. Juntamos monedas que enterramos para que nadie las cogiera.

Un día Damiana soñó que su madre se estaba muriendo. Tenía que regresar a su tierra para enterrarla. Ese mismo día nos reparé el dinero, la acompañé a la estación de trenes y ya no volví a la choza. Renté un cuarto de azotea cerca del mercado. Llegué a La Victoria, que ya conocía de sobra, con una idea; sería curandera. La gente me conocía, mi fama era muy buena. No me equivoqué, ese era mi destino. Desde el día que llegué a La Victoria, hace diez años, nunca he parado de ayudar y curar.

*Puebla, 9 de agosto 1910*

# La casa de Santa Clara

*Carmen Serdán*

*Sigo contando la historia de mi familia.*

*Me mudé a esta casa, propiedad de mi hermana Natalia y su marido, en la Portería de Santa Clara no. 4, cuando ya habían nacido mis sobrinos Manuel y Natalia. Sabían de mi entera devoción por los niños y yo podía ayudar a Natalia a educarlos.*

*Desde que llegué a esta casa me sentí muy a gusto. Es muy espaciosa y cómoda. Mi cuarto tiene un balcón desde donde me asomo a ver la iglesia de Santa Clara. La calle es una de las más alegres de la ciudad. Hay muchas dulcerías que son la delicia de los compradores. En esta casa nacieron mis otros dos sobrinos, Carlos y José. Desde que llegué me he volcado en su cuidado; no he parado de coser pañales, curar descabros y tejer colchitas. Los cuatro juntos son un remolino de vida, como lo éramos mis hermanos y yo de niños.*

*Nuestra vida social es muy activa. A Natalia y a mí nos gusta visitar a nuestras primas a quienes la gente llama «las bellas Alatraste» y a las cuñadas de Natalia apodadas «las ricas Sevilla». Vamos en coche de caballos, a veces nos llevamos a la pequeña Natalia, a quien le encanta tomar el té y presumir listones azules en la cabeza.*

*Mi cuñado, el licenciado Sevilla, gustaba mucho de reunirse con amigos y parientes en la casa a la hora de comer o cenar. Entre los amigos que se quedaban a platicar a veces hasta el amanecer, en el despacho de los Sevilla, estaba don Melitón Vargas, el arzobispo de Puebla. Aquiles y Máximo se unían a estas reuniones. Mi cuñado tenía muchos y buenos libros, cuyo número aumentó cuando al morir el arzobispo le legó parte de su biblioteca. Aquiles ha pasado mucha horas leyendo estos libros, sobre todo los que tratan de historia y política mexicana.*

*Según la costumbre poblana, en la primavera se celebra el Jueves Santo. Servimos desayunos para los niños pobres. Semanas antes acostumbramos preparar cosas especiales para ese día como tortitas de Santa Clara y rosquitas de nuez. Los hijos de Natalia y Manuel ya ayudan a distribuir las golosinas y después juegan con los niños. Me encanta trabajar para esos pequeños. Siempre he pensado que no solo ese día deberían desayunar bien, sino todos los días. Las desigualdades sociales en México son como una grieta inmensa en la tierra que no hace sino dividirnos y empobrecernos a todos. Mis padres siempre nos enseñaron a ser amables y gentiles con los sirvientes y la gente humilde. Nada nos cuesta curarlos y darles buena comida al menos una vez al año.*

*En mayo, para conmemorar la batalla del cinco, sale la carretela para el combate de flores, damos vueltas por el zócalo y recibimos flores de los que pasan por ahí.*

*El gran día para la calle de Santa Clara es el doce de agosto, precisamente la festividad de Santa Clara. Con días de anticipación llega el «maldito», el diablo, invitando al festejo, exigiendo que se adornen las casas y repartiendo insultos a quien no lo hace. Desde la noche anterior a la fiesta acuden los faroleros, que se resguardan del sereno en los portones de las casas. Antes del amanecer cohetes y campanas despiertan a todo el vecindario muy temprano. Las*

*enramadas cuelgan de lado a lado de la calle, que se cierra por la fiesta. Las sastrerías cuelgan dentro y fuera de su establecimiento pequeños trajecitos hechos para este día. Varias camoterías adornan colgando camotes y dulces de su especialidad. La fiesta se acaba hasta entrada la noche. Los vecinos caminamos de un extremo a otro de la calle, comprando en los puestos buñuelos, fruta y dulces. Los muchachos se divierten muchísimo con el palo encebado, con los castillos y cohetes.*

*En noviembre, como las festividades de Todos Santos coinciden con el cumpleaños de Aquiles, decidimos primero ir al panteón a rendir culto a mi padre y a mi abuelo, y después celebramos a Aquiles en la casa. Ponemos una gran ofrenda que se refleja en el enorme espejo de la sala donde colocamos una mesa, sobre ella un mantel blanco y flores de cempasúchitl y terciopelo, y fruta de la temporada; cañas, mandarinas, naranjas, guayabas y tejocotes. Además, guisamos con anterioridad el mole, calabaza en tacha, tamales de mole, de dulce y de rajas, y el exquisito punche —dulce único de esta región desde la época pre-cortesiana—, además de los dulces de calaveritas de azúcar con el nombre de cada uno de nosotros.*

*En diciembre nos gusta tapizar el patio con aserrín de colores, ponemos espejos y enramadas, farolitos de papel para celebrar las posadas, rompemos piñatas y cantamos la letanía con velitas de colores encendidas.*

*La casa, al ser tan espaciosa, nos permite compartir con toda la familia y en la actualidad vivimos todos aquí. Abajo viven Aquiles y Filomena con sus hijos. Ellos tienen su propia sala, comedor, recámara, baño y cocina. Lo mismo se repite arriba donde vivimos con mi madre, Natalia, Máximo y yo. Abajo está el despacho de Aquiles, la entrada para la carretela y las caballerizas, y un cuarto de trebejos.*

*Del lado derecho del zaguán hay un cuarto, que funge de almacén de zapatos. A la izquierda del zaguán está la sala de recibir, con muebles color guinda, mesas cubiertas de mármol y algunos adornos de porcelana. En las paredes hay retratos de Aquiles y Máximo, de mi cuñada Filomena, mi madre y yo.*

*En el patio hemos puesto macetas con claveles, geranios y violetas que me encantan. La cocina tiene un brasero hecho con azulejo amarillo que contrasta con la pared recamada de azulejos de colores. Hay cazuelas y ollas de barro colgando de la pared. Un fregadero amarillo en una esquina, lámparas de barro, vajillas y canastos para chiles, frutas y verduras.*

*Mi recámara se comunica con la sala de la casa grande, también con sus otros tres balcones. En mis balcones hay quitasoles de tela. En el despacho de Aquiles está la máquina de escribir. En la recámara de mi madre, de Máximo y mía, hay camas de latón dorado. Un aparador con aguamanil, con jarra y bandeja para asearnos.*

*Los corredores adornados con macetas con palmas reales, margaritones, azaleas, geranios de todos colores, cola de borrego y elegantes helechos.*

*Todos nos llevamos muy bien y vivimos en gran armonía, siempre atentos a los acontecimientos sociales y políticos del país. La situación de injusticia que impera es de advertirse. El gobierno de Porfirio Díaz no pone ningún interés en la gente necesitada. Apenas ganan para sobrevivir, mientras las ganancias de los empresarios son muy elevadas. En las haciendas los peones se endeudan cada vez más con los hacendados, a pesar de que subsisten con poca comida y mucho menos ropa. Las familias ricas mandan a sus hijos a estudiar al extranjero, mientras para los demás niños no hay escuelas.*

*Todo ello nos duele profundamente, ya que mi padre estaba de acuerdo con las ideas liberales que había expuesto con su amigo Santa Fe, en **La Ley del Pueblo**.*

*También estamos de acuerdo en que hace falta dar la tierra a los campesinos, en que los trabajadores deben percibir salarios justos y adecuados para mantener de una manera decente a sus hijos, y en que hacen falta escuelas del gobierno para todos los niños de México.*

*Siempre tuvimos interés por la política, pienso que desde que mi padre nos dio a leer **La Ley del Pueblo**, donde están plasmadas las necesidades de la gente, este interés se acrecentó aún más. Estas lecturas nos hicieron ver la desigualdad que se respira en México. El presidente Porfirio Díaz, a pesar de su origen humilde, pone poco interés en ayudar a los trabajadores.*

**La Ley del Pueblo** es un tratado y en un artículo dice: «Toda familia mexicana cuyo capital no exceda de tres mil pesos y quiera dedicarse a la agricultura, recibirá del gobierno nacional, para cada varón que tenga, un terreno de la capacidad de una fanega de sembradura de maíz — 276 varas de largo por 184 varas de ancho— y una yunta de bueyes y un arado, también por cada varón».

*Contrario a esas ideas de justicia, la realidad es otra cosa. Por ejemplo, en 1906 estalló la huelga en Cananea, Sonora. Los mineros habían protestado porque ganaban mucho menos que los trabajadores extranjeros por trabajar en lo mismo. La respuesta de los dueños fue pedir protección al gobierno. Este dispuso que los líderes de los huelguistas fueran llevados a prisión, y finalmente los demás tuvieron que seguir trabajando en las mismas pésimas condiciones de antes. En 1907 los trabajadores de Puebla y Río Blanco, Veracruz, no soportaron más su desesperada situación y se declararon en huelga. Ante todos estos acontecimientos era imposible quedarse indiferente.*

*Mi cuñado Sevilla llevaba varios años desempeñando el puesto de juez, cuando llegó a su jurisdicción un proceso muy escandaloso. Los acusados eran hijos de un alto funcionario del gobierno del estado de Puebla. Mi cuñado revisó todos los informes con mucho cuidado. Cuando ya no tenía duda de que los jóvenes eran culpables, recibió la orden de absolverlos. En vez de obedecer la orden, el licenciado Sevilla presentó su renuncia. De todos modos el disgusto fue tan fuerte para él que se enfermó gravemente, no se recuperó, y murió. Fue una gran pérdida para todos, pues fue una persona de gran ayuda moral y económica para la familia. Natalia quedó postrada en cama varias semanas y adelgazó notablemente, tanto amaba a su esposo. Todavía lleva luto y dice que nunca se lo quitará. Siento que es mi deber estar con ella, hoy más que nunca, y apoyarla para sacar adelante a sus cuatro hijos. El amor nos une, las ideas también. Frecuentemente nos quedamos después de la cena criticando y analizando el régimen tan injusto en el que vivimos. Lo importante es que no estamos solos. Esta casa de la portería de Santa Clara reúne varios amigos que comparten nuestras ideas y se acercan como quien se arrima al fuego.*

## Dos Orillas

*Tere de Velazco*



e mi unión con Nicandro resultaron dos bendiciones en mi vida; las gemelas y la dulcería. Han sido la mejor herencia que me dejó mi esposo, son el aliento que llega hasta mi cama cada mañana y me hacen levantar de buen ánimo, la luz a mis dudas, y que me saca de las penumbras que están latentes en mi otra orilla, como dice Milagros.

Milagros afirma que todas las personas tenemos dos orillas, solo hace falta extender un brazo o el otro para poder tocarlas. Por ejemplo, si extendiendo el brazo derecho ahí está esa parte oscura y deprimente en la que caí cuando me casé, y en la que permanecí el primer lustro de mi matrimonio. A pesar de que Milagros me sacó del umbral de la muerte y regresé a la vida, permanecí en las sombras de mí misma. Ni siquiera la presencia de las gemelas, que vinieron al mundo tres años después de mi boda, pudieron sacarme de ese abismo. Me sentía como una planta trasplantada a otra tierra que irremediabilmente se marchita día con día.

Recuerdo los consejos de Carmen, los cuales me entraban por un oído y me salían por el otro. Venía a pedirme que comiera bien para poder producir buena leche cuando amamantaba a las gemelas. A veces tuvo que darme las cucharadas en la boca como si fuera una muñeca sin voluntad. En aquella época no me daba cuenta de la razón por la cual quedé postrada de esa manera, yo

que había sido siempre una niña feliz y mimada. En apariencia tenía la felicidad completa, estaba casada con el hombre más guapo de Puebla, pero eso me valía muy poco. Lo que me envenenaba como si tomara cianuro en el desayuno era la traición de quienes yo creía que me amaban sin condición; mi padre y mi madrina.

El mismo día que Milagros vino a hacerme la limpia para que regresara a este mundo y me dijo que me tenían enyerbada, se apartó para hablar con Carmen y hacerle varias preguntas. Salieron al pasillo y se sentaron en los sillones de bejuco. Fui hasta el baño y me encaramé en un banquito, desde ahí pude escuchar su conversación, pero ellas no notaron mi presencia.

Milagros necesitaba indagar de dónde provenía tanto daño para poder atacarlo con precisión. Carmen le contó los detalles de mi boda; mi padre estaba quebrado y había arreglado la unión con mi suegro, obteniendo a cambio el dinero necesario para pagar la hipoteca de varias propiedades. A su muerte, tanto lo hipotecado como las demás haciendas y solares, serían testadas a favor de Nicandro. Mi suegro vio en toda esta transacción un jugoso futuro para su hijo, pero no tomó en cuenta un detalle; Nicandro estaba enamorado de Magdalena Fierro y se había comprometido con ella por su cuenta. Cuando Nicandro supo que lo casarían en un matrimonio así, apuró su amor con Magdalena y la dejó embarazada antes de nuestra boda. El día de nuestro casamiento vinieron a presionarlo para que los gratificara al menos. El arreglo por la deshonra fue conveniente para la familia de Magdalena, posteriormente se fueron de Puebla. Sin embargo, Magdalena dejó sembrada la semilla de su odio.

Creo que me embrujó.

Cuando escuché esta historia truculenta me quedé muda, me encerré en el baño. Carmen y Milagros tuvieron que forzar la puerta para poder sacarme de ahí. Me encontraron hecha caca en los calzones, no sé si la tristeza o la decepción me aflojaron los intestinos. Me metieron en la tina para poder bañarme como si fuera una niña. Ahí sentí claro cómo entré a un túnel que era muy lar-

go, y al final había un jardín. Cuando oí las palabras de Milagros diciendo «vuelve a la vida» y sentí el primer jarrazo de agua tibia, regresé. Más bien regresó mi cuerpo, pero mi alma se quedó vagando entre las sombras. Extendí el brazo izquierdo, toqué claramente la orilla opuesta; ahí solo había sombras y desolación. Así estuve varios años.

No puedo decir que Nicandro fue un mal marido, en realidad lo veía muy poco. Siempre estaba ocupado con las haciendas, los caballos, las fábricas de telas. Iba y venía. Desayunaba muy temprano. Por la noche volvía muy contento. Era ajeno a mí, como un primo o un hermano que está de visita. Nunca le reproché nada porque jamás me juró amor ni escuché una mentira de su boca. A veces era alegre y le daba por cantar. En mis cumpleaños me regalaba flores y joyas. En realidad era un don Juan. Sabía tratar bien a las mujeres, pues siempre fueron su debilidad. Su encanto era arrollador. Creo que en un momento hasta me quiso, pues a pesar de que dormimos siempre en cuartos separados con el pretexto de mis enfermedades, algunas veces venía a verme a mi recámara en la mañana y me preguntaba si necesitaba algo. Nunca gritó, nunca me pegó, jamás nos enojamos. Nuestro matrimonio fue una tregua continua.

Hasta mis oídos llegaban murmuraciones constantes de su proceder licencioso. Mis antiguas amigas del colegio venían a mi casa a tomar café y, como quien no quiere la cosa, me preguntaban si estaba enterada de aquel comportamiento. Prefería morder mi orgullo y escuchar bien lo que tenían que contarme, pues después de aquel engaño me prometí a mí misma abrir los ojos para saber lo que pasaba a mi alrededor.

Gracias a esas amistades mal intencionadas me enteré que Nicandro pasaba el tiempo en una casa de mala reputación, conocida como la casa de Ángela. En ella se entretenía con mujeres de mala nota. Cuando no iba ahí a divertirse, rondaba a Felisa Paredes, una bella y joven viuda con quien tenía amoríos. También me contaron de los helados que invitaba en los portales a las muchachas casaderas.

Nadie se le resistía. Por aquellos años fui la más envidiada. Todos los domingos, cuando íbamos a misa de doce, yo me daba el lujo de la semana, abrir mi brazo derecho y tocar esa parte luminosa, vestir con los mejores trajes y estrenar cada domingo una sombrilla distinta, colgarme del brazo de Nicandro, representar al menos por un par de horas a la pareja feliz. Luego regresábamos a casa, él pretextaba cualquier cosa para salir corriendo de mi lado. Todo el domingo hasta la noche se la pasaba —según cuentan— en casa de Felisa Paredes, quien a pesar de tener el corazón de Nicandro, me odiaba.

En los primeros años me repetía que el proceder de mi marido era cosa de hombres, que no tenía nada que ver conmigo. Sin embargo, en el fondo la humillación fue depositándose en mis riñones como arenilla fina hasta crear piedras inmensas y duras que Milagros tuvo que desbaratar con té de rosa de castilla. El colmo fue cuando un domingo Felisa Paredes vino, mustia y vestida de negro a saludarme efusivamente. Se veía enojada. No concordaba la sobriedad de su vestido con el colorete de sus mejillas. Tuvo el descaro de acercarse a mí y decir que el matrimonio me había sentado muy mal, porque me veía pálida y flaca. Creo que fue lo último que pude soportar respecto a tal asunto. Después de ese suceso hice lo que ninguna católica haría; utilizar mi apellido y mis influencias para deshacerme de Felisa.

Fui a ver a mi tío, monseñor Pensado, para contarle mis desgracias. Le referí todo lo que padecí en mi matrimonio. Él me recomendó prudencia. Le dije que estaba de acuerdo, pero que le pedía intervenir en el caso. Solo le solicitaba que su recomendación hiciera recapacitar a Felisa. Al principio se mostró renuente a intervenir, pero cuando le recordé que mi madre me había heredado un solar cerca del paseo de San Francisco y que yo estaba dudando a qué orden religiosa regalarla, cambió su expresión y me dijo que vería qué podía hacer.

No sé cuál fue la recomendación para Felisa, pero a partir de aquel día no volví a topármela en la misa ni en ningún lugar, ni volvió a molestarme. Algunas amigas me dijeron que monseñor Pensado amenazó con promover su excomunión, y otras que la

Asociación de Damas Poblanas Católicas, empujadas por mi tío, se plantaron enfrente de su casa y la insultaron por adúltera. Otras versiones contaban que monseñor no habló con ella sino con Nicandro y lo hizo recapacitar. De cualquier manera, Nicandro se portó más amable y condescendiente conmigo que nunca.

La última vez que vi a Felisa fue en el Baile del Centenario de la Independencia. No puedo negar que se veía muy guapa. Iba del brazo del diputado Rafael Cabañas. Al parecer están próximos a contraer nupcias. Hay una diferencia muy grande entre él y ella; él pequeño y robusto, ella alta y distinguida.

En algún momento Felisa me miró fríamente con ojos de gata. No pude disimular la risa, me dio un ataque como pocas veces me ha pasado. Tuve que salir al balcón del palacio para reírme a mis anchas, me reí tanto que contagí a los demás. No sabían de qué me reía, pero me siguieron el juego. Felisa y el diputado abandonaron el salón indignados.



## Valverde y Paquita

*Lola «Fuego»*



Después de muchos meses de vivir su amor a rienda suelta y de ahuecar el colchón de la cama de Lola, Valverde se levantó un día de ahí con una conciencia distinta; ya eran varias las noches que no llegaba a dormir a su casa, pues sus retozos por la tarde lo dejaban sin aliento. Se quedaba toda la noche, hasta desayunaba con Lola, por lo general huevos en rabo de mestiza que ella preparaba como los ángeles y los hacía acompañar con tostadas, pan con mermelada de tejocote y café de olla. Valverde se aseaba y se iba directo al Congreso. Los primeros días de esta nueva rutina se sentía un hombre renovado, hasta sentía que las canas que le había empezado a clarear las sienes iban desapareciendo. En el Congreso, sus compañeros de partido le hacían chistes rojos pues entre ellos estaban al tanto de su relación con Lola. Valverde se sentía admirado y satisfecho, Lola le daba el complemento que lo hacía aparecer ante sus compañeros como un verdadero hombre. Sin embargo, tantas bromas le hicieron ponerse alerta. No quería que aquello trascendiera y llegara a oídos de su esposa. No quería dejar a Lola por nada del mundo, pero debía ser mucho más discreto y tratar de guardar las apariencias. Pensó que aquella tarde sería una buena oportunidad para limar asperezas con su mujer y dejarla tranquila.

Reconoció que Paquita estaba furiosa con él desde hacía varias semanas, porque prácticamente no le dirigía la palabra, siempre es-

taba llorosa y de malas. Además estaba muy nerviosa con los niños, todo el tiempo los reprendía y los castigaba dejándolos sin postres. Un día llegó a su casa y encontró a Lalito, su hijo más pequeño, castigado en el sótano de la casa. Las sirvientas tenían cara de miedo cuando lo vieron llegar, Valverde hizo un esfuerzo sobrehumano por no gritarle a su mujer que aquel castigo era exagerado. Resultó que el pequeño de cinco años había tirado la tierra de una maceta a la fuente de talavera que decoraba el patio principal. Paquita, fuera de sí, lo encerró en el sótano algunas horas.

Haría un esfuerzo y trataría de llevar la fiesta en paz con su mujer. Aquel día llegó temprano a su casa y comió con apetito todo lo que habían preparado las dos cocineras. Paquita no cocinaba, no bordaba, no era buena para entretener a nadie. Su única devoción era la religiosa; no salía de Catedral y casi todos los días se confesaba con monseñor Pensado. Paquita era la primera en organizar recitales para recabar fondos para las misiones y conventos. Su vida estaba entregada en cuerpo y alma a la Virgen de la Encarnación, de quien era devota. Monseñor Pensado le recomendaba los días que debía guardar ayuno y los días que podía cohabitar con su esposo, que no eran muchos. En esos escasos días, Paquita mandaba bordar una sábana nueva por medio de la cual se entregaba sin realmente pecar ante su religión. Ese había sido un consejo de su tía abuela Sor María de Guadalupe de la Encarnación, monja del convento de las dominicas, a quien Paquita también consultaba parte de su vida espiritual y marital.

Cuando se casaron, Valverde pensó que tanta devoción —que él después tachó de “mochería”— iría disminuyendo, pero no pensó equivocarse tanto. Para Paquita todo era pecado, y en su casa la comida, el agua, los platos de talavera y hasta el aire eran consagrados cada mañana con agua bendita que mandaba traer de las iglesias. Los niños, los sirvientes, hasta el coche y los caballos eran rociados con agua bendita todos los días. En las esquinas de la fachada de su casa había advocaciones de la Virgen y en la fuente del patio una Virgen del Rosario. Sus hijos habían hecho la primera comunión desde los cinco años. Valverde temía que Guadalupe, la mayor, se volviera monja, pues desde los diez años aseguraba que

tenía arrebatos donde el niño Jesús bajaba en medio de nubes y le flechaba el corazón. Se sentía un fantasma en aquella casa de milagrería donde cualquier sacerdote tenía más influencia que él.

Valverde siguió su carrera política, ascendiendo cada día más. En su casa había dos discursos; el religioso y el político, que en otros ámbitos eran compatibles, pero ahí no. Paquita no paraba de reprochar a Valverde, diciéndole que la clase política debería tener como principal ideal el de los santos y la Santísima Trinidad. Valverde se volvió un idealista contrario, no solo a las ideas religiosas, sino al régimen porfirista. Su familia en Tehuacán, de extracción muy humilde, obreros de una fábrica textil, había tenido que acomodar a sus muchos hijos como sirvientes en diferentes casas para poder subsistir. Él había estudiado con muchos sacrificios, sirviendo a un tío de Puebla como mensajero y asistente desde muy niño. El tío era un sacerdote franciscano que lo acogió en un convento, y lo impulsó a estudiar la carrera de abogado. Era muy inteligente y tenía buena memoria para aprenderse las leyes. Muy pronto empezó a litigar apoyando a la iglesia para salvaguardar sus propiedades. Fueron muchos los casos donde pudo recuperar los bienes a través de prestanombres y ventas apócrifas. Luego empezó a trabajar en la política. Le había parecido que don Porfirio sería un prócer que entendería al pueblo, pero con el tiempo se dio cuenta de que su lealtad estaba con los norteamericanos y los franceses, así lo había demostrado en las huelgas de Cananea y Río Blanco. Cada día se decepcionó más del presidente, y si fue uno de los que lo acompañaron en una de sus tantas tomas de posesión, ahora lo despreciaba en silencio. Tuvo entonces la oportunidad de conocer a Aquiles y a Máximo, y las ideas encendidas de ambos hermanos le parecieron verdades que su corazón callaba. Su propio padre, humillado y muerto a golpes por un capataz, era una afrenta que tarde o temprano debía vengar.

Se casó con Paquita porque ese matrimonio era una manera de acceder a las esferas que su origen no le permitía escalar. Su suegro también era abogado y veía en él un futuro promisorio. Cuando le presentaron a su esposa, le impactó la serena elegancia con que se conducía, manejando con destreza todos los cubiertos y ti-

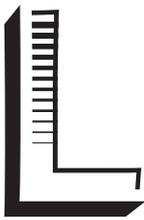
pos de copas que había que usar. Fue gracias a ella que Valverde se refinó y aprendió a montar a caballo. También aprendió a hablar el francés que ella manejaba tan diestramente y que era la lengua usada entre los altos círculos sociales. Le debía mucho a su esposa, lo reconocía, así como a su suegro, ahora muerto, quien lo había ayudado. Su suegro fue su mejor socio a la hora de adjudicarse bienes y resolver casos difíciles, le había pagado con creces el haber confiado en su persona. Ahora se sentía con el deber de arreglar las cosas con Paquita, ni su esposa ni él tenían la culpa de la atracción y deseo que Lola le despertaba.

La invitó a tomarse un vermouth en los portales, acción inusual en él, y ahí le pidió que hicieran un esfuerzo por enderezar su matrimonio. Paquita estaba al tanto de todo, conocía santo y seña de la mujer que había embrujado a su esposo. Pero no podía dar su brazo a torcer o mostrar debilidad alguna ante una india pueblerina. Paquita entonces aprovechó para hacer la petición que, a la postre, cavaría la tumba de su carrera política y sería su perdición. Le dijo que pensaba que una manera de afianzar su matrimonio era que él la incluyera en sus actividades en el club en el que se reunía con los Serdán. Paquita pensaba que era una manera de tener más información sobre su marido. En realidad los ideales de aquella gente no le interesaban para nada.

Valverde no tuvo otra opción. La incluyó aunque le parecía más un lastre que un apoyo en sus actividades.

## El corazón de Tere

*Milagros Cóbix*



a Victoria es un mundo grande que se presentó ante mí como un pez que nada en dos aguas; una clara y otra sucia. Aquí se vende de todo; hay mercancías al descubierto y muchas otras que se mueven en secreto. Unas son para hacer el bien y otras para que lleguen las desgracias. Cuando viví en la choza de Damiana fui al mercado muchas veces para comprar venenos y yerbas del mal, pero cuando alquilé un puesto para vender medicinas fue que los conocí más.

Desde afuera hay tiendas, como la de papeles de colores y otras de ropa. Tiene tres pasillos para entrar al mercado, en parte es como un laberinto. En los pasillos se vende comida. Las canastas llenas de cemitas vacías que la gente se lleva para llenarlas en sus casas.

También se venden rebozos de colores y ropa que traen de los pueblos. Yo tengo uno rosa y otro amarillo, con ellos hago una trenza y la pongo en la puerta de mi cuarto para ahuyentar a los malos espíritus, eso decía mi abuela, que el rosa y el amarillo son los colores de la alegría.

En el otro pasillo venden res y puerco. Cuando paso por ahí el espíritu de estos animales grita con mucho dolor, pero nadie los oye. Por esa parte del mercado hay jarcierías, donde se venden jaulas de madera, de alambre o carrizo, estropajos, piedra pómez,

## EL CORAZÓN DE TERE

metates, chiquihuites, molcajetes, fibras de ixtle. En estos puestos compré muchas cosas que me ayudaron a preparar las medicinas. Doña Trinidad me vendió unos molcajetes de piedra de volcán que sirven para machacar yerbas. Los metates de la misma piedra sirven para moler semillas; de girasol, de alpieste, de calabaza, de cacao. Algunas semillas las consigo en el mismo mercado y no tengo que salir a buscarlas. Doña Juana me las trae todas las semanas, quien antes de venir a vender al mercado pasa con el Beato Aparicio para que le bendiga sus cosas.

Doña Trinidad también vende cazuelas de barro de muchos tamaños. Hay cazuelas para preparar unguentos no deben usarse por mucho tiempo, después hay que romperlas o pierden su poder. Por el otro lado hay tres pasillos donde se vende todo lo que es de metal, con estas cosas hay que tener cuidado, son útiles, pero al mismo tiempo peligrosas. Mucha gente las usa para hacer daño y para embrujar a la mala. Ahí se venden cadenas, martillos, clavos, botes de lámina para hacer tamales, llaves, tornillos, cubetas, anafres y comales. Yo uso los dos últimos, me son útiles para calentar el agua con carbón y tostar las semillas.

Un día vinieron por mí dos mujeres y me llevaron a ver a su hermano que echaba espuma por la boca, se estaba muriendo de sed, aunque le daban agua no la quería; estaba embrujado. El Señor de la Preciosa Sangre me llevó al sitio en el cerro de Guadalupe donde habían enterrado el hechizo, junto a un rosal encontré su camisa enredada en cadenas gruesas y atravesada por clavos largos. Necesité más de un día y una noche para desbaratarlo con rezos, yerbas y una gallina negra. Por eso digo que las cadenas y los clavos son peligrosos cuando se usan para hacer el mal.

Otros puestos que me sirven mucho son las mercerías, donde compro hilos de colores, telas, botones, agujas, tijeras, listones, encajes y resortes para hacer amuletos. Hay gente a la que le hicieron tanto mal que solo una ayuda como esta los saca adelante; partecitas de santos o pedacitos de su manto pueden ayudarles.

Cuando conocí a Tere de Velasco, su casa y toda ella estaban llenas

de maldad. Le habían hecho un hechizo que enterraron por un pantano cerca de Córdoba. Solo con un amuleto podía ayudarla.

Era tan poderoso el hechizo que nunca pude encontrarlo, todavía está donde lo dejaron. Para poder sacarla de aquel pantano, tuve que llamar a su padre, que estaba arrepentido por haber llevado a su hija al fracaso. Le dije lo que tenía Tere y pedí su apoyo. Yo sabía que solo él podía conseguirme un pedacito del rosario de oro que tenía Santa Teresa, también unas pestañas de la Virgen de la Incorporada. Yo tenía un pedacito del pie seco del beato Aparicio y un pedacito del manto de la Virgen de los Remedios. Al principio el padre de Tere me creyó loca, pero ella estaba tan mal que aceptó conseguir lo que le pedí. Con el manto de la Virgen hice un costalito que guarda el pedacito del beato y las pestañas, y lo cosí con hilo. El beato le sirvió para poder andar y las pestañas para poder ver, el manto es la protección que necesitaba contra aquel embrujo. Todo eso debía ser sellado con metal para que nadie, ni la propia Tere, pudieran tocarlo. Con el oro se hizo un corazón pequeño al que se le metió el amuleto. Le dije a su padre que iría a hacerle la limpia, pero no sanaría bien si no le colocábamos aquel corazón. Debía usarlo día y noche, era tan poderoso que nadie se le acercaría, así fue. Casi sanó, pero su alma se quedó vagando en el pantano todavía algunos años.

Desde ese día Teresita de Velazco me agarró mucho cariño. No solo busca mis medicinas y pomadas para curar todos sus males y los de sus hijas, sino que siente que me debe algo. Ella, como el padre, me mandan comida todas las semanas. Me traen carne de chito, barbacoa, cecina enchilada o cemitas preparadas con aguacate criollo, queso de cabra, queso de puerco, pápalo y hasta aceite de oliva, también moles, rojo o verde con carne de pollo. Como esos alimentos con devoción pidiendo siempre por la salud de Tere. A veces me trae también cajas de dulces que ella misma prepara.

Muchas veces Tere me ha preguntado por qué es tan poderoso y especial ese corazón que su padre le regaló. Se acuerda como entre brumas cuando se lo pusimos con una cadena gorda. Me ha dicho que quiere saber su historia. Todavía no es tiempo de revelar-

## EL CORAZÓN DE TERE

le el secreto. Cuando Tere se acerca por los pasillos del mercado su corazón brilla tanto que deslumbra a quienes lo envidian. A los que solo lo admiran, les parece una joya tan linda como no hay otra. Algún día tendrá que quitárselo, pues los amuletos solo pueden usarse algunos años, entonces el maleficio habrá desaparecido y el corazón perderá sus poderes. Tere estará lista para empezar una nueva vida.

*Puebla, 26 de agosto de 1910*

## Sucesión Presidencial

*Carmen Serdán*

*Días después de la muerte de mi cuñado cumplí años, pero no hubo celebración alguna, pues aún no había terminado el novenario del duelo. Lo velamos en la casa vestido con traje negro, se veía como siempre guapo y elegante en su ataúd de pino. Antes fui por Milagros, quien también prepara a los muertos. Le pedí que le limpiara el camino para que pudiera llegar rápido al cielo. Estuvo un tiempo con él y lo dejó fresco, oliendo a azucenas. Su piel se veía brillante y su gesto sereno. Natalia se volvió un fantasma de sí misma. No comió por varios días. Solo aceptaba los tónicos de cáscara sagrada preparados por Milagros. Entraban por sus venas para conectarla de nuevo con la vida. Por las mañanas yo le llevaba a sus cuatro hijos para que retozaran con ella un rato y le recordaran el motivo de su permanencia en la tierra, pero su mirada estaba puesta en la tumba del Panteón Municipal donde su esposo tuvo su última morada.*

*Sin los ingresos de mi cuñado; Natalia tuvo que rentar a otras personas uno de los cuatro departamentos en que se dividía la casa de Santa Clara. A mis sobrinos y a mí nos agradó saber que el primer inquilino iba a ser Mario López, un coleccionista de relojes. Cuando llegaba la hora, sonaban los relojes al unísono en varios tonos. Había relojes cucú, relojes suizos de muñequitos, grandes, redon-*

*dos, de péndulo. La casa tan triste y llena de silencios se llenaba con la alegría del sonido de esos relojes que se esparcía como el polvo. Seguí ayudando a mi hermana con los quehaceres domésticos en su viudez. Mis hermanos venían a visitarnos más seguido y nos volcábamos en el tema de Porfirio Díaz, analizando lo improcedente de su gobierno. A veces se unían a nuestras cenas y sobremesas Mario López y Tere de Velazco, quienes se mostraban discretos y reservados.*

*En esa época muchos periódicos empezaron a publicar editoriales en contra de la reelección presidencial del general Díaz, quien para entonces tenía muchos años en el poder. El periódico **El Hijo del Ahuizote** había sacado una edición con un encabezado que decía: «La constitución ha muerto», enmarcado entre banderas y flores. La intención de Porfirio Díaz es eternizarse en el gobierno, y esto es cada vez menos aceptado. El problema de la reelección empezó a ocupar las columnas de todos los periódicos no oficiales, lo que ocasionó una reacción por parte del presidente. Muchos de los periodistas que han escrito contra la reelección han tenido que huir del país para no ser encarcelados. Aquiles y yo, desde esta casa que se ha vuelto nuestra trinchera, colaboramos con nuestros escritos, ya sea en el periódico **Regeneración**, en el **Diario del Hogar** o **El Hijo del Ahuizote**, es imposible permanecer callados.*

*Un grupo de mexicanos liberales desterrados en St. Louis Missouri, en los Estados Unidos, publicó varias proclamas dirigidas a todos los mexicanos pidiendo reformas, libertad y justicia. Al frente de este grupo estaba Ricardo Flores Magón.*

*Nuestra familia ha estado al pendiente de todo lo que ocurre, ya que desde siempre nuestro signo ha sido ser de línea liberal. Recuerdo muy bien que habíamos celebrado el Día de Reyes con mis sobrinos, ya huérfanos de padre. Era 1907 cuando salió la noticia de la huelga de Río Blanco, en*

*Veracruz. Se trataba algo semejante a lo que había sucedido en Cananea. Después de una junta en la que los obreros de varias fábricas textiles no consiguieron las mejoras básicas que pedían, se declaró la huelga. Había tanto resentimiento contra los extranjeros, dueños de las tiendas de raya, que los obreros prendieron fuego a sus casas. Unos, enloquecidos por las injusticias, quemaron hasta las casas de los obreros que eran propiedad de las empresas.*

*El gobierno envió tropas federales para poner orden. Su comandante era el general Rosalino Martínez, quien llegó decidido a terminar con la rebelión a como diera lugar. Cuando un teniente se negó a hacer fuego contra un grupo rebelde, al darse cuenta de tal injusticia, el general lo mandó fusilar. Luego, por órdenes del mismo general Martínez, sin importarle que se tratara en su mayoría de niños y mujeres, más de doscientos prisioneros fueron fusilados de diez en diez, sin derecho a interrogatorio previo.*

*Pocos días después los dueños de las fábricas ofrecieron un banquete al general Rosalino Martínez felicitándolo por haber devuelto el orden a Río Blanco. Mientras se brindaba con champaña, las familias de los obreros estaban enterrando a las últimas víctimas. En marzo, los últimos resistentes de la región regresaron al trabajo, vencidos y humillados.*

*Mis hermanos y yo sabíamos que en cualquier momento podría suceder lo mismo en nuestra ciudad, hay muchas fábricas textiles y los trabajadores están en pésimas condiciones laborales. Cada día estábamos más enojados por la tensa e injusta situación. Aquiles iba y venía por todos lados, nos traía noticias de los grupos que estaban en contra de la reelección.*

*Mi pobrecita madre se preocupa mucho por nosotros, recuerda cómo desde pequeña ha sufrido atropellos porque sus padres fueron liberales. Todos sabemos que es pe-*

## SUCESIÓN PRESIDENCIAL

*ligroso enfrentarnos a la dictadura, pero no hay otra forma de hacerlo sino entrar activamente al movimiento antirreeleccionista. Sabemos también que en el extranjero Porfirio Díaz conserva su prestigio. Mientras su gobierno aplasta cruelmente los movimientos de huelga y encarcela a sus opositores, Holanda, Rusia e Inglaterra le otorgan condecoraciones. El mundo está ciego ante la masacre de los obreros mexicanos.*

*Además, en cuanto a obras públicas, Díaz no repara en gastos; así fue como se construyeron el puerto de Veracruz y el edificio de Correos en la Ciudad de México, y cómo las grandes empresas ferroviarias y mineras terminaron en manos de extranjeros explotadores. Con el dinero del pueblo se mantiene la imagen de que en México el presidente es amante del progreso. Son obras de lucimiento personal que muy poco favorecen a la mayoría.*

*Los obreros textiles de Puebla se lanzaron a la huelga pidiendo aumento de salarios —diez centavos para hombres y cinco para mujeres y niños—, disminución de la jornada de trabajo de catorce horas y trato humano de parte de los empresarios. Al ser rechazadas sus demandas la huelga cunde solidaria en Tlaxcala, Veracruz, Jalisco, Oaxaca, Querétaro y la Ciudad de México con cerca de veinte mil obreros.*

*Las partes en pugna —patrones y obreros— recurren al arbitraje del dictador y de su ministerio de Gobernación. Estos resuelven establecer un sistema de libretas de trabajo que ponen a los obreros al arbitrio de los patrones y de los jefes políticos. Conminan también a los obreros a volver a trabajar para estudiar sus demandas dentro del orden y la paz.*

*Mis hermanos y yo hemos dedicado horas y días enteros a analizar la situación. Nos convencimos de que Madero sería un buen líder para el movimiento, hemos decidido*

*apoyarlo en todo. Su libro **La Sucesión Presidencial** marcó una ruptura importante entre el dictador y la oposición. Aquiles y Máximo llegaron con un ejemplar a la casa, lo recuerdo bien. Pedíamos turnos para leerlo, hasta mi madre comprendió que cada una de las palabras del señor Madero era la verdad encarnada en papel. Sus ideas terminaron de convencernos de que no había otra salida que meternos de lleno a un movimiento que cada día resultaba más delicado y peligroso.*



# Sopa borracha

*Tere de Velazco*

*1 panqué de huevo o marquesote  
1 copa de vino de mesa  
1 copa de vino jerez  
1 copa de jarabe de piloncillo  
½ litro de leche  
1 taza de azúcar  
4 yemas de huevo  
4 claras de huevo  
4 cucharas de maicena  
200 gramos de almendras tostadas*

El panqué de huevo o marquesote se baña con el vino y el jarabe de piloncillo. Aparte se pone a calentar medio litro de leche con una taza de azúcar y cuatro yemas, se agregan cuatro cucharadas de maicena para hacer el manjar o crema pastelera, cuando se disuelve se le incorpora una copa de vino jerez. Todo eso se unta al panqué. Por separado, las claras se baten a punto de nieve. Se colocan las claras sobre el panqué y se adorna con almendras molidas.

A las gemelas siempre les ha gustado la sopa borracha que me enseñó la madre Asunción, una monja teresiana de Xalapa. Es uno de los postres más exquisitos que preparo. Solo los más queridos y cercanos lo han probado. No es un manjar para todos los días, sino solo para días de fiesta como cumpleaños, aniversarios o inauguraciones. En Puebla es poco conocido, lo he preparado en cada cumpleaños de las gemelas, en la inauguración de la dulcería

## SOPA BORRACHA

de Carmen Serdán, a quien —lo que sea de cada quien— yo motivé para que se animara a abrirla.

En la casa de los Serdán se come delicioso. Natividad y la señora Serdán son grandes cocineras, además les enseñé a preparar algunos dulces y a mezclar los ingredientes. A mi marido solo un día le preparé la sopa borracha, en la víspera de su cumpleaños. Casi podría asegurar que gracias a ese prodigio concebimos a nuestras hijas.

Nicandro era muy dulcero. Le encantaba todo lo dulce; desde el piloncillo hasta la miel de abeja. Eso era lo único en que nos parecíamos. Hicimos el amor muy poco, contadas ocasiones que se pueden resumir con los dedos de las manos. En una de esas diez veces, después de haberlo embelesado con aquel postre, me tomé en un arrebató de lujuria y los ángeles andaban cerca porque mandaron una orden al cielo para que se descolgaran mis hijas. Aquel día me dijo que mi postre era lo más rico que había probado en su vida, y yo le creo a pie juntillas porque le dio la inspiración adecuada para imprimir toda su belleza en María Gracia y María del Carmen, como las nombramos. Aquel piropo iluminó muchos días de mi vida, porque si alguien sabía de dulces era mi marido. Mi suegra y sus tías habían sido reposteras excelentes y durante muchos años administraron La Azucena, la dulcería de la que ahora soy propietaria. A la muerte de Nicandro, ni mi suegra ni sus tías quisieron saber nada del negocio pues su deceso prematuro fue una mancha de tristeza que nunca las abandonó. Como el local de la dulcería está adosado a mi casa, a mí se me ocurrió continuar con el negocio. Creo que agradecieron el gesto y sin más, me regalaron el negocio en marcha, con las vitrinas, el espejo, las planchas de mármol, las mesas de nogal, hasta el retrato de Nicandro de diez años. Cuando recibí la dulcería, recién viuda, estaba desconcertada y no todo fue miel sobre hojuelas. Las empleadas más antiguas dieron las gracias y se marcharon. Así que me quedé con pedidos grandes y muchas ganas de trabajar, pero al principio no me salían las cuentas y sufrí algunos percances. No porque me faltara talento, sino porque no es lo mismo cocinar para una casa que calcular en grandes cantidades.

En los primeros días se me hizo fácil pedir varios costales de azúcar, pero olvidé guardarlos en la parte más seca de la bodega. Los dejé junto a la puerta por la que se filtraban los aguaceros y uno de los costales perforados se volvió miel con toda aquella agua. Cuando fuimos a sacar el azúcar, el enjambre de avispas ante la miel no nos permitía la entrada, tardamos varios días en limpiar todo aquello.

En otra ocasión dejamos un recipiente de leche destapado. No nos dimos cuenta de que Jeremías, el gato de las gemelas, se paseó por ahí y seguramente bebió de la leche que rebosaba porque varios pelos se mezclaron. Cuando un cliente dio un bocado frente a mí al comerse una galleta de nata, escupió los pelos en el mostrador. Por supuesto fue un cliente perdido. Tuve que poner a Petra y Jovita, mis sirvientas de más confianza, a hacer los dulces con cofia y mandil, así como les pedí que todos fueran rezados, por si las dudas. Yo misma atendía a la clientela mañana y tarde los primeros años. Las gemelas al principio lo tomaban como un juego, pero ahora ellas forman parte importante del negocio; lo mismo les encanta crear nuevos dulces o vender por la tarde cuando llegan del colegio. Mi padre dice que no tenemos necesidad, que es una vergüenza que nos mostremos como obreras ante los poblanos, pero yo no hago caso. Sus palabras dejaron de tener poder sobre mí desde hace muchos años. La fortuna de Nicandro fue legada a sus hijas y, en efecto, nada nos faltaba. La dulcería era un buen lugar para conocer gente interesante.

Sé que muchas damas poblanas se escandalizaban por mi proceder y les pareció un descaro que cuando murió Nicandro yo me atreviera a atender la dulcería sin dejar pasar un año de riguroso luto. El luto lo llevé como se acostumbra, pero a los pocos días reabrí La Azucena. Aunque antes puse un moño negro en el marco de la puerta.

También se escandalizaron cuando puse sillones de terciopelo y mesitas para servir café, el cual para muchos era una bebida que excitaba los sentidos y liberaba a las mujeres, algunos lo consideraban todavía una droga. Pero lo que nadie esperaba era que una

vez pasado el luto quitara el moño. Para muchas poblanas yo debía enterrarme en vida y dedicarme a rezar el rosario todas las noches. Si antes envidiaban un marido tan guapo, ahora no me perdonaban ser independiente. Pero no tenía empacho en servirle un café al gobernador y sentarme unos minutos a hacerle conversación a él o a su esposa. Si llegaba Anselmo Tostado, el jefe de los ferrocarriles en Puebla, por sus muéganos preferidos, no solo le servíamos café, sino que hasta desayuno le preparábamos. Empecé a estirar mi brazo derecho con una lentitud como de oruga, pero con una seguridad de locomotora. También me di cuenta de que Anselmo, el gobernador, y muchos más personajes importantes venían en busca de los dulces más preciados de la ciudad, pero no solo a eso, muchos de ellos contaban intimidades y se relajaban en los sillones. Por supuesto que les teníamos toda clase de concesiones; varias veces don Mucio pidió que cerrara la dulcería para que él pudiera discutir asuntos privados con su secretario particular. Yo era una tumba, sabía muchas cosas, pero nada platicaba. Nadie me veía como alguien peligroso. Encontré lo que me fascinaba hacer; repostería. Me siento privilegiada por haber podido dedicarme a eso tantos años. No puedo sino comparar mi vida con la de mi marido y darme cuenta de que a veces puede uno nacer con una estrella tan grande que no le cabe en el pecho, pero esa misma le puede matar con sus filosos picos.

Nicandro era como un caballo desbocado, hermoso y alazán, pero tenía muy poco sentido del peligro. Murió a causa de uno de sus tantos amores, que lo llevaba a galopar todas las semanas de Puebla a Atlixco para encontrarse con una mujer por la que había perdido la cabeza. Creo que la conoció en una corrida de toros, pero era una mujer casada. Se llamaba Isabel de Aguilar. A Nicandro se le hacía un juego entrar por su balcón las tardes que el marido no estaba presente y pasar las horas con ella. El marido de Isabel, Pedro Aguilar los descubrió un día —según cuentan—, a pesar de que mi esposo corrió por las azoteas y montó su caballo, fue perseguido por los matones del celoso marido por cerros y veredas hasta que le dieron alcance. Después de haberlo macheteado como a un zorro, llevaron sus restos a la casa de los Aguilar. El marido obligó a Isabel a pasar varios días con el cadáver en descomposición. Ella enloqueció y la

encerraron en un cuarto de la casa para siempre.

Pedro Aguilar pidió entrevistarse con mi suegro para entregarle lo que quedaba de su apuesto hijo. Cuando el padre ofendido intentó reclamarle y golpearlo por aquel asesinato, Aguilar le advirtió que en esa región se hacía lo que él ordenaba, ni los Velazco ni nadie podían contra él o su familia. Le dijo que Nicandro era como el ladrón que se mete a la huerta de otros a robarse las manzanas. Le entregaron a Nicandro en un petate, totalmente hinchado y desfigurado. A pesar de las influencias de mi familia y los Velazco, nadie quiso enfrentarse con Pedro Aguilar. En su haber tenía muchos muertos. Era un hombre capaz de batirse con cualquiera sin miedo a la muerte.

Su cadáver llegó a Puebla. No quise recibirlo en mi casa pues pretexté mi deseo de que las gemelas tuvieran el mejor recuerdo de su padre. La realidad es que creí que si metía a Nicandro a la casa en ese estado, su espíritu atormentado me iba a perseguir, como ya me lo había advertido Milagros al conocer la situación. Mis suegros cargaron con él a su casa. Ahí lo velamos y se enterró en la Iglesia de la Compañía. Antes de llevarlo a su morada final pedí que me dejaran unos minutos a solas con él. Necesitaba verlo, tocar sus manos, hacer reconocimiento de ese amor que me había atormentado tanto, de los terribles celos que jamás expresé, de la devoción por aquel cuerpo de efebo magnífico que recorrí con manos de gaviota algunas veces. Sus labios eran de un color morado y dejaban entrever los perfectos dientes blancos. De lo demás no quedaba nada, ese rostro cincelado por los ángeles fue descuartizado por la impotencia de Pedro Aguilar. Entonces lo solté como me recomendó Milagros, aventé sus manos y se lo devolví a la tierra, rascando con mi bota en un gesto simbólico, le declaré mi amor, le dije que ya no íbamos a estar juntos en este mundo, que quizá habría otra oportunidad en otra vida. Que me dejara ser feliz sin él. Entonces metí en la bolsa de su camisa un atado que me dio Milagros. Le devolví el anillo de bodas y las arras que me entregó, así como el lazo con el que nos casaron. Luego vino Milagros a escondidas y le metió algo blanco en la boca que parecía algodón. Lo ungió con un aceite en las yemas

## SOPA BORRACHA

de los dedos, le hizo cruces por todo el cuerpo. Me quedé con la duda de qué había puesto en su lengua y me susurró al oído: «Un pedacito de la túnica de San Cristóbal, él lo ayudará a cruzar al otro lado; no temas. Lo necesitas bien muerto para que te deje vivir. Agradécele al Señor de la Misericordia que se lo ha llevado».

Dicen en Puebla que su espíritu atormentado se enredó en la casa de los Aguilar, allá me busca para pedirme perdón. Pero no puede salir de ahí, ni encontrar el camino de regreso a su casa.

## Rifles de San Antonio

*Lola «Fuego»*



Valverde no quería separarse de Lola ni un día, pero los rumores de su amor clandestino aumentaban. Ya era insostenible llegar al Congreso y escuchar lo que al principio le había parecido un orgullo. Estaba bien divertirse un poco, pero eso no podía trascender el ámbito familiar. Lo estuvo meditando varios días, hasta que se reunió con los Serdán y estos le pidieron que, además de las reuniones y el dinero que aportaba al movimiento, necesitaban a alguien que fuera por armamento a Estados Unidos. Era una situación totalmente delicada que estaban llevando a cabo en acción hormiga con ayuda de algunas mujeres poblanas. Carmen, su sirvienta y demás participantes pegaban consignas de propaganda clandestina por las noches y elaboraban bombas con los materiales que podían conseguir. Pero necesitaban relevos que se arriesgaran a ir por armamento. Valverde creyó que Lola era la persona indicada; totalmente fiel a él, libre, sin compromisos. No tendría que explicarle gran cosa, era lo mejor. El que nada debe nada teme.

La maestra Urquidi era una de las que se habían ofrecido a ir por armamento a Estados Unidos y llevar información sobre los movimientos estratégicos de la rebelión. Necesitaba entrevistarse con Sánchez Azcona y dar detalles de todo lo que sucedía en Puebla, así como lo que habían planeado. Lola la acompañaría, arries-

garía su vida y traería las pistolas y rifles Winchester en grandes maletas de cuero que habían conseguido para tal efecto.

Para Lola no fue difícil empacar, estaba acostumbrada a los cambios y a los giros inesperados que le aguardaba el destino. Valverde le dijo que debía apurarse, al día siguiente partirían en el tren que las llevaría a la Ciudad de México, transbordarían y luego tomarían otro que las llevaría a San Antonio, Texas. Debía hacerse pasar por la sirvienta de la maestra Catalina Urquidi. Acataría las indicaciones de ella, le ayudaría con el equipaje, prepararía la comida para las dos, debía obedecer. De preferencia debería llevar unas cuantas mudas que nadaban como mosca en leche en las maletas, cuyos grandes espacios fueron rellenos con periódico. Le dijo que dormiría esa noche con la maestra Urquidi. A Ángela le diría que se la llevaría a una casa de campo por unos días pues no debía saber nada acerca del plan.

Ángela quedó conforme con la explicación de Valverde. Necesitaba llevarse a Lola unos días para vivir su amor plenamente en una de sus casas de campo en las afueras de Puebla. El escándalo de aquel amor ya era demasiado evidente. Ángela quedó tranquila con la renta doble que el diputado Valverde aportó a su casa y, convencida que Lola regresaría pronto, le dio su bendición y le regaló un rosario.

La maestra Urquidi vivía en el barrio de Santiago frente a la plaza de la iglesia. La casa tenía una fachada de azulejos estilo mudéjar que daban la impresión de ser un panal de abejas. Hasta esa casa llegó Lola llevada por un carruaje de alquiler que le había mandado Valverde. Se sentía asustada como un ratón. Pensó que él quería deshacerse de ella y tuvo miedo de preguntarle. Además de ser terno, Valverde hablaba muy poco, no era hombre de explicaciones, al menos con ella. Cuando llegó y vio a la maestra Urquidi, una mujer alta, de anteojos profundos, de trato directo y poco cortés, le dieron ganas de llorar. Catalina la acomodó en el cuarto de visitas, luego le dijo que fuera a la cocina a preparar unas chalupas.

Mientras la manteca brincaba y ella echaba la masa que después

sería tortilla en la prensa de plomo, Lola repasó en su cabeza alguna razón por la cual Valverde la había apartado de la casa de Ángela. Creía no haber fallado, al contrario, hizo su mejor esfuerzo para que él la quisiera. Estaba hecha para obedecer, pero se rebelaba internamente ante su nueva situación. Sin embargo no se atrevía a preguntar nada. Deshebró la carne de cerdo mientras recordaba los últimos acontecimientos; la preocupación de Valverde y su trato un poco distante. No quería separarse de él, extrañaría su olor y sus caricias. Colocó la salsa roja y le puso las hebras de carne encima. Catalina se sentó a la mesa del comedor y le pidió que le sirviera un poco de agua de tuna y las chalupas. La invitó a que se sentara junto a ella a cenar.

Cuando terminaron, le dijo que debía explicarle la razón del viaje y el itinerario que seguirían. Le pidió que fuera a la bodega del patio por un pizarrón y una caja de gises. Descolgó de la sala las dos fotografías de sus padres y, colgando el pequeño pizarrón, improvisó un salón de clases. Lola a duras penas sabía leer y escribir, de niña tomó algunas lecciones con Rosa. Gracias a eso pudo juntar las letras y leer con dificultad, pero la maestra Catalina tenía un don especial; dibujaba muy bien. Del gis blanco salían como conejos de un sombrero de copa árboles, nubes, trenes, personas, niños, rifles, etcétera. La explicación le pareció un cuento con ilustraciones efímeras, pintaba y borraba con destreza y tan solo colocaba junto a los dibujos palabras sueltas, le parecía que eran clave para lograr el objetivo. Colt, Winchester, Porfirio Díaz, Aquiles, Máximo, Carmen, San Antonio, tren, reeleccionistas, fueron algunas de las palabras que colocó junto a esos dibujos.

Así Lola se enteró del movimiento que estaba por estallar en Puebla y de los planes que había para conseguir la remoción del presidente Díaz. Pudo ver la otra cara de Valverde que no conocía, su labor activista, y lo admiró aún más. Entendió que su participación en el movimiento era una jugada crucial en su vida. Catalina le advirtió que corrían el peligro de ser descubiertas y encarceladas. Llevar y traer armas no era algo permitido y sí muy peligroso. Si Valverde había pensado en ella en esa labor era porque confiaba plenamente, pues incluso su propia vida estaba en juego.

Cuando la maestra Catalina le dijo que se fuera a dormir porque al día siguiente saldrían en el tren de las seis hacia la Ciudad de México, y posteriormente a Estados Unidos, tardó todavía un buen rato en poder conciliar el sueño. Las imágenes vívidas le habían hecho abrir los ojos de nuevo a una herida que aún tenía abierta y que pensó cerrada. Recordó el semblante triste de su padre que tuvo que regalarla a una casa *grande* para que pudiera sobrevivir, luego recordó todo el sufrimiento que había experimentado al cuidar y atender a Rosa, en esa casa donde nada le pertenecía, ni siquiera su cuerpo. Posteriormente la suerte de su marido, que antes le había arrebatado Rosa; el deceso de Aniceto, ese arrancar de nuevo su vida de raíz, escapando como un animal en medio del desastre y la muerte. Era una desposeída, un ser que había dado siempre tumbos yendo de un lado a otro con la cabeza agachada y acatando el destino que le tocó desde su nacimiento.

La casa de Ángela había sido un oasis en medio de la nada porque la habían recibido con los brazos abiertos y donde Valverde se había vuelto su protector. Se sentía muy vieja y tan solo tenía veinte años. Sintió rencor por Valverde, por haberla arrojado de nuevo a un destino azaroso lleno de peligros. Sentía sobre sus hombros una responsabilidad mayúscula. Estaba enamorada del diputado, eso la movería a actuar como se lo habían pedido, pero por primera vez en la vida pensó que tenía elección. Así como Valverde había decidido luchar por esa causa justa, ella consideró en su fuero interno que esa rebelión era algo necesario. No porque Valverde se lo hubiera impuesto, sino porque ella reconoció que las palabras de Catalina estaban cargadas de verdad.

## Mercado La Victoria

*Milagros Cóbix*

**E**n el mercado La Victoria hay cuatro yerberos y todos nos respetamos. Cuando llegué no les gustó tenerme junto a ellos, pero no les quedó de otra. Ellos saben que nadie se puede oponer a ese destino que nos empuja a hacer lo que hacemos. También entienden que el yerbero que tiene el don y no ayuda recibe un castigo. Nunca les he pedido consejos ni recetas, pero ellos a mí sí. Los ayudo con gusto y a veces hasta les regalo de mis yerbas. Cada quien hace su trabajo en silencio. Todo lo que nos llega es providencia. Los nombres de nuestros puestos son: «Las Cuatas», «Chelito», «Los Reyes» y por último el mío, que tiene el nombre del «Yerberito». No se me ocurrió otro mejor y lo pinté en una tabla de pino.

En el mercado tenemos una variedad muy grande de yerbas que se venden por montones y sin ser trabajadas; tila para los nervios, boldo para el hígado, árnica para cualquier golpe o inflamación, cuachalalalte para la úlcera, gastritis o inflamación, cuacia, cáscara sagrada, zarzaparrilla y hartas más.

Están también los animales; el zorrillo, chupamirto para los ataques epilépticos, para el empacho y para el susto, ventosas para la frialdad.

## MERCADO LA VICTORIA

Se vende también agua bendita y tierra de panteón para hacer maleficios, arañas secas, víboras desolladas, velas trabajadas, amarres para hacer daño, pelos de muerto, uñas de gato, imágenes del diablo, imanes, espejos de luna llena, corazones de lagartija, toloache y otras porquerías. Yo no trabajo esas cosas, ayudo a las personas que me necesitan. Mi puesto es diferente, vendo yerbas simples, pomadas, ungüentos y cremas, que solo yo hago.

La gente que no sabe qué es el Yerberito cree que es un puesto de yerbas más, pero cuando me conocen mejor se dan cuenta de que soy la única que hace preparados especiales, mezclas que pueden terminar con la enfermedad que ataca a cada persona. Trabajo con la voz de las yerbas y de los dioses, mientras machaco en el molcajete una yerba, esa me lleva a otra y a otra. Con la bendición de los santos y de los buenos espíritus yo llego a la medicina que cura al alma o al cuerpo. A veces las yerbas no curan solas. Cuando el demonio o la maldad están sueltos sobre una persona, las yerbas no pueden sanar, se necesita la mediación de los santos o de Cristo, si el caso es muy grave.

Cuando la enfermedad es fácil de curar con dos o tres yerbas preparadas en té la persona se alivia, pero otras veces se necesita más tiempo y una revoltura especial para que la persona sane. Estas revolturas se hacen en forma de ungüento. Las pomadas o ungüentos llevan su tiempo de preparación y muchos de ellos deben hacerse solo en luna llena para que reciban toda la luz.

En La Victoria descubrí algo que en la cabaña de Damiana nunca supe; los ungüentos no solo se pueden hacer con yerbas sino que llevan otras cosas de la naturaleza. Eso lo aprendí caminando por los pasillos del mercado y recorriendo frutas y flores que nunca antes había visto, pero eso es un secreto que a nadie he dicho. Algunas frutas son buenas compañeras de las yerbas. La papaya machacada con manzanilla es muy buena para el dolor de intestinos, el jugo de manzana rejuvenece la piel y la pulpa del mango cura la artritis, el jugo de naranja y el limón son buenos para la vista. El durazno es bueno para los riñones, la sandía para el apetito de los niños que no comen, el melón para los pulmones y las uvas para la debilidad del cuerpo.

Algunas flores son muy poderosas. En el mercado hay un pasillo lleno de plantas y flores para sembrar con todo y su raíz, al final de ese pasillo hay un kiosco lleno de flores sin raíz en cubetas que las venden por docenas, para adornar las casas y hasta coronas para difuntos. La caléndula sirve para los dolores de regla, las verónicas para el asma, las flores de cempasúchil para los dolores de estómago y la rosa de Castilla para los granos en el cuerpo, también se pueden hacer pomadas. De todas las flores hay una que me gusta más; la pasionaria. Me acuerdo la primera vez que encontré una en el camino a Atlixco. Me gustaron sus cruces, su color sangre y los pétalos color de rosa.

Me acuerdo como si fuera ayer el día que vino Carmen Serdán a verme al puesto. Tenía una quemadura como del tamaño de una rana en su brazo izquierdo porque le brincó el aceite de los buñuelos. Era una joven fuerte que necesitaba un remedio para aquella herida que no sanaba. Casi siempre las personas solo ven lo de encima. Si la herida no sana es por algo, no tiene que ver solo con el cuerpo, sino con el espíritu que está molesto reclamando algo. Le pedí que cerrara los ojos y pensara en su padre y su abuelo. Había muerte en su familia y mucha tristeza. Ella misma llevaba a cuestas ese pasado. Le pedí que les cerrara los ojos a sus antepasados, que los regresara a la tierra, que los despidiera. Carmen creyó en mí desde el principio. No dudó en seguir mis consejos.

Luego le preparé una pomada especial con cáscara de aguacate, la pulpa de una guayaba, tres hojas de árnica y un pedazo de tronco de tepezcohuite molido, todo machacado en aceite de oliva y cera de abejas. Se lo puse en un pomo de barro y le dije que se lo untara todas las noches y por las mañanas. Carmen vino a verme al cabo de una semana, su herida estaba sana, se había ido el dolor que tenía y la piel al rojo vivo. Pero su espíritu seguía ardiendo y ella no sabía, era un dolor que le molestaba, que la empujaba desde niña y que la llevaría a hacer muchas cosas que generalmente las mujeres no se atreven a hacer.



Puebla, 12 de septiembre 1910

# La Familia Serdán

*Carmen Serdán*

*En marzo, en el periódico **El Imparcial** salió una entrevista del periodista estadounidense James Creelman con el presidente Díaz. Antes había aparecido en una revista norteamericana. A todos nos sorprendió que el dictador mexicano no anunciara su decisión de retirarse del poder.*

*Aquiles Serdán del Valle, mi pequeño sobrino, nació a fines de 1908 mientras vivían en México. Fue el primer hijo del matrimonio, y a pesar de su nacimiento, Aquiles no ha dejado de participar en la política del país.*

*Mi hermano es uno de los fundadores del Centro Antirreleccionista en la Ciudad de México. Ahí conoció personalmente a don Francisco I. Madero y a otros líderes importantes del movimiento liberal.*

*Don Francisco I. Madero es de Parras, Coahuila, y a pesar de ser un rico terrateniente y empresario, es también un idealista sincero. Cuando Porfirio Díaz anunció que ya no quería seguir en el poder, Madero se dedicó a formar clubes por todo el país para asegurarse de que el sufragio efectivo y la democracia se hicieran nuevamente efectivos en México. Además, Madero ha estado muy preocupado por la situación de la pobreza de los obreros y campesinos. Mientras realiza esta campaña antireleccionista escucha*

*los problemas de la gente y trata de ayudarles en la medida de sus posibilidades. En sus empresas en Coahuila él mismo cura con homeopatía a sus empleados. Fue un oficio que aprendió para servir a los trabajadores. Los sueldos que les paga son justos y su preocupación por ellos es la de un padre amoroso.*

*Aquiles se siente identificado con Madero. Ya en Puebla nos lo platicó muy emocionado a Máximo y a mí. Por las convicciones tan parecidas que tiene Madero con nuestro padre, ese día estuvimos seguros que Madero había leído La Ley del Pueblo. Después el propio Madero nos lo confirmaría; había seguido muy de cerca las ideas de mi padre, por eso y otras muchas razones Máximo y Aquiles vieron un espejo en sus mutuas ideas.*

*Después mi hermano decidió regresar a Puebla para empezar a organizar una campaña a favor del partido liberal. Me encantan esas largas sobremesas donde empezamos a ver a Aquiles tomar una nueva personalidad, más decidida y valiente, sabiendo exactamente qué puede aportar al país. Desde un principio hablaba con tanta vehemencia de esos planes y del cambio que nos convenció a todos. Incluso a mi madre, que a pesar de saber lo mucho que sus hijos se exponían, decidió con valentía que debíamos sumarnos a esa causa.*

*Aquí en Puebla Aquiles ha encontrado a muchas personas que están de acuerdo en formar un partido político anti-reeleccionista, y que tenían ya noticias de Madero y de su campaña política. Mi madre, Natalia y yo comenzamos a hablar con nuestras amistades y nos dimos cuenta de que muchas mujeres estaban interesadas en participar por el bien del pueblo. Hubo otros que no quisieron adherirse a la causa, pero la respetaron. Ese fue el caso de Mario López, quien ha sido un excelente amigo y confidente, o de Tere de Velazco, quien a pesar de ser muy conservadora, es respetuosa y solidaria.*

*Así como Porfirio Díaz ha permanecido en la presidencia, los mismos jefes políticos de Puebla han llevado mucho tiempo en el mando. El gobernador de nuestra ciudad, Mucío P. Martínez, tiene el mismo puesto desde hacía once años, tanto sus hijos como él han abusado del poder. El jefe político Joaquín Pita, junto con sus hijos y el jefe de policía, Miguel Cabrera, han atropellado a muchos ciudadanos. Cuentan con el respaldo del ejército federal, y nadie puede hacer nada en su contra. Todos saben que resulta difícil cambiar a los miembros del gobierno local y del Estado sin derrocar primero a Porfirio Díaz.*

*Ahora todos vivíamos en la calle de la Portería de Santa Clara; mi madre, Natalia, los niños, Aquiles y Máximo.*

*Los padres de Filomena se alarmaron pensando que ella y los niños podían correr peligro. Le pidieron a Aquiles que dejara la política por la seguridad de su familia. Pero Aquiles continúa la lucha.*

*A fines del año pasado era ya evidente que el candidato más popular a la presidencia del país era Francisco I. Madero. Aquiles estaba más que nunca en campaña. Hacía propaganda liberal entre obreros y campesinos porque estaba seguro de que la sucesión presidencial no sería nada sencilla. Nadie permanecía indiferente ante los acontecimientos. Algunos estudiantes del Colegio del Estado formaron un comité para ayudar a la causa, fijaron cartelones antirreeleccionistas en las paredes y bardas de las casas.*

*También hemos pegado carteles durante la noche, yo ayudo como puedo, pero sin descuidar a mis sobrinos y a mi cuñada Filomena, ya que pronto dará a luz.*

*Las autoridades, queriendo detener la campaña antirreeleccionista, empezaron a perseguir a Aquiles. A veces ha tenido que permanecer escondido en alguna troje para escapar de los agentes enviados por Cabrera.*

*Aquiles, Máximo y Miguel Rosales elaboraron un plan para hacer propaganda. En la fábrica del señor Rosales imprimieron unas cajitas de cerillos en las cuales introdujeron mensajes antigobiernistas. Para disfrazarlas les pusieron por marca «Porfiristas», hasta tenían en un lado el retrato de don Porfirio. No tuvieron problemas para distribuir las hasta una noche en que un policía detuvo el coche tirado por una mula. Le faltaba la vela para alumbrarse y la placa de circulación. El policía insistía en llevarlos detenidos. Aquiles y Máximo escaparon. Miguel Rosales perdió el coche y la mula, estuvo a punto de ser detenido cuando fueron descubiertas las cajas de los supuestos cerillos.*

*Una vez más nos reunimos y decidimos enviar a Máximo a la Ciudad de México. Fuimos a hablar con un pariente lejano, Eduardo Novoa, entonces subsecretario de Justicia, quien le consiguió un empleo a Máximo en los juzgados de la calle de Cordobanes.*

*En realidad toda la familia Serdán estamos ya de lleno en la conspiración. Recordé la clave que inventamos de niños para comunicarnos y la pusimos en práctica de nuevo. Las cartas que nos enviábamos parecían ser de noticias sobre asuntos familiares, algo sin importancia, pero contenían recados políticos importantes y secretos.*

# El pasaje de los vitrales

*Tere de Velazco*



uando murió Nicandro mi vida cambió drásticamente, como cuando la noche da paso al día. Me sentía tranquila por su muerte, como si me hubieran quitado una losa de encima, pero al mismo tiempo estaba muy confundida, angustiada, y muchas preguntas me asaltaron durante aquellos días. Mi madrina había llegado esa mañana a darme el pésame y a ayudarme a ponerme un vestido que había pertenecido a mi madre, era de holanes y encaje, todo negro, de mangas cortas. Más que un vestido de luto parecía de fiesta, pero la muerte de Nicandro había sido tan sorpresiva que no nos dio tiempo de conseguir ropas más adecuadas. Para acentuar mi atuendo, mi madrina me maquilló con polvos para hacer notar mi palidez, y me colocó un sombrero negro de plumas. Durante la misa en la iglesia de la Compañía permanecí impávida. A pesar de que todos llegaban a darme consuelo, yo no podía sentir tristeza en esos momentos. Mis suegros estaban deshechos, no pararon de llorar y maldecir al asesino de su hijo. Ellos no vinieron a darme el pésame ni se acercaron a mí. Ahí estaba Nicandro, en su ataúd negro. Solo, como solo se iba a quedar en su nicho junto al altar. Le encomendé mucho su alma al Señor de la Misericordia y juro que el Señor volteó a verme y me sonrió. Esa mirada que nadie me prodigaba, pues estaban inmersos en el dolor y la sorpresa, me bastó para aliviar la angustia que me invadía.

## EL PASAJE DE LOS VITRALES

Cuando lo enterramos y salí de la iglesia sentí como el alma me volvió al cuerpo. Todos estaban saludándose en el atrio, comentando los detalles de la muerte de mi marido. Quise caminar sola por la avenida Reforma sin nadie que me acompañara, no quería la lástima de los demás ni palabras como «lo siento mucho» o «era muy bueno». Muchos de los presentes se alegraban de la desgracia y todos sabíamos que no había sido un dechado de virtudes. Le comenté a mi madrina que iría a la capilla de mi casa a rezar un rato antes del almuerzo. No quería compañía, ella comprendió mi tristeza. Acto seguido, siguió comentando los descalabros de Nicandro con un grupo de damas. En el trayecto rumbo a mi casa me detuve en los portales para saborear una nieve de limón. Era como si todo lo volviera a hacer por primera vez. Mis pies eran míos y mis manos tomaban independencia. Cuando entré por el pasaje del Ayuntamiento sentí como si ese pasillo me condujera a una nueva vida. Levanté la vista hacia los vitrales de colores y noté que se veían más iluminados que nunca. Como una revelación, pasó por ahí un hombre elegantísimo que jamás había visto en mi vida. Me quedé pasmada con su presencia, creo que con la boca abierta. Sin proponérmelo, dejé caer mi pañuelo. Entonces él lo levantó y me dijo el primer piropo que escuché en mi vida:

—Señorita, ¿quién se murió en el cielo que los ángeles están de luto?

Me quedé muda. Recibí el pañuelo sin saber qué hacer.

—No soy una señorita, soy viuda —atiné a contestarle.

—Mejor aún —respondió—. La viudez para las mujeres es el estado perfecto. Es una manera para ellas de hacer todo lo que antes no pudieron.

—¿Por qué lo dice? —le contesté intrigada—, yo amaba a mi marido y nunca deseé su muerte.

—Ya me lo está usted diciendo; lo amaba, pero no es culpa suya que se haya muerto, ¿o sí?

—No, la verdad no —me escuché a mí misma contestarle—. No quería que se muriera, pero lo mataron por mujeriego.

Cuando dije estas palabras sentí que el piso se abría. Era muy extraño estar discutiendo esto con un perfecto desconocido que me inspiraba de pronto tanta confianza. Además al pronunciarlas era como ser sincera conmigo por primera vez. A nadie le había dicho lo que a este hombre. Desde que me enteré de la muerte de Nicandro, después en el velorio y en la misa, manejamos oficialmente que lo habían matado para robarle el caballo. Eso repetían mis suegros, mi padre y los más allegados. Pero como siempre pasa en Puebla, era un secreto a voces que Pedro Aguilar lo había asesinado después de encontrarlo en la cama con su esposa.

—Todos conocen las verdaderas circunstancias de su muerte —le dije como si me estuviera confesando en la iglesia—. ¿Se imagina qué vergüenza para mí? Cuando trajeron su cuerpo y le vi el rostro deshecho sentí la mayor deshonra que alguien puede sentir, pero la verdad no cupo en mí el coraje o la rabia, sino la tristeza de todo lo que desperdiciamos juntos, de todo el tiempo que ya no podremos disfrutar.

—Muchos hombres suelen ser tontos —me dijo—. Tenía en su casa la felicidad, pero la buscaba en otros lugares.

—¿Y usted cómo lo sabe? —le pregunté intrigada.

—He viajado mucho y he escuchado diferentes historias. Se repite la misma situación; algunos hombres andamos en búsqueda de algo nuevo. Es muy emocionante buscar amoríos en diferentes lugares, pero le aseguro que la felicidad está en casa. Las mujeres son seres primorosos que se desviven por atendernos. Desgraciadamente, como le pasó a su marido, no supo verlo, o cuando se dio cuenta ya era muy tarde para cambiar su actitud. Si él hubiera abierto un poco su corazón, habría visto todo el cariño que había en usted como en un pozo lleno. Usted es como la seda; suave y fuerte también.

—Habla como si me conociera —le dije.

—He conocido a muchas mujeres y he encontrado en ellas cualidades que antes no veía; entregadas, no claudican por nada del mundo.

—A mí me hacía sufrir mucho el comportamiento de Nicandro —le dije, y al pronunciar aquellas palabras me extrañé muchísimo. Era como si los pensamientos fluyeran solos, como pensar en voz alta.

—Lo entiendo, el amor causa muchos sufrimientos. Le aseguro que su marido le correspondía, pero no supo ser de otra manera porque desde niño lo educaron para conquistar; primero al mundo, luego a las mujeres. No sabía ser de otra forma.

Cuando aquel hombre me habló tan sinceramente, como si conociera a Nicandro de toda la vida, me invadió una tristeza tal que ahí mismo me puse a derramar todas las lágrimas que no pude en el sepelio ni cuando lo velamos.

Y seguí llorando, parada ahí varios minutos, hasta que él se ofreció a acompañarme a mi casa. Me ofreció su brazo y mientras caminaba noté miradas desde las ventanas. Dentro de las casas de piedra empezaron a hacer conjeturas de la presencia de aquel hombre, porque nadie lo conocía en la ciudad. Estar junto a él me reconfortaba muchísimo, me sentía protegida. Él tenía toda la razón; Nicandro estaba muerto, y no era mi culpa.

Me acompañó hasta la dulcería. En un gesto que me pareció de lo más natural le ofrecí un café y unas roscas de almendra. Me dijo que precisamente andaba en busca de un sitio para desayunar, tenía mucha hambre pues había recorrido un gran trecho para llegar a Puebla. Lo invité a pasar a la casa, pues no había nadie. Todos se habían ido a enterrar a Nicandro, las niñas y las sirvientas estaban allá, y luego se ofrecería un almuerzo en la casa de mis suegros. Le abrí el comedor de mi casa. Yo misma preparé el café en la cocina, calenté unas tortillas, le hice unos huevos en salsa. Me sentía muy extraña cocinando para un hombre que aca-

baba de conocer hacía apenas unos minutos, pero me resultaba tan familiar como si lo conociera de muchos años.

Me contó que venía de Guadalajara. Estaba en Puebla para arreglar la herencia de las señoritas Limantour, dos solteronas de la más alta sociedad poblana que estaban recluidas en su casa de Mercaderes y prácticamente no salían a la calle. Las señoritas habían quedado al cuidado de sus hermanos muy jóvenes, que al crecer se habían ido a estudiar y a vivir a San Antonio. Allá el que sería su padre había conocido a su madre, quien era norteamericana, y se habían casado, emigrando posteriormente a Guadalajara. Las señoritas lo heredarían a él y a sus primos. Debía quedarse en Puebla unos días para entrevistarse con el notario y arreglar la sucesión de los bienes de sus tías. La familia le había endilgado tal asunto, todos estaban ocupados y no podían venir, pero como él siempre había sido un espíritu libre creían que era el más adecuado para tal tarea.

Le pregunté su nombre, se llamaba Genaro Limantour. Cuando pronunció su nombre lo vi detenidamente al rostro, era un hombre guapísimo, tendría unos cuarenta años, algunas canas, su elegancia y carisma eran como una luz que deslumbraba, además de que llevaba una rosa en el ojal de su saco. Usaba guantes blancos que se quitó con suma elegancia para comer, llevaba un reloj de oro con leontina. De repente su atuendo me pareció un poco antiguo. Le pregunté si estaba casado. Me mostró su anillo de oro con orgullo y se le llenaron los ojos de lágrimas. Me contó su historia. Se había casado con Clara Villegas, ella lo esperaba en Guadalajara. Los trámites de la sucesión de sus tías lo habían demorado mucho, ansiaba regresar para estar con ella y abrazar a sus hijos, se sentía atorado en la ciudad. Clara era una mujer virtuosa que tocaba el piano como los ángeles y lo adoraba sobre todas las cosas. Clara era la mejor cocinera del mundo. Cuando le pregunté el tiempo que había permanecido en Puebla, me contestó que para él había sido toda una eternidad.

—Clara es muy afortunada, usted es un hombre muy amable y apuesto —a esas alturas ya no me extrañaba decir esas cosas.

## EL PASAJE DE LOS VITRALES

—No se crea crea —me dijo con el rostro sombrío—, a mi esposa le he dado muchos dolores de cabeza cuando no lo merecía. Ahora solo anhelo regresar y estar con ella.

Luego me pidió agua natural. Me levanté de la mesa para servirla en la cocina y cuando regresé había desaparecido. Su plato de comida estaba intacto y el café igual. Había olvidado su reloj que tenía grabado un monograma en la parte posterior; GLM. Me sorprendió esa huida sorpresiva y recordé que debía apurarme para el almuerzo. Cuando consulté su reloj vi que no caminaba.

Regresé al almuerzo sin ánimo de estar ahí, pero las gemelas, de solo cuatro años, me iluminaron el día. Por primera vez me mostré egoísta, le pedí a mi madrina que se hiciera cargo de todo, yo sería una invitada más sentada con mis hijas y mi padre. Papá estaba muy enfermo y todo el asunto de Nicandro lo había deprimido mucho. Le dije que no se preocupara por mí, sabría reponerme por las niñas.

El recuerdo de Genaro me dio vueltas muchos días, distrayéndome de la pérdida de Nicandro. Me inquietaba el haberme quedado con el reloj de oro, me intrigaba su partida súbita. Además de su personalidad atrayente que me daba vueltas en la cabeza.

Un día mi padre me invitó a su casa a desayunar para limar asperezas. Le pregunté oblicuamente por las señoritas Limantour para poder conocer el paradero de Genaro. Me respondió que los Limantour eran una familia de abolengo de la Ciudad de México y del norte, en Puebla solo esas señoritas habían vivido aquí sin tener descendencia. Las señoritas habían muerto hacía treinta años cuando mi padre era joven. Me sorprendí, Genaro me dijo que habían fallecido días antes de nuestro encuentro.

—¿Estás seguro papá, las mismas señoritas?

—Sí, claro, eran millonarias y le dejaron veintitrés casas a sus sobrinos.

—Uno de ellos Genaro Limantour, ¿verdad? —le pregunté intrigada.

—Sí, ¿conoces la historia?

—¿Cuál?

—La de Genaro, es muy trágica y recordada.

—No, cuéntamela por favor —dije con un nudo en la garganta.

—Genaro vino a Puebla a gestionar la herencia de sus tías y permaneció una temporada. Era un hombre muy apuesto, yo lo conocí. Las mujeres se enamoraban a su paso. Era simpático y le gustaba apostar. Mujeriego como pocos. Me da pena decirlo y recordarte ese asunto, pero era como tu marido, la historia es muy parecida. Se enredó con la esposa del general Ávila, ella perdió la cabeza por él y a ambos los mataron por adulterio.

—Papá —le dije angustiada—, el día del entierro de Nicandro lo conocí y hablé con él.

Mi padre no se mostró sorprendido como yo hubiera esperado.

—Pobre hombre —me dijo—, su alma debe andar todavía penando por las calles de Puebla.

Por supuesto que recurrí a Milagros, le conté toda la historia y le pregunté qué debía hacer con el reloj. Me dijo que era importante echarlo a andar para destrabar el tiempo en que él se había atorado. Fui con Mario López y le fue muy difícil hacerlo funcionar, pero al fin lo logró.

Me quedó claro que Genaro vino en lugar de Nicandro a decirme lo que mi marido nunca pudo.



## Paisajes de México

Lola «Fuego»



las seis de la mañana estábamos en la estación del tren para irnos al otro lado a conseguir los rifles y armamento para la revolución que ya venía. Me hice pasar por la criada de la maestra Urquidí, nos subimos en el tren. Era un vagón largo con dos filas de bancas de terciopelo rojo a cada lado. La verdad me gustó mucho, me pareció muy elegante, diferente al vagón terroso y pelón que me había traído de Río Blanco. Acomodamos nuestras maletas en las rejillas de latón. Nos sentamos y la maestra me dejó junto a la ventanilla. En cuanto anunciaron que nos íbamos empecé a ver cómo Puebla se volvía una mancha cada vez más lejana y chica.

Catalina, muy seria, me empezó a preguntar si me gustaría aprender a leer y a escribir, le dije que la verdad era muy bruta para las letras. Ella me dijo que no había alumnos brutos sino flojos. Sacó varios libros de su bolsa y me dio uno para ver si me gustaba. Era un libro con dibujos en color café y tenía el nombre más difícil que he conocido; *Onomatopéyico*. Catalina me explicó los sonidos con los que habla uno. Por ejemplo tenía una «i» y un ratón haciendo «i,i,i» o un tren y el sonido de la «u». Me gustó mucho ese libro. La maestra muy fácilmente me empezó a enseñar a leer, no podía creerlo, en el camino me enseñó a juntar las letras. Las primeras se me hicieron muy difíciles, pero le agarré el gusto luego luego. Aprendí muy rápido la diferencia entre vocales y consonantes,

y para cuando llegamos a San Antonio yo ya leía palabras sueltas como papá, mamá, Susi, oso y por supuesto mi nombre.

Catalina era muy exigente en su labor como maestra. En los meses que vivimos en Estados Unidos no pasó una tarde que no me pusiera a mejorar mi lectura y escritura. Cuando regresé a Puebla ya leía y escribía frases completas y párrafos simples. A veces me regañaba tanto que yo tenía que tragarme las lágrimas para que no me viera llorar, pero después comprendí que sus enseñanzas fueron lo mejor que nadie pudo dejarme. Además lo dice el dicho; «las letras con sangre entran».

Me admiré mucho del paisaje de mi país. La maestra Catalina me explicó qué es un desierto y un bosque, la diferencia entre una montaña y un volcán, lo que es un valle, una meseta y una planicie. Vi muchas plantas distintas, desde órganos y magueyes hasta bosques de pino y cerros. En los lugares donde se paraba el tren subía gente que vendía tamales y atole. En San Luis Potosí subieron canastas con tacos y unas enchiladas muy sabrosas, también llevaban dulces. Ya en la noche Catalina me dijo que ahí mismo dormiríamos. Sacamos de nuestras maletas unos sarapes y nos tapamos muy bien. Yo ni sentí la noche, tan cansada estaba. Al otro día vimos cómo amaneció. Ya estábamos por el norte del país, el paisaje había cambiado mucho; puro desierto, y empezaron a subir unas tortillas de harina con carne seca y chilitos muy sabrosas. Catalina me explicó qué clase de animales hay en esas partes, vimos unos coyotes en manada.

La maestra volvió a sacar los libros y a seguir enseñándome la lectura y la escritura. Se me hizo más difícil escribir, pero poco a poco fui aprendiendo. Recuerdo muy bien que llevaba un libro que me gustó mucho. Era de lecturas con muchos dibujos en blanco y negro, se llamaba *Lecturas de Primavera*. Un libro de poemas, cuentos y fábulas, ahora si ya sé lo que es cada cosa. Aún lo conservo. Ella me lo regaló en aquel viaje para que practicara. Al principio era ella quien leía todo en voz alta, una y otra vez hasta que me aprendí partes de memoria. Fue la primera vez que oí poemas tan hermosos, como el de Margarita de Rubén Darío. Con el cuento de

la niña de los fósforos de Andersen lloré como la Magdalena, tanta lástima me daban sus pies desnudos. En las primeras páginas había una ilustración de una joven de huipil, trenzas y huaraches, no se le veía el rostro, solo la espalda. Recargada en un árbol admiraba la naturaleza. Así me sentía yo, libre como ella. La joven de la lectura y el dibujo se llamaba Xóchitl. El texto hablaba de su recorrido por el campo, las flores y animales que encuentra a su paso. Así me encontraba yo en aquel viaje como Xóchitl, conociendo por primera vez paisajes tan hermosos y tan bien acompañada. Con la maestra Catalina me sentía protegida y segura.

Debido a ese viaje mi vida cambió. En mí la frase de que «los viajes ilustran» es más que cierta. Creo que si Valverde hubiera sospechado aquella transformación no me habría dejado ir con Catalina. Pero las situaciones toman un curso sin que podamos detenerlo.



# Un amuleto para Carmen Serdán

*Milagros Cóbix*



uando conocí a Carmen Serdán me di cuenta luego que era una mujer especial. Cada cien años nace una mujer como ella; inteligente, viva, que tiene un motivo que le hace hervir la sangre. Ella no se da cuenta, pero cuando viene con Natividad o con Tere tiene una aureola de arcoíris. Casi nadie tiene esa luz con todos los colores de la naturaleza juntos; unos tienen el violeta, el azul, el rojo, el naranja, verde o amarillo. Cada color tiene un significado, las combinaciones también dicen algo. Pero ver a alguien que tenga todos los colores y tan vivos como los de ella es muy raro. Eso quiere decir que algo va a pasar en su vida que va a cambiar el rumbo de muchos otros. El rojo es la imaginación, el amarillo el coraje, el azul la dulzura, el verde las yerbas, el violeta los espíritus, el naranja la alegría, todo revuelto con una luz blanca que le da el poder del cielo.

Carmen viene muy seguido a verme con su criada, Natividad. La otra vez que vino fue porque buscaba un remedio para Tere. Ella me llevó con su amiga, quedaron unidas a mi camino para siempre. Luego vino cada una por separado buscando mis medicinas. Luego juntas, como buenas amigas. Son tan distintas como dos gotas de agua y tan idénticas al mismo tiempo. Si uno ve una gota de agua se da uno cuenta que esa gota refleja algo, y otra refleja otra cosa. Así son ellas; idénticas, blancas, de la misma clase, pero al mismo tiempo distintas. Tere nació para tener esposo y para

sufrir. Carmen también nació para sufrir pero de otro modo, ella no nació para tener hijos ni para cocinar para un marido. Ella será una mujer solitaria, pero en el fondo las dos son sensibles como los colibríes. Cada una tiene un camino que recorrer que ya viene marcado como cuando hay un día con sol y otro lluvioso. No podemos renegar de esos días.

El amor ha tocado a las puertas de la vida de Carmen varias veces, pero su camino la llama a unirse a las armas. Cuando quería el amor de un hombre, tenía algo muy dentro que la llamó a enredar su vida ahí. Es una mujer fuerte y su deber es ayudar a los demás. Cuando viene a La Victoria anda buscando perillas de latón de cammas. Me pidió que le guardara unas en un huacal, y yo la ayudé. Ya era sospechoso que viniera tantas veces. Poco a poco fui juntándolo en mi puesto lo que me pidió, se me ocurrió juntar también los botes de lata de atún de la basura. A mis clientes les pido los botes y las perillas, y ellos no hacen preguntas para qué las quiero.

Ayer vino Romualda Sánchez, que es una mujer vieja y enferma de artritis. Quería que le hiciera la pomada de cera de abeja que lleva ya muchos días untándose. Sus manos y pies son como raíces de ceiba, torcidos. A veces tiene dinero y a veces no para pagar por lo que yo le doy. Cuando vino la primera vez a verme sus manos estaban muy chuecas, ha ido mejorando poco a poco. Ya puede coger un vaso o una cuchara para comer, antes no podía. Mi deber es no cobrarle si no puede pagar. Le pedí solo que me consiguiera perillas, grandes y gordas. Ella tuvo una cama de latón hace mucho tiempo, y de esa cama destartada le quedaban las cuatro perillas, una en cada esquina. Me trajo esas cuatro más otras cuatro que le quitó a la cama en la que duerme ahora, con eso me paga. Desde entonces no sé de dónde consigue perillas y más perillas. A mí no me importa de dónde vengan, lo veo como una manera de soplar un viento bueno sobre esa mujer que corre como un jaguar. Ella tiene claro el camino a seguir y cuando alguien está en ese camino de tierra ya no hay quien pueda meterse con él. Carmen no tuvo que dar explicaciones. Su vida estará en peligro muy pronto y se está armando para el cambio que ya viene. Vendrá un tiempo nuevo en donde ella tendrá que

estar. Un tiempo en donde la sangre correrá por las piedras de las ciudades y por los ríos de los valles, los truenos se confundirán con los disparos y la muerte se meterá como el aire por las esquinas y las rendijas de las puertas. Veo lágrimas en los corazones de las madres y las hermanas, iglesias cerradas, casas destruidas, niños perdidos como perros, viejos abandonados, fuego por todos lados, de ese que destruye los árboles y el maíz sagrado. Las enfermedades y las plagas azotarán a los que queden.

Dentro de todos esos cambios veo a Carmen fuerte y rodeada de sombras, sola, triste, y con su parte luminosa aliviando todo el dolor que sentirá. Desde hace unos días la espero, sé que vendrá por esta caja que guarda tantas latas de atún y perillas de cama. Habrá ido primero por kilos de pólvora que guardará en su canasta de verduras, tendrá los labios apretados por el miedo. Tendrá el cabello revuelto y el alma en desorden. Será un jaguar enjaulado en espera de la acción. Sentirá que se debe a su familia y estará dispuesta a dar la vida por ellos. Entonces podré darle el amuleto que preparé para ella, un corazón, pero no como el de Tere, un corazón hecho del cuero duro de un jaguar relleno de piedritas de ónix. Necesitará gran fortaleza para enfrentar los tiempos que vienen.



Puebla, 23 de septiembre 1910

## El espejo de la sala

Carmen Serdán

*Hay un espejo enorme en la sala de la casa. Pocas veces tengo tiempo de mirarme en él y admirar a la mujer ya no tan joven que todos conocen. Recuerdo que cuando era niña —tendría unos cuatro o cinco años— me encantaba verme por largo tiempo en el espejo. En esa época admiraba mis vestidos blancos de volantes, mis zapatos nuevos, mi cabello rizado, mis facciones finas. Las criadas y mi madre solían decir que yo era una niña preciosa y alimentaban mi vanidad. Entonces mi padre me dijo que no debía verme en el espejo tantas veces porque mi imagen me haría gestos o me sacaría la lengua. Tal vez me lo decía para que no me volviera hueca como las nueces vacías. Mi padre admiraba en las mujeres la inteligencia, la prosapia. Decía que las mujeres y los hombres podían destacar de igual manera. Me dio tanto terror lo que me dijo que entonces pasaba rápido por el gran espejo sin voltear a verlo ni un instante.*

*Recuerdo también cuando salía a pasear con mi madre, ya viuda, al Paseo Viejo y los señores se detenían a saludarla, me piropeaban. Decían que era una joven guapa, que me casaría pronto. En mi interior pensaba que el matrimonio era un camino ajeno a mi vida. Desde niña me había inclinado por la lectura.*

*Me gustaba discutir y comentar las noticias con mis hermanos, además no quería separarme de mi madre. La vida era un mar tranquilo y feliz junto a ella. Yo era su soporte, ella también me daba fuerzas cuando me llamaba a su recámara antes de acostarnos y me consultaba las decisiones más importantes de la casa aunque fuera yo tan joven. Me acuerdo cuando decidimos que era buena idea mandar a Aquiles a la Marina y cuando me llamó para consultarme si me parecía que el licenciado Sevilla sería un buen partido para mi hermana.*

*Por eso, cuando diferentes muchachos empezaron a rondar la casa y me llevaban serenata al balcón, me halagaba que se fijaran en mí, pero nunca me di la oportunidad de enamorarme. En esa época, cuando tenía alrededor de veinte años, pensaba que lo mejor que me podía pasar era quedarme al lado de mi madre ayudándola con mis hermanos. Mi madre nunca se opuso a que me cortejaran y se interesaran por mí, pero ni el noviazgo ni el matrimonio me parecían mi vocación. Eso no quiere decir que no tuviera buena relación con aquellos jóvenes, muchos de ellos terminaron siendo mis amigos al notar que no les correspondería como mujer. Frecuentaban la casa, se quedaban a cenar y mamá les preparaba un rico chocolate que servía con conchas o mantecadas. Algunos de ellos eran buenos amigos de mis hermanos. Nuestra casa ha sido siempre un espacio agradable donde a la gente le gusta platicar, discutir o simple y sencillamente pasar el tiempo. Algunos de ellos me parecían atractivos o simpáticos, pero ninguno llenó mi corazón ni me hizo cambiar el rumbo.*

*Después se casó mi hermana Natalia. Sentí, sin que nadie me lo pidiera, que debía estar junto a ella y ayudarla en la crianza de sus cuatro hijos. Durante varios años siguieron cortejándome amigos de Natalia, que venían a la casa con ganas de charlar conmigo. Siempre me mostré como lo que realmente soy; una mujer de familia que disfruta estar con ellos, así como recibir amigos y más sien-*

*do inteligentes. La discusión, el certamen y las ideas políticas en una mujer no siempre me atrajeron simpatías. Todavía me acuerdo de un amigo viudo del licenciado Sevilla, mi cuñado, que empezó a rondar la casa —de esto hace unos cinco años—. Cuando se percató de las largas charlas encendidas de mis hermanos y yo, a las cuales se unía con gusto mi cuñado, recuerdo que me dijo en un tono de reproche, que jamás había conocido una mujer así, que opinara de lo que las mujeres no saben. Mis hermanos Aquiles y Máximo, en tono de burla, le dijeron que había sido yo quien les había instruido en todo lo que sabían. Aquel caballero abrió los ojos como platos y no volvió jamás, decepcionado. Pasó mucho tiempo antes de que Máximo y Aquiles olvidaran aquel incidente y dejaran de hacerme burla por ello.*

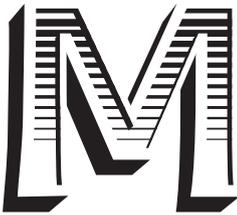
*A pesar de aquellas percepciones de algunos, yo me sentía guapa y de cuando en cuando seguía viéndome al espejo. A veces, sobre todo cuando tenía ahorros de varios meses, me gustaba surtirme en el Almacén de la Ciudad de México y comprar telas francesas para hacerme vestidos que cosía en casa con ayuda de Natividad. Considero que tengo buen gusto para vestir, sobre todo para las fiestas, cumpleaños o eventos importantes en que suelo coser algo nuevo para mí. De vez en cuando compro vestidos hechos, como el día en que se casó Natalia, en que mandé pedir a la Ciudad de México con meses de anticipación un vestido de encajes color palo de rosa que hacía juego con un sombrero de paja y un listón del mismo color. En la boda no paré de bailar y convivir con algunos de mis pretendientes. Al menos dos me pidieron matrimonio aquel día, pero yo estaba tan feliz por la buena suerte de mi hermana que aquellas peticiones me parecieron poco serias y luego ya no quise frecuentar a aquellos galanes. Lo que sí recuerdo es haber conocido en aquella fiesta a un hombre que en verdad me agradaba; Mario López, a quien años después tuve tan cerca. Mario es un hombre inteligente, de manos recias y proceder delicado. Todavía*

*recuerdo aquel día de la boda de mi hermana cuando me lo presentaron. No era un hombre distinto, y sin embargo sus ojos me parecieron profundos, me gustó mucho su loción de maderas, recuerdo que bailé tres piezas con él. Eso bastó para que lo recordara muchos días después.*

*La víspera de su matrimonio, Natalia quiso conseguirme un novio por todos lados. Le daba un poco de remordimiento casarse primero que yo, porque era muy creyente del dicho «Chivo brincado, chivo quedado». Pensaba que si se casaba primero luego yo iba a tardar mucho en conseguir novio, así que me presentó muchos amigos del licenciado Sevilla, pero nada resultó. A Mario no me lo presentó, pero en los días posteriores a su boda comentamos los pormenores, le dije que el único que me había agrado en serio era él. Ahí supe que nuestro destino era opuesto. Precisamente había tenido que mudarse de Puebla por cuestiones familiares, partiendo a Mérida. Pasaron muchos años para que volviera a encontrarme con él. Una vez que quedó viuda, Nati me avisó que necesitaba rentar un local en su casa para obtener más ganancias. El corazón me dio un vuelco cuando me dijo que se lo rentaría a Mario que acababa de regresar a Puebla. A pesar de mis deseos, la vida me demostró que tiene un curso inalterable. Ahí estaba Mario, junto a mí, recién casado; no estaba marcado en mi camino. Y nadie puede luchar contra eso.*

# Las Gemelas

*Tere de Velazco*



araría Gracia y María del Carmen nacieron el seis de enero de 1906. Su llegada al mundo fue una lucha ganada a la naturaleza que no quería que vivieran, pues su nacimiento se adelantó dos meses y durante el embarazo me pasaron cosas terribles, la peor es que me picó una víbora paseando con Nicandro por el estanque de los pescaditos. Por suerte iba de su mano y pude mirar de frente al animal endemoniado, advirtiéndole con mi mirada que no me iría de este mundo hasta entregar a mis hijas. Milagros vino y me chupó todo el veneno, me puso un emplasto de yerbas de San Nicolás, pero me advirtió que mis hijas nacerían sin color. Cuando me lo dijo me sentí extraña y soñaba todas las noches que en vez de niñas tenía gusanos transparentes. Así pasé todo el embarazo, teniendo pesadillas, palpitaciones, mareos y vómitos constantes. En vez de subir de peso adelgacé, mis ojos se volvieron saltones como los de un sapo. Lo único que crecía como una pelota inmensa era mi vientre, que parecía un coco enorme adosado a una palmera delgada. Pensé que me moriría por tantos padecimientos, pero Milagros me dijo que dejara de preocuparme porque, para mi buena o mala fortuna, yo moriría de vieja en mi cama, y que Nicandro moriría primero que yo. Así, vaticinó que tendría dos lindas niñas.

Aquella mañana me había levantado más temprano que de costumbre. Debía dejar preparada la masa de la rosca de reyes y hornearla temprano, tradicionalmente se parte en mi casa por la noche. Por la tarde asistiría a una pelea de gallos anunciada con un mes de anticipación por mi esposo. A pesar de que mi nana y Esperancita, una de las sirvientas, amasaron la masa un tiempo prudente, esta se desbarataba en las manos y no tomaba su punto. Les llevó mucho más tiempo dejarla como es debido y francamente ha sido la rosca menos sabrosa que hemos preparado. La de mi casa es famosa por suave y dulce, pero ese día el horno literalmente no estaba para bollos, porque nos quedó dura e insípida.

Fue después de esa pelea de gallos cuando me empecé a sentir mal. Mi suerte en las apuestas siempre había sido muy mala, pero aquella tarde en que yo le aposté al gallo que parecía más débil empecé a ganar y a ganar dinero. Al principio Nicandro apostó al verde y yo al colorado, pero al notar cómo mi gallo ganaba ya varios cientos de pesos, decidió cambiarse de bando. Gracias a mí, aquella tarde ganó por la buena un rancho en el camino Real a Cholula que le apostó a Melesio Huerta por un rancho dos veces más grande, por el cerro de Loreto. Nicandro lo apostó en una racha de buena fortuna, sin saber que aquella estrella venía por el alumbramiento exitoso que horas más tarde yo habría de librar en mi casa. Después de ganar aquella propiedad, Nicandro le pagó al gallero una fuerte suma por su gallo, el cual ya estaba medio muerto. No lo quería para pelea, sino para que le diera fortuna a su casa. A los pocos días murió desangrado por tantas cortadas, se enterró en el huerto junto a un naranjo. Desde ese día ese árbol da las naranjas más dulces.

Nicandro estaba negociando las escrituras con su adversario cuando un fuerte empujón me tiró del dolor. Ya no pude levantarme, pues los dolores empezaron cada vez más seguido. Me llevaron a mi casa de inmediato. Rosa, mi nana, y las demás criadas prepararon agua caliente, quise que Carmen y Milagros estuvieran presentes. Carmen no solo es mi amiga de toda la vida, también ha hecho varias veces de enfermera y hasta de maestra de mis hijas. Si yo tengo un problema grande o pequeño, corro con ella. Carmen ha sabido curar los descalabros de mis hijas y los dolores de

mi alma, me conoce bien, además ella posee muchas herramientas, como tijeras, martillos, brocas. Es una mujer muy habilidosa que sabe desde poner un clavo hasta curar una herida profunda.

Cuando Milagros entró sentí cómo disminuían mis dolores notablemente. Lo primero que hizo fue elevar varias oraciones y pedirme que me encomendara a la primera Virgen que pasara por mi mente. Nunca había sido devota de la Virgen del Carmen, pero a ella me encomendé, prometiéndole ponerle su nombre —por ella y por mi amiga— a una de mis hijas. Y las deposité en sus manos. Milagros me adormiló con sus yerbas. El dolor era bastante soportable, pude hacer todo el esfuerzo, pujando una y otra vez hasta desgarrarme para dar paso a mis hijas.

Nicandro hizo traer al doctor Morales, quien muy amablemente vino a dar el visto bueno al excelente trabajo de parto que entre todas habían logrado, cobró sus honorarios y se dio la media vuelta. Carmen me tomó todo el tiempo de la mano, repitiendo una y otra vez que las cosas saldrían bien, que mis hijas estarían muy sanas. Mi nana y las sirvientas ayudaron por horas calentando agua, colocándome compresas húmedas en el cuerpo y soplando con el abanico mientras Milagros dirigía el parto con pericia de galeno. Todas gritaron de verdadera alegría cuando vieron que después de Carmen aparecía Gracia. Confieso que me decepcioné un poco cuando supe que eran niñas, como Milagros predijo, porque Nicandro quería un varón que heredara su nombre. Sin embargo, cuando mi marido supo la noticia se alegró muchísimo, le cayó muy bien que fueran gemelas porque él había sido hijo único y siempre anheló un hermano idéntico para compartir sus juegos.

Me quede dormida después de saber que estaban bien. Cuando desperté temí que fueran albinas. Tenían la piel demasiado blanca, pero Milagros dijo que con baños de sol tendrían buen color en poco tiempo. No se equivocó, todas las mañanas durante dos meses las puse al sol para que tuvieran color. Al final de aquel tiempo quedaron convertidas en dos niñas robustas de piel canela, color que hasta ahora poseen. Tienen algunas pecas en la nariz, cabello largo, rubio y enormes ojos color miel —que hereda-

## LAS GEMELAS

ron de Nicandro—. Si son bellas es gracias a él. Además son alegres e inquietas, tan simpáticas que a todos les caen bien y las consienten. Cuando mi padre las conoció se derritió por ellas, el idilio entre los tres es más fuerte cada día. A veces creo que les da a ellas el amor y el respeto que no supo darme. A pesar de su belleza y encanto, son niñas educadas y amables. Nunca permití que Nicandro las echara a perder, a pesar de su fascinación por ellas.

Las dos tenían la cualidad de convertirlo de nuevo en un niño; con ellas jugaba a los caballitos y a la víbora de la mar, y les regalaba una muñeca nueva cada semana. Llegaron a ser tantas que no cabían en su habitación, así que a la mayoría las puse en cajas y las repartí un seis de enero con trozos de rosca de reyes en el atrio de la iglesia del Carmen a las niñas pobres que llegaron como cada año. No sabían si tomarse el chocolate o jugar con los bucles de sus nuevas amigas.

Al año de nacidas inauguré una tradición en mi vida; partir una rosca de reyes en mi casa cada año, y cinco o seis más para regalar en el atrio de la iglesia de la Virgen del Carmen, en agradecimiento a su ayuda en mi parto.

La rosca de reyes no es fácil de hacer, viene de una tradición muy antigua que me contó mi madrina. Las primeras roscas eran en realidad una especie de galletas que recordaban la persecución de Herodes al Niño Jesús. Nosotros las hacemos recordando aquel suceso pero con huevo y mantequilla, a diferencia de las primeras que solo tenían agua y harina. Lo que más me gusta de todo es su adorno: pequeños trozos de acitrón e higos cristalizados. Las gemelas aquel día de reyes no repararon en las muñecas regaladas, sino que para ellas la rosca fue lo que más llamó su atención. Llevaban sendos vestidos de terciopelo azul y quedaron llenas de azúcar. Por cierto, cada una de ellas se sacó el niño de porcelana y todavía los coleccionan cada año, guardándolos en una cajita de hojalata.

Cada noche antes de acostarme encomiendo a mis hijas a la Virgen del Carmen, y sueño con ellas; son dos ninfas que corren por un campo de trigo con largos vestidos.

## Bombas y pólvora

Lola «Fuego»



uando regresé a Puebla, casi un año después, ya no quise vivir con Ángela. Fui a darle las gracias, a llevarme mis pertenencias para mudarme con la profesora Catalina Urquidi. Todos conocían de mis amoríos con Valverde, quien fue a recibirme emocionado a la estación de trenes. Me sorprendió que se abalanzara sobre mí aún en el vagón, me plantara varios besos delante de Catalina y me dijera cuánto me había extrañado. Le gustó mi cambio de ropa, las telas norteamericanas de mis vestidos, el perfume de lavanda, los aretes chicos. ¿Cómo decir que al reencontrarlo no sentí más el ardor entre las piernas que antes me había llevado a cumplirle todos sus caprichos? ¿Cómo decirle que en aquel viaje de varios meses las lecciones de la maestra cada noche me habían abierto los ojos a tantas ideas nuevas? Seguía queriéndolo, de eso no tenía duda, pero mi voluntad ya no era de él. Dejé de ser una muñeca para convertirme en una mujer. Creo que él lo notó desde aquel día porque de inmediato quiso ponerme casa en Cholula sin habérselo pedido. Ahí podríamos vivir nuestro amor sin que nadie lo supiera, más adelante dejaría a su mujer para casarse conmigo. Nuestro amor dejaría de ser un amor escondido para hacerme su esposa aún sin casarnos. Sus palabras me parecían ajenas. Nunca pensé formalizar esa relación. Tenía ya un sentido para vivir. El movimiento me entusiasmaba mucho, no pretendía cambiar por permanecer encerrada en una casa.

Recuerdo aquellas tibias noches junto al fuego en nuestro departamento de San Antonio donde la maestra hablaba de igual a igual con los señores Villarreal, Gutiérrez, Sosa, García, Peña, Rendón y muchos más, de quienes después escucharía sus nombres por dondequiera. Ellos discutían preocupados por la situación que atravesaba nuestro país. Al principio me ponía a preparar el café con piloncillo y las grandes tortillas de harina que se preparan con manteca. Mientras le daba vuelta a los frijoles o a la carne seca con huevo, escuchaba atentamente todos los reclamos, necesidades, tristezas, e injusticias que les comentaba la maestra a esos señores tan inteligentes. Me acuerdo una noche que hablaban de Río Blanco, entonces yo no pude sino interrumpirlos, diciéndoles que yo había vivido en carne propia aquellos días. Me pidieron que les platicara mis vivencias y entonces conté de un tirón todo lo que vieron mis ojos ignorantes. En aquellos momentos, les dije, no podía entender por qué habían matado a tantos obreros, y a pesar de haber estado en las reuniones anteriores a la huelga, no alcanzaba a ver la importancia de la fábrica ni de la represión. Sabía que teníamos razón, eso sí. La huelga era justa, nos estábamos muriendo de hambre. A veces mi esposo Aniceto, endeudado siempre con la fábrica, llevaba más que un poco de arroz para toda la semana. Yo tenía que subir al monte a cortar algunos nopales y quelites para engañar al hambre. Hervía unos cuantos granos de café en el agua para que la pintaran y un pedacito de piloncillo; a veces eso era todo lo que comíamos en el día. Lo bueno es que el único hijo que tuvimos nació antes de tiempo ya muerto. Yo no tenía leche y hubiera sido mucho peor verlo morir de hambre. Cuando conté mi historia, me sorprendí lo triste que era y los presentes que me escuchaban tenían cara larga. Entonces lloré mucho como no lo había hecho nunca, ahora sí pude llorarle a mi hijito, lo que en Río Blanco ni siquiera pude hacer. Había estado tan apurada pidiendo que me prestaran dinero en la fábrica para comprar una caja y un pedacito de tierra para tapanlo de la noche.

Esos señores y la maestra Catalina me trataron mejor a partir de ese día. Dejé de ser la criada de todos para ser una mujer con una historia y que era tomada en cuenta para la acción. Luego, en la alcoba, la maestra me daba consejos desde su cama todas las no-

ches antes de dormir, llenándome de nuevas ideas. Insistió muchas veces en que el trabajo que hacía en casa de Ángela era indigno, poco conveniente, decía. Cuando triunfara el movimiento, yo podría escoger otro camino, de costurera o enfermera. Sus palabras cambiaron por completo las cosas para mí. No solo eran los consejos que me daba, sino todas las cosas que me enseñó a hacer; desde curar una herida, inyectar medicinas, preparar emplastos, hacer vendajes, entablillar piernas y brazos. Además me instruyó en el método para hacer vestidos, faldas y pantalones, respunte, y a zurcir. Poco a poco fui convenciéndome de que mi relación con Valverde no era lo mejor para mi vida. Era un hombre al que amaba, pero era su querida, mucho peor que ser solo su sirvienta, así lo pensé mientras estuve en San Antonio.

A pesar de todos esos cambios y descalabros, Valverde y yo nos escribíamos muy seguido en clave. Yo era María Espinoza en esas cartas y él el Señor Monreal. Fue quizá la época más bonita de nuestro amor. Como éramos personas de mentiras, nos inventamos una vida muy diferente de la que llevábamos. Ese intercambio de cartas dio vuelo a nuestra imaginación y nos hizo querernos de una manera diferente, tierna. Las cartas me las corregía y aumentaba la maestra Catalina. En ellas combinábamos las palabras cifradas, por ejemplo, un abrazo equivalía a diez rifles Winchester y un beso a quince, cien pesos equivalía a una caja de chocolates y doscientos a dos cajas.

Regresé a vivir con la maestra Catalina. Eso a Valverde no le gustó para nada. Ella trató de convencerlo de que era lo mejor para el movimiento, pero él se daba cuenta de que ya no era el títore de antes. Cuando venía a platicar con ella, yo me sentaba a la mesa con ellos. No siempre estaba dispuesta para él, como cuando vivía con Ángela. A veces le decía a Valverde que sus ideas no me parecían. Tuvo que acostumbrarse a esa nueva situación, pues seguía loco por mí. A veces venía encendido por las noches a tocarme en la ventana que daba a la calle, donde yo tenía ahora mi cuarto. A veces yo quería salir con él y nos íbamos en su carruaje a la casa de Cholula, desapareciéndome algunos días de la presencia de Catalina. Ella nunca me dijo nada, pues sabía que a mi re-

## BOMBAS Y PÓLVORA

greso me pondría a las órdenes del movimiento. Pero por aquellos días cayó enferma. Entonces le regalaba a Valverde unas horas de mi vida para vivir nuestro amor en el hotel Jardín, y regresaba rápido para poder cuidarla.

Aquí transcribo una de las cartas de San Antonio, que nos hicieron vivir la ilusión de ser otras personas, libres, entregados a nuestro amor:

*Querido Señor Monreal:*

*Aprecio mucho las dos cajas de chocolates que me envió desde México. Mi madre Catalina le agradece tan linda cortesía, pero le pide que le mande más porque somos muy golosos y necesitamos los chocolates para poder pensar y actuar como queremos. Le comento que la primera caja que nos mandó nos la comimos entre todos los de la familia muy rápido, las siguientes dos cajas las consumimos de poco en poco. Si usted quiere, mándenos más con mi prima Carmelita, ahora que viene a San Antonio, o espere a que yo vaya a Puebla y me las traigo, no importa que tenga que cargar.*

*La verdad es que ya lo extraño mucho, a cada momento pienso en usted y los días tan hermosos que pasamos en*

*casa de la madre Ángela, donde tuvimos oportunidad de tratarnos y conocernos a fondo. Acá la familia está toda muy bien, mi madre y mis tíos, los señores Flores, nos estamos preparando para la gran fiesta que queremos celebrar y a la que usted y otros más están de antemano invitados. Por lo pronto, veo a mis tíos muy seguido. Ellos, ya ancianos, pero bien de salud, no dejan de estar pendientes de la fiesta que pronto se celebrará en grande en Puebla.*

*Para llevar a cabo la fiesta iré a Puebla a hacer los preparativos. Espéreme en la estación. Está listo porque le voy a dar un gran beso.*

*Toda suya, María Espinoza.*



*Puebla, 3 de octubre de 1910*

# Máximo y Aquiles

*Carmen Serdán*

*«No permanezcáis más de rodillas...» Así empezaba la proclama que escribió Aquiles como preludeo para formar el centro antirreeleccionista el 18 de julio.*

*La reunión aquel día fue a las seis de la tarde, en una carpintería. Desde las dos empezamos a preparar el lugar, a barrerlo y limpiarlo. Por fin, a la hora de iniciarla, llegaron muchas personas, gran parte de las cuales eran agentes de la policía.*

*A pesar de la obvia presencia de los espías, la junta se desarrolló tal como estaba prevista. Aquiles habló de los derechos constitucionales que tenían los ciudadanos para la libre asociación y exposición de ideas. Otros oradores tomaron la palabra, finalmente constituyeron el club «Luz y Progreso». Este nombre lo propuso Francisco Panganiva, quien quedó como vicepresidente del mismo. Como presidente fue elegido Aquiles.*

*En septiembre Aquiles sorprendió a las autoridades al preguntar qué lugar debería ocupar el club Luz y Progreso en el desfile del dieciséis.*

*Ese día no le contestaron, pero después enviaron a un policía vestido de catrín a nuestra casa. Llegó preguntando*

*por Aquiles, dijo que quería ingresar al club. Natividad fue a despertar a Aquiles, que estaba durmiendo la siesta. Salió sin saco, con chaleco y mangas de camisa preguntando quién lo buscaba. Aquiles le dijo que pasara a su despacho y le dio la espalda. El desconocido lo sujetó y le dijo que tenía que ir con él. Aquiles le preguntó que con qué autoridad, el otro le señaló la pistola que llevaba en la bolsa. Mi hermano se libró de su atacante dándole un golpe en el pecho. El agresor le rasgó la manga de la camisa y destrozó una vidriera, tratando de sujetarlo. Este, muy indignado, lo golpeó en la cara y lo derribó al pie de la escalera. Aun así, el policía sacó la pistola y le disparó, por fortuna no dio en el blanco. Finalmente Aquiles lo desarmó, y aún seguía tratando de agredirlo cuando entraron otros dos para impedirlo.*

*Aquiles todavía no sabía que se trataba de agentes policíacos vestidos de civiles. Días después, un juez le decretó el auto de formal prisión por el delito de ultraje a la autoridad. Cuando llegaron los policías para detener a mi hermano, traían una orden para registrar la casa. Mario López iba a salir en ese momento, Aquiles se encontró con él y salieron juntos, hasta saludó a los policías sin que estos lo identificaran.*

*Poco después el fugitivo se encontraba a bordo de un tren, rumbo a la Ciudad de México. Iba a refugiarse en la casa de un tío nuestro. Pero el tío se negó a ayudarlo y avisó a la autoridad. Aquiles fue arrestado en el club antirreeleccionista de la capital y devuelto a Puebla como «reo peligroso». Fue acusado del robo de una pistola, la pistola que no había devuelto al policía que había tratado de matarlo en nuestra casa.*

*Mi madre fue a la Ciudad de México con Natalia a pedir ayuda otra vez al licenciado Eduardo Novoa, Ministro de la Suprema Corte de Justicia. Nuevamente nos ayudó y Aquiles salió libre. Regresó a la Portería de Santa Clara pocos días antes del nacimiento de su segundo hijo, Hé-*

tor, que nació el veintiocho de diciembre de 1909. Su padrino fue Miguel Rosales. En febrero le llegó una carta de Francisco I. Madero, felicitando al matrimonio por el feliz acontecimiento y por su apoyo a la causa.

Aquiles fue como delegado a la Convención Nacional de los Clubes Antirreeleccionistas en la capital. Iban a ser escogidos los candidatos a la presidencia para las próximas elecciones, con el fin de que no se reeligiera Porfirio Díaz. Fueron elegidos Francisco I. Madero como candidato a presidente y Francisco Vázquez Gómez como aspirante a la vicepresidencia. Cuando se nombró a la mesa directiva, Aquiles fue designado vocal.

El licenciado Antonio Zúñiga, director del periódico católico **El Amigo de la Verdad**, debido a la crónica y comentarios de la entusiasta recepción hecha al candidato, fue perseguido constantemente, igual que el jefe de redacción de dicho periódico, don Rafael Martínez. Él quería ser diputado constituyente por el estado de Querétaro. La averción de los polizontes por la agitación popular se manifiesta cada día de distintos modos. Va desde lo trágico hasta lo risible, prueba de ello es el siguiente relato:

Por el rumbo de San José habitaba la familia del profesor normalista don Felipe Franco, entonces inspector escolar. Su esposa Serafina Espinosa de Franco poseía para ornato de su casa una hermosa colección de flores y pájaros, entre estos un lorito joven e inteligente al que había enseñado a declamar «Viva Madero». Cierta día que hubo una de tantas manifestaciones del pueblo, la barriada entera se estremeció con vítores a Madero, que también enardecieron al simpático lorito, poniéndose a repetir incesantemente «Viva Madero». Cuando la manifestación fue disuelta brutalmente y el estruendo de la lucha se cambió en silencio y tristeza, aún se escuchaba al lorito, que imperturbable seguía repitiendo, como un reto, «Viva Madero». La policía consideró peligroso y subversivo a tan singular maderista. Al siguien-

*te día se ordenó la aprensión del lorito y acompañado de su propietaria fue presentado ante la comisaría. Contaba la gente que ya en presencia del señor comisario y cuando este con inflada autoridad interrogaba a la señora Franco como responsable intelectual y cómplice, el imprudente bípedo, con toda parsimonia y descaro ante las circunstancias, les espetó: «Viva Madero». La señora Franco, tras horas de espera que parecían disimular un arresto, fue amonestada y penada con una multa. Y el famoso lorito maderista quedó secuestrado por «subversivo y reincidente peligroso».*

*Siempre pensamos que Madero tenía posibilidades de llegar a ser presidente de la República, que podría resolver los problemas más graves del país, sobre todo los de la gente más pobre. Era evidente que su visión de los hechos y nuestros ideales coincidían con los de él.*

*Las elecciones fueron en junio. Días antes, en plena campaña, los candidatos antirreeleccionistas fueron arrestados con el pretexto de que sus juntas eran escandalosas y de que sus palabras incitaban al desorden público. Pasaron el día de la elección todavía en prisión, y no los soltaron, sino hasta después del recuento de votos. Al ser liberados, se enteraron con estupor que Porfirio Díaz había «ganado» otra vez.*

# Leandro Valle

*Tere de Velazco*



Conocí a Leandro Valle el día de la celebración del Centenario de la República. Era un hombre amable y cortés, viudo como yo. Dueño de una fábrica de carruajes. Muy ameno, contaba chistes sobre Díaz en voz baja. Leandro había nacido en Oaxaca, y su vida había sido un rosario de peripicias hasta llegar al éxito que ahora tenía.

Había triunfado a pesar de una infancia difícil, pues se había quedado huérfano de padre y madre desde los diez años. Su pasión eran las máquinas que se movían; trenes, carruajes, carros. Empezó de chófer en casas de ricos. Recibió como herencia un carruaje por parte de un hacendado oaxaqueño con el que trabajó muchos años. Dicho vehículo fue vendido inmediatamente por el doble de su precio normal. Así fue amasando su fortuna hasta llegar a la Ciudad de México y abrir su propia empresa. Me lo presentaron las hermanas Mendoza. Era un hombre de unos cincuenta años, recio, con una voz envolvente. Aparte de su empresa había hecho fortuna —decían por debajo del agua— exportando plata a Estados Unidos. También decían que era muy hábil como negociador. Era cercano al presidente y a Carmelita Díaz, a quienes le alegraban los chistes de Leandro. Pero también se llevaba de perlas con los opositores al régimen. Había comido en ocasiones en Estados Unidos con los Flores Magón y con Madero; asimismo tuvo algunas charlas con Emiliano Zapata.

LEANDRO VALLE

Fue la primera vez que oí mencionar ese nombre. No parecía preocupado por el destino de México, no se consideraba un apátrida, pero tampoco compraba un boleto o el otro. Leandro era como los trenes; libre, en movimiento.

Alababa a Díaz por la red nueva de trenes que había tendido hacia el norte del país y lo consideraba un hombre moderno, que con él siempre había sido condescendiente. Vivía en una casa que estaba en el centro de la Ciudad de México, en la calle de Moneda. Una mansión colonial prácticamente deshabitada, con tan solo una sirvienta. Sus hijos ya estaban casados.

Cuando nos sentamos a la mesa, me di cuenta que era un sibarita; gran conocedor de vinos y quesos, y como había recorrido la República entera y parte de Estados Unidos, sus conocimientos culinarios eran muy amplios. Alguien le hizo saber mi fama como repostera y me dijo que no se iría de Puebla hasta probar algo hecho por mis manos. En ese momento los colores se me fueron a las mejillas. Obligadamente tuve que invitarlo a pasar por la Azucena para que probara mis dulces.

Leandro Valle permaneció en Puebla más de los dos o tres días planeados. Se quedó siete días en la ciudad. Hospedado en el hotel Jardín, todos los días pasaba a llevarme ramos de violetas. Tomé el gesto como una amabilidad, pero Carmen me advirtió que tenía intenciones serias conmigo. A mí me divertía mucho su presencia, no podía verlo sino como a un amigo que se alejaría muy pronto, y que quizá no volvería a ver.

Sus ocupaciones y trabajo absorbente lo reclamaban, durante un par de meses estuvo mandándome cartas y obsequios que me hacía llegar por tren; bronce de Francia, porcelanas de China, joyas de Taxco, palmeras de Yucatán, guacamayas de Veracruz, trenes en miniatura, relojes de Inglaterra, hamacas de Oaxaca, ollas de barro de San Martín Texmelucan, carne seca de Monterrey, barras de queso de Chihuahua; estos fueron algunos de los obsequios que me hicieron pensar en él cada día más. Sus cartas eran muy dulces, detalles que jamás había conocido. El deseo de verlo

se acrecentaba cada día mientras me endulzaba el oído con frases de poeta. Me volví romántica y le encargué cajas de música y poemas de Manuel Acuña y Amado Nervo que me enviaba muy pronto en forma de postales desde la Ciudad de México. Me fasciné con la primera postal que me envió. En ella destacaba el rostro del poeta entre nubes y querubines, aderezando los inmortales versos: «Pues bien, yo necesito decirte que te adoro, decirte que te quiero con todo el corazón».

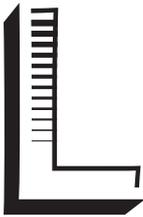
Al principio lo vi como un pasatiempo que rompía la rutina de los días, pero al paso de las semanas comencé a pensar cada día más en sus ojos y sus manos, empecé a inventarle un rostro que tenía desdibujado. En mis recuerdos era un hombre galante y de gran personalidad. Un día recibí una sorpresa; una invitación para un viaje a Oaxaca. Siempre había anhelado visitar a la Virgen de la Soledad. Me invitó la víspera del Día de Muertos, la oferta era tan tentadora que no me pude rehusar. Habría dos vagones del tren para nosotros, podía llevar a las gemelas y a mis sirvientas.

Preparé el viaje muy rápido, nos acompañarían mi nana y Rosa, quienes cargaban grandes maletas que los sirvientes de Leandro subieron al tren. El tren me pareció lo más sofisticado y elegante que había visto; los vagones tenían un gran tamaño, acondicionados con comedor, baño, dormitorio y salón para fumar. Nos acomodamos y las gemelas estaban felices por la aventura, jamás habían viajado en tren. Leandro supo tratarme como una reina. Viajaba con un cocinero veracruzano, quien le preparaba unas sopas y pescados deliciosos. En el viaje trató a mis hijas con una gran cortesía y caballerosidad. Durante el postre de la primera comida me pidió matrimonio y a mí se me atoró la cereza que estaba comiendo. No pude contestarle sino hasta días después que me casaría con él en cuanto hubiera entregado en el altar a mis dos hijas, que aún eran muy chicas. En esos momentos no tenía idea de que los acontecimientos en Puebla iban a acelerarse de una manera tan inesperada que tendría que adelantar mis planes de boda con él.



# Catalina Urquidi

*Lola «Fuego»*



La maestra Catalina empezó a ponerse muy delicada de salud. Yo sentía que mi deber era quedarme a su lado, aunque Valverde insistía en que me fuera con él y dejara la causa. Era raro, primero me había echado a la rebelión como si me hubiera echado a un pozo, y ahora quería que me alejara de aquello que me hacía hervir la sangre.

La maestra empezó con una enfermedad muy extraña, le salieron ronchas por todo el cuerpo, puntitos rojos que hacían de su blanca y suave piel caminos de coral. Por primera vez en mi vida supe lo que era tener una amiga, una persona a quien confiar mis dudas y preocupaciones. A veces podía salir a caminar, otras no. Cuando estaba mejor íbamos al parque de Santiago a ver jugar a los niños. Muchas veces ella se quedaba en casa y yo iba por las tardes a la iglesia a pedir por su salud.

De pronto empezó a delirar. Un antifaz de puntos violeta rodeaba su cara y sus ojos. Dejó la causa, me mandaba con cartas a diferentes casas de poblados metidos en la rebelión. Cuando se sintió verdaderamente mal, me mandó con una carta urgente para Carmen Serdán.

Recuerdo muy bien cuando la conocí. Carmen era una mujer alta, muy guapa, con un gran don de mando, recia y severa en sus ide-

as, pero suave como los algodones. Ella conocía mis amoríos con Valverde. Sabía que él me había metido a la causa y que ahora yo vivía en casa de Catalina. A pesar de todo, se mostró muy amable conmigo, preocupada por la salud de la maestra. Venía a la casa al menos tres veces a la semana a traerle al doctor Morales y a Milagros Cóbix.

Catalina y Carmen eran amigas de tiempo atrás, las unían sus ideales, el deseo de cambiar el país. Para la primera, los valores de sus alumnos eran lo más importante, y la segunda buscaba la justicia para los trabajadores de fábricas textiles. Pasaban mucho tiempo en las mecedoras del jardín de la maestra, platicando los detalles de la rebelión. Ahí me enteré que los rifles y balas que trajimos desde San Antonio durante meses estaban repartidos en diferentes puntos de la ciudad. La maestra, mientras fumaba su puro, señalaba las ubicaciones a Carmen; la casa de los Serdán, la del propio Valverde, la de otros maestros federales, y hasta la de la maestra servían para guardar el armamento. Era muy curioso caminar por las calles de Puebla desde el barrio de Santiago hasta el zócalo, e imaginar cómo aquellas casas selladas con balcones en realidad eran fortalezas que guardaban ideales, deseos y armas.

A Carmen le urgía que Catalina se sintiera bien y mejorara su salud. Ella había sido muy importante para el movimiento, pues convenció a varios maestros de que se unieran a la causa. No solo eso, tenía una gran influencia sobre los padres de sus alumnos. A pesar de que había pedido un permiso para ausentarse de sus labores unos meses, debía regresar para continuar la lucha desde la escuela. Carmen le repetía que el movimiento explotaría en pocos meses. Había que prepararse bien, tener el mayor número de armas y seguidores posibles. De esa manera sería fácil que Díaz fuera sustituido por el señor Madero.

A mí me preocupaba que mientras Carmen le hablaba de los planes futuros, Catalina se mostraba entusiasmada, pero eso era tan solo una máscara. En cuanto su amiga salía de la casa, se dejaba caer, algunos días no se levantaba de la cama. Tenía mucho sueño y casi no comía. A pesar de los caldos de gallina que yo le hacía para le-

vantarle el ánimo, ella estaba en otro mundo. Un día vino Milagros y me dijo lo que no pensé escuchar; había hecho todo lo posible por salvarle la vida con cataplasmas de nopal y otros remedios, pero los dioses deciden la muerte, ella era solo una intermediaria; nada podía hacer para devolverle la salud, no estaba en sus manos.

—El aliento de una persona es de Dios —dijo.

A la maestra no le quedaba mucho tiempo de vida, lo mejor era prepararla para su último viaje.

—¿Yo qué podía hacer? —le pregunté enojada—. La vida ha sido muy cruel conmigo, quitándome a los que he querido y haciéndome dar tumbos de un lado a otro. No es justo que la maestra, siendo tan querida para mí, se vaya a morir.

—No seas orgullosa, Lola —me dijo Milagros, arrugada y pequeña— ¿Tú qué tienes de especial para que no te sucedan desgracias? Debes estar muy atenta y prepararte para lo que viene, la misión que debes cumplir. Cada uno tiene una razón de vida, un por qué y para qué. Catalina lo ha cumplido, debe adelantarse, no podemos detenerla. Pero tú estás a punto de entrar a un torbellino. Una guerra se aproxima y serás parte de ese vaivén. Te tocará preparar comida, llevar armas, cuidar heridos, hacer fogatas, en una palabra; servir. Para eso vivimos. Mira a tu alrededor; Carmen Serdán, doña Carmen, Filomena son mujeres al servicio de su país y sus ideas, al servicio de su familia. ¡Con qué amor y cuidado tratan a Natividad, a sus hijos y a sus sobrinos! Mira a la maestra, muriéndose debido a los viajes seguidos a San Antonio. A pesar de que se ve fuerte como un tren, la angustia la acabó como a un pabilo de vela, pero no le importó porque cree que sus alumnos, y otros niños que ya no conocerá, podrán tener un trato de ser humano y no de bestia de carga. Mira al propio Valverde, metido en la rebelión por el bien de los demás. Mira al señor Madero, quien dejó sus riquezas a un lado para exponer su vida en busca de un mejor destino para el país.

Mírame a mí; siguiendo el llamado para curar. ¿Ves cómo cada uno está haciendo lo que los dioses le marcaron? Ahora busca dentro de ti y oirás cómo hay un llamado muy fuerte, cómo hay una razón poderosa que te sostiene en la tierra. Mira a cada colibrí, a cada lagartija, a cada mosca y araña que se topen en tu camino. Observa las flores y las nubes anaranjadas del atardecer.

Luego de un silencio que a mí me pareció una eternidad, continuó:

—La señora Catalina tiene muchos pendientes, ayúdala a terminarlos, arrímate a su fuego como lo has hecho hasta ahorita. Cuídala, muéstrate valiente y llora aparte. No la contagies con tu tristeza y tu dolor, déjala que se vaya en paz.

Cuando Milagros se fue, me volvió el alma al cuerpo. Necesitaba aquellas palabras como el viajero necesita un pocillo de agua fresca. A partir de ese día y por varias semanas me volví la enfermera de la maestra, aseándola, dándole el té que le tocaba, colocando compresas en su frente cuando la temperatura la hacía arder y untándole crema de sábila que Milagros preparó para su piel cada día más enferma.

En los días que la temperatura bajaba, me dictaba cartas de despedida a sus parientes y amigos que yo escribía a duras penas, y luego me apuraba a repartir. Les dejó cosas valiosas; los aretes de perla y la medalla de la Guadalupana a una de sus hermanas, la pulsera de monedas y el anillo de turquesa a otra, una máquina de coser y otra de escribir para mí. Dejó varias cartas a sus alumnos que debían de leerse después de su muerte. Todo lo repartió. La casa día a día, a medida que yo repartía las cosas, se iba viendo cada vez más vacía y limpia. Solo dejó lo necesario: las camas, la mesa, los sillones y el pizarrón en que me había dado tantas lecciones. Me abrió su corazón como si fuera un cofre. Me confió sus grandes amores y decepciones. Un día mientras le preparaba atole de chocolate y unos panes de mantequilla para la merienda escuché un grito. Fui a su cuarto, se hallaba con los ojos en blanco y el pelo revuelto, las ventanas abiertas de par en par. Tenía una paloma blanca posada en el pecho

y una lagartija colgada de las cortinas. Un fuerte olor a nardos y tiza llenó la casa. Su cuerpo, antes enfermo, ahora se veía limpio.

La velamos dos días en su casa y vinieron cientos de personas a darle la despedida. La procesión llegaba hasta el Panteón Municipal. A la hora de bajar la caja la despidieron con música. No fue un entierro triste, sino el más alegre que recuerdo.



# Señor Santiago

*Milagros Cóbix*



vine a ti buscando la respuesta a lo imposible. Deseaba curar a Catalina, pensé que tu cercanía la podría salvar, aunque ella estuviera en cama y enferma. Supe que, si lo decidías, bajarías de tu corcel alado y entrarías con tus sandalias de oro para cortar el mal con tu poderosa espada, que ningún demonio se te atravesaría en el camino, huirían despavoridos. Había buscado el remedio en los ungüentos que hice para curar su piel y, a pesar de probar fórmulas distintas una y otra vez, la enfermedad, el mal o el demonio que estaba en su casa, era uno de los más terribles y poderosos con los que me he topado.

Ni la sábila, el árnica, el tepezcohuite o la baba de nopal pudieron librarla de aquel daño. Cuando le untaba las pomadas, le refrescaban la piel de momento, pero a los minutos volvían las llagas con mayor fuerza; la llenaron por todo el cuerpo y treparon hasta su cara.

Necesitaba encontrar el origen de aquel mal para poder cortarlo de raíz. Entonces me acerqué a tu bondad, a tus armas para que estuvieras de mi lado y me ayudaras a ganar esa batalla. Entré a tu casa y ahí estabas en el altar, serio y fuerte. Te pedí ayuda una y otra vez, arrodillándome por horas e implorando por aquella mujer que se deshacía en llagas. Me dijiste que tu deber era terminar con el demonio de los contrarios, aplastarlo con tus pies

## SEÑOR SANTIAGO

divinos y descabezar a las serpientes del mal, pero nada de eso sería posible si la Virgen no lo ordenaba. Así había sido por los siglos de los siglos, y en este caso nada había que hacer. La maestra no tenía una enfermedad de este mundo.

No pude entender tus palabras, señor Santiago, hasta que me topé con él una noche. Iba a visitar a la maestra Urquidí. Y entonces lo vi ahí, sentado en una banca del parque. De lejos parecía un campesino con morral. Y fumaba. Pasé junto a él y pude ver su rostro, con las cuencas de los ojos vacías. No esperó a que me repusiera del susto y me atacó el cuello, zarandeándome y diciéndome que no me metiera con sus cosas. Su fuerza era la de muchos hombres. Me dejó maltrecha. Con muchos esfuerzos pude regresar a mi vivienda. Al día siguiente tenía moretones por todo el cuerpo y casi no podía caminar.

10 de octubre de 1910

# Fraude

Carmen Serdán

*Estábamos furiosos cuando supimos del fraude electoral. ¡Tanto que habíamos trabajado siguiendo los caminos legales! Pero nuestro sentir no era único, en todo el país se hablaba de una revolución. Aún pensábamos que no debíamos abandonar los procesos correctos y democráticos y organizamos una manifestación pacífica de protesta. De antemano sabíamos que podría haber problemas con las autoridades, por lo que les pedimos a los participantes no resistirse a las órdenes de la policía. Debían disolverse y volver a reunirse en la siguiente cuadra para continuar la marcha hacia el Palacio de Gobierno.*

*Miles de personas con antorchas encendidas marcharon el siete de julio por las calles de nuestra ciudad. Un batallón de rurales a caballo con machetes en mano. Los manifestantes no opusimos resistencia como habíamos acordado, casi todos logramos llegar a la plaza. Para disimular, nos mezclamos con otras personas que estaban paseando. Así logramos hacer nuestra protesta en el zócalo sin que nadie saliera herido, como había pasado ya en otros lugares.*

*Mi hermano Aquiles se había convertido en una verdadera amenaza para el régimen porfirista. Le había llegado una carta anónima donde le advertían que corría un riesgo muy serio por una denuncia que había en su con-*

*tra. Esto provocó reacciones encontradas en la familia. Yo estaba de acuerdo con él en que en ese momento era imposible abandonar la lucha por la justicia social, aun sabiendo que los riesgos eran muy graves. Pero los suegros de Aquiles estaban muy alarmados, una vez más le pidieron que dejara la política. Se lo pidieron por Filomena y por sus hijos.*

*En julio hubo otra vez orden de aprehensión en contra de Aquiles. En la mañana llegaron más de cuarenta agentes de la reservada —que es la policía secreta—. Cuando nos dimos cuenta, la casa había sido invadida.*

*Rápidamente nos pusimos de acuerdo, fuimos al cuarto de Natalia, donde se estaba peinando. Movimos el tocador y Aquiles se ocultó en una perforación vertical que ya habíamos hecho anteriormente para esconder armas. Luego volvimos a poner todo en su lugar, como estaba antes. Natalia deshizo su chongo y otra vez comenzó a peinarse, mientras salí a recibir a los policías. Los agentes buscaron por todas partes. Entraron a la recámara y revisaron todo, mientras Natalia seguía peinándose. Por fin salieron los agentes, pero dejaron un guardia vigilando la casa. A pesar de los esfuerzos de Filomena, les había dicho que su esposo había salido para la Ciudad de México el día anterior.*

*Después Natalia y yo sacamos a Aquiles de su escondite pero no podía salir de la casa sin ser visto. Todos temíamos que en cualquier momento comenzaran a catearla nuevamente y lo encontrarán. Hasta que por fin llegó Miguel Rosales para ayudarlo a planear su fuga. Rosales, arriesgándose mucho, salió para volver con dos cargadores que sacaron de la casa una caja grande con la inscripción «Riesgo: Vajilla». Aquiles se había escondido dentro con mi ayuda y la de Natividad. Rosales seguía a los cargadores a caballo, para rescatarlo en caso de que el ardid fuera descubierto.*

*Nadie descubrió a Aquiles. Como la carga pesaba mucho, a los cargadores les dio sed y decidieron pararse en una pulquería. Depositaron la caja con Aquiles de cabeza y se sentaron sobre ella para tomar sus jarros de pulque. Cuando al fin quedó en casa de Rosales y se fueron los cargadores, Aquiles pudo salir de ahí. Estaba entumecido y tan mareado como si hubiera sido él quien tomara el pulque.*

*Fui a la casa de Rosales para planear, junto con mi hermano, su huida hacia un lugar seguro. Entre todos le inventamos un disfraz, de modo que pareciera un turista inglés, con bigote y pelo teñido de rubio.*

*Madero le pidió que se fuera a San Antonio, Texas, donde muchos patriotas mexicanos se habían refugiado para planear la revolución. También nos pusimos de acuerdo con una prima, Áurea San Martín, para que ella recibiera la correspondencia de Texas. Las cartas dirigidas a Áurea C. de San Martín serían las de los partidarios y las dirigidas a Áurea San Martín serían para la familia.*

*Dos semanas después de haber llegado a la casa de los Rosales, «el inglés» salió para San Antonio. Pocos días después llegó un telegrama para Áurea San Martín que decía: «Güera, llegó el güero sin novedad». Nos pusimos muy contentos. Sobre todo mi madre, que quería mostrar fortaleza, pero fueron días de mucha angustia sin saber nada de mi hermano.*

*Pasó algún tiempo y se veía que Aquiles estaba preocupado por no recibir los dulces que le enviábamos, pues los vendía y con ese dinero se ayudaba. Transcribo una de sus cartas que me llegó después:*

San Antonio, Texas

Srita. Carmen Serdán

Querida hermana:

No sabes con qué alarma me tienen, pues no he recibido más que una carta de la Nena. Les encargué dulces y todavía no sé si me los manden, si es que me los mandan que vengan por Express. Dime cómo anda el partido en esa y si publicaron mi artículo que mandé. Yo desearía me escribieran más seguido, pues necesito saber algo de mi familia.

Dime si puedes ponerte en comunicación con Pila o Salazar para escribirles.

A Natalia dale muchos recuerdos y tanto ella como tú sepan que les agradezco mucho el interés que tienen por mí y sus buenas acciones para con mi mujer.

Tu hermano Aquiles.

*Durante la ausencia de Aquiles los demás Serdán no dejamos de trabajar en los preparativos de la revolución. Yo me encargaba de recibir recados de los partidarios para informarle de lo que se estaba haciendo en Puebla. Casi todo lo hacíamos con claves y seudónimos. Estábamos preparando el regreso de Aquiles con instrucciones de Madero.*

*Ese mes recibí un recado de Madero, pidiéndome que fuera a San Antonio, Texas. Aquiles tenía que regresar a Puebla y hacía falta que yo lo ayudara llevándole dinero e instrucciones. Salí —como me lo indicó el señor Madero— al largo viaje por tren. San Antonio me pareció una ciudad limpia y ordenada. Ahí me encontré con mi hermano, con la maestra Urquidi y con los demás.*

*En San Antonio los que iban a ser los líderes en sus estados ya estaban al corriente de los detalles del Plan de San Luis, que fijaba el veinte de noviembre como el día del inicio de la Revolución. Todos tenían que regresar para terminar los preparativos. Hasta llevaban ya folletos explicando el Plan y anunciando la fecha y hora de la insurrección.*

*Aquiles no había recibido aún el dinero que necesitaba para los últimos preparativos. Yo debía llevarle ese dinero porque él no podía esperar más, y los suministros que esperaba de Madero no habían llegado.*

*Al llegar a San Antonio conocí a muchos de los líderes de la Revolución, entre otros a Sánchez Azcona. Apenas y había tenido tiempo de descansar del viaje cuando, horas después de mi llegada, Madero me dio instrucciones de partir a Monterrey, donde su hermano, Gustavo A. Madero, me daría una buena cantidad de dinero. La mitad debería entregarla al ingeniero Robles Domínguez para la causa en el Distrito Federal y la otra mitad a Aquiles; él todavía tenía que comprar armas y explosivos para sus seguidores en Puebla. Los hermanos Rousett, Benito y Guillermo también nos ayudaron mucho.*

*Después ellos me contaron cómo habían disfrazado a Aquiles para su arriesgado regreso a México. Las esposas de algunos de los revolucionarios prepararon el disfraz, que era el de una mujer enlutada. Como se usaban los vestidos largos, este cubría sus piernas, y un sombrero negro con velo ocultaba su cara. Dos jóvenes valientes lo acompañaban, también con trajes de riguroso luto, ya que «una señora decente no debía viajar sola». Los jóvenes y Lola figuraban como sobrinos de la «viuda», la ayudaban en todo y casi no le permitían ni hablar.*

*Al despedirse Aquiles de Madero y de su esposa doña Sara, ella le comentó, después de haberlo ayudado: «lleva un per-*

*fecto disfraz», a lo que contestó mi hermano: «Llevo las ropas que serán de mi viuda».*

*Cumplí con mi tarea, la cual era de gran importancia ya que los preparativos de la insurrección estaban bastante avanzados. En efecto, con este dinero pudieron comprar más rifles, parque y explosivos. En nuestra casa, mi madre y las demás se quedaron con lo necesario y distribuyeron todo lo que pudieron tan rápidamente como fue posible.*

*Desde tiempo atrás Natalia y yo habíamos ayudado a comprar los rifles y las pistolas. Los escondíamos en nuestros abrigos y hasta en las canastas del mercado entre jitomates y verduras. Miguel Rosales era quien vendía la pólvora en su ferretería El candado. La policía siempre estaba vigilándonos y teníamos que ingeniarnos para hacer nuevos trucos casi todos los días para que no nos descubrieran.*

*En otros estados la Revolución se estaba preparando también. En Torreón, el director de **La Hoja Suelta**, presidente del Club Antirreeleccionista local, Manuel M. Oviedo, había sido encarcelado y su periódico cerrado para siempre.*

*El gobierno de Yucatán destruyó la **Revista Mérida**, encarceló a su director Menéndez y a otros periodistas, acusados de «sedición». También clausuraron los periódicos **Yucatán Nuevo** y **La Defensa Nacional**, y sus directores fueron acusados de «provocación a la rebelión».*

*Se dice que el clima y la tierra labran el carácter de la gente según donde viva. Los poblanos se encierran a piedra y lodo en sus casas, acaso espían entre los visillos blanquísimos tejidos a gancho. Entre ellos platicaban de las fiestas de la celebración del centenario, de trajes y de amores, de las casas non santas, de Francisco I. Madero y los levantados, de los enemigos de Porfirio Díaz, y se decía que en nuestra casa en los bajos había un arsenal, que en los altos una conjura, que en la azotea hombres*

*misteriosos miraban, medían y señalaban las casas y las iglesias de junto, como si ya las fueran a ocupar.*

*En la noche el silencio era mayor. Un silbato rompió el silencio, el silbato de un azul. Los policías nos miraron sorprendidos a las hermanas Narváez Bautista y a mí, arrastrando una enorme caja de cartón.*

*—Usted perdone, señor policía, pero los zapatos que van en esta caja tenemos que llevárnoslos a Veracruz.*

*Los gendarmes saludaron y se marcharon. Entonces le dijimos las hermanas Narváez y yo a la caja: «Ya pasó el peligro». Llegamos con él hasta un portón donde abrimos la caja, sacamos a Aquiles, le pusimos ropa de mujer y seguimos el camino. Éramos ya cuatro mujeres caminando.*

*Costaba trabajo entender la entrega a la causa del anti-reeleccionismo. Empezamos a descuidar la dulcería y nos hacía falta dinero. Empecé a viajar a Tlaxcala, Cholula y Atlixco, llevando y trayendo recados y armas, recibiendo consignas o dándolas, planeado la guerra inminente. Por la madrugada pegábamos propaganda con engrudo, regresando al alba a la casa con pan y leche para que no sospecharan.*

*Máximo se olvidó de fiestas, tertulias y del amor que merecía en su plenitud, para escribir consignas y proclamas. La pobre Filomena, sin dormir en las noches, esperaba cualquier ruido que le avisara el regreso de Aquiles.*

*Teníamos muchos problemas, llegó un grupo de obreros de una fábrica textil a pedirnos ayuda, pues eran perseguidos. Don Francisco I. Madero me envió la ayuda que se necesitaba, transcribo la carta que me envió:*

FRAUDE

Francisco I. Madero  
1ª del Apartado 7

San Luis Potosí, agosto 24 de 1910

Srita. Carmen Serdán  
Portería de Sta. Clara 4  
Puebla

Muy apreciable Señorita:

Por mi amigo Cosío Rabelo supe que algunos de los obreros perseguidos de esa se encontraban en una situación triste y que ustedes me mandaban suplicar los ayudase en algo.

No les había querido mandar el dinero por correo, pero ahora que se presenta una oportunidad tengo el gusto de mandárselos junto con el presente, que será puesto en sus manos por el Sr. Pedro Morales, la suma de \$25.00. Aprovecho esta oportunidad para repetirme su affmo. Y atto.s.s.

Fco. I. Madero.

## Arresto

*Lola «Fuego»*



Después de la muerte de la maestra Catalina me quedé sola en la casa con una gran responsabilidad. Las hermanas de ella me habían dicho que mientras vendían o rentaban la casa podía quedarme a vivir ahí. Solo me pedían que la mantuviera aseada, que regara sus plantas para que no se marchitaran. Cuando iba a la cama a dormir, después de haber limpiado todo, regado las margaritas, malvones y geranios, sentía que la bodega junto a la cocina me llamaba como si fuera un ser vivo. Era un cuarto amplio en donde ella guardaba sacos de granos, frijol, azúcar, café y jabón. Todo muy ordenado y limpio. Sin embargo, yo sabía que ahí tenía varios rifles, porque ella había entrado muchas veces a guardarlos. Me sorprendió que en la bodega no hubiera armas, pues yo estaba segura que estaban escondidas. Tardé unos días en descubrir el secreto; el piso de la bodega estaba hueco, debajo estaba el arsenal, que se descubría moviendo cuidadosamente los tablones. Ahí había como cien rifles, muchas municiones y una caja de zapatos llena de billetes y monedas de oro.

Le comenté a Valverde mi descubrimiento. Me pidió las armas que fue sacando y llevando a los antirreeleccionistas poco a poco. El dinero me lo quedé yo, sabía perfectamente que pertenecía al movimiento. Pensé que habría un momento para gastarlo. No me equivoqué. Esas monedas me sirvieron más adelante para liberar

## ARRESTO

a muchas personas acusadas de sedición. Fui a ver a Carmen Serdán para comentarle sobre el dinero y me dijo que lo guardara para lo que se ofreciera. Me aconsejó que debía tener mucho cuidado en esos días ya próximos al estallido de la Revolución. El plan era iniciar la lucha el veinte de noviembre, faltaba poco. Me dijo que las mujeres del movimiento eran las más activas ahora porque los hombres estaban más vigilados que ellas. Todas llevaban la pólvora, los cartuchos y las bombas fabricadas adentro de sus canastas. Los confesionarios de la Catedral se convirtieron en depósitos de pólvora. Algunas llevaban propaganda a la Ciudad de México y otras iban para formar grupos femeniles como los de Puebla. Hasta había una que hablaba náhuatl y organizaba a un grupo de indígenas.

Todas tenían mucho cuidado de no ser descubiertas porque la policía andaba siempre husmeando. La casa de los Serdán estaba rodeada de agentes buscando informes. Hasta los hijos de Natalia, la hermana de Carmen, conocían la importancia de saber guardar silencio. Un día Carlos, que tenía ocho años, entró trayendo muchos dulces y diciendo: «No dije nada». Un agente le había comprado los dulces y había hablado largo rato con él, pero no había revelado nada sobre lo que el policía quería saber.

En la casa de Natalia estaba el Plan de San Luis, aplicado a las condiciones de Puebla por Aquiles Serdán, pegado en la parte interior del piano. Yo lo guardaba junto al dinero. Los partidarios lo sabíamos de memoria, y todo estaba casi listo para el levantamiento.

El plan era sencillo. Temprano, al abrir los templos, varios grupos de hombres tomarían posesión de las torres. Otros asaltarían la cárcel para liberar a los presos, y atacarían por sorpresa los Fuertes y los cuarteles. Sería tan rápido el golpe que los rebeldes podrían tomar posesión antes de que las autoridades se dieran cuenta. Otros grupos de trabajadores se les unirían desde Cholula, Tlaxcala, Huejotzingo y San Martín Texmelucan.

Aquiles iría con un grupo a capturar al gobernador Mucio P. Martínez. También levantarían los rieles del ferrocarril en varios

puntos, evitando así que llegara ayuda del gobierno desde la Ciudad de México.

En caso de fracasar no teníamos otro plan. Debíamos obtener el éxito a fuerza. Carmen me lo dijo tan decidida que ya no dudé cuál era mi destino; debía estar más cerca de Valverde y de ella que nunca, ayudando en todo lo que me indicaran.

En los días siguientes serví como mensajera entre Valverde y los maestros que se reunían en la casa y con quienes me encargaba de repasar el plan una y otra vez. A muchos de ellos los enseñé a disparar con los rifles que estaban escondidos, de la manera en que la maestra Catalina me había enseñado en San Antonio. Íbamos cerca del río Atoyac. Desde ahí, lejos de la ciudad, practicábamos con latas. Me convertí en una compañera amorosa para Valverde, quien venía a verme seguido.

A veces, al rayar el alba, iba a ver a Carmen Serdán para explicarle mis avances con los maestros y a enterarme de las novedades. El grupo de maestros que yo encabezaba debía tomar la iglesia de Santiago y el templo de Guadalupe en el Paseo Viejo.

Sin embargo, los planes no se llevaron a cabo porque tres días antes del veinte de noviembre, fecha en que estaba fijado el inicio de la Revolución en todo el país, llegó a los Serdán la noticia de que había otra orden de cateo en la casa de la Portería de Santa Clara.

Carmen me contó después de ese día, ya en la cárcel, que Aquiles pensaba que si la policía llegaba antes, los acontecimientos se adelantarían y sería necesario iniciar la Revolución en Puebla en ese mismo momento. Era importante impedir el cateo, ya que si tal cosa se cumpliera seríamos descubiertos; rifles, pistolas y parque, con lo cual el movimiento revolucionario de Puebla quedaría deshecho antes de comenzar.

Pensando además en la seguridad de la familia, mandaron a Natalia Serdán con sus hijos a casa de Miguel Rosales, compadre de Aquiles, pues era lo más probable que hubiera balazos hasta den-

## ARRESTO

tro de la casa. Natalia hubiera preferido quedarse con los demás, pero aceptó la decisión. En cuanto a Filomena, esposa de Aquiles, no quiso alejarse del lado de su esposo, aunque estaba esperando otro chamaco. Así Natalia se llevaría también a los niños.

Doña Carmen y Carmelita se quedaron en la casa con Aquiles, Máximo y trece de los partidarios más fieles. Natalia ya había pedido a los inquilinos que desalojaran sus departamentos.

Por la tarde, unos mensajeros salieron de la casa para avisar a los grupos de revolucionarios que debían estar listos al día siguiente en vez de esperar hasta el día veinte. El plan no iba a cambiar, pero la fecha sí. Todo el éxito dependía ahora de la llegada de los grupos de trabajadores armados.

Pero el plan falló. Mucho de ello tuvo que ver con la mano poderosa de la iglesia. Días antes, en secreto, los padres, curas y monjas hablaron con las mujeres de los poblanos valientes, advirtiéndoles de todas las maniobras que pensaban realizar sus esposos. Les pidieron que los convencieran de dejar las armas, si no perderían la vida. Ese fue el caso de Valverde, uno de tantos. Me enteré de eso en la cárcel. Paquita, su esposa, hizo traer a la propia madre de Valverde días antes y le contó a la pobre señora, enferma del corazón, todo lo que no sabía de su hijo; que tenía amores conmigo, que yo era una soldadera prostituta que iba y traía armas, que él mismo entraría en el movimiento armado unos días después. La madre de Valverde no se movió de la casa de su hijo, hasta fingió un ataque al corazón, advirtiéndole que si él se metía al movimiento, ella se moriría de la angustia. Por supuesto que Valverde dejó sus intenciones. Sin embargo, no pudo evitar la denuncia que Paquita hizo ante la policía para que catearan la casa de la maestra Catalina y que me apresaran el quince de noviembre por la mañana. Por suerte encontrando tan solo dos rifles en la sala.

Me encerraron en una mazmorra oscura llena de ratas que me mordieron las piernas. Los soldados me torturaron dos días, colgándome con mecates de una viga para que confesara.

Estoy segura que Catalina curaba mis heridas y me daba agua, porque cuando creía morir, me parecía verla como un ángel que venía en mi ayuda. Nunca volví a ver a Valverde. En la cárcel me enteré que Paquita lo había envenenado con la comida, pero no estoy segura, porque ahí se contaban historias todo el tiempo, algunas de ellas eran mentiras. Cuando salí libre, una vez que Madero se hizo presidente, mi vida tomó otra vez un camino inesperado.

En la cárcel pensaba constantemente en Valverde y en sus caricias. A pesar de su cobardía, y de haberme abandonado a mi suerte, tuve muchas horas ociosas para acordarme de su amor y de lo bien que supo tratarme.



# 18 de Noviembre de 1910

*Tere de Velazco*



armen y su mamá, después de que salieron de la cárcel, me contaron detalles del dieciocho de noviembre. Se levantaron temprano los que iban a quedarse en la casa de la Portería de Santa Clara. Durante la noche Miguel Rosales, compadre de Aquiles, había llegado en un coche de caballos y se había llevado a Natalia y a los niños a la casa de los Rosales. Los que quedaron en la casa no durmieron. Pasaron la velada alistando sus armas y, al amanecer, Carmen ayudó a servir tamales y café con leche.

Luego se dispusieron a esperar la llegada de la policía.

Aquiles había bajado a su despacho para escribir una nota, junto con Manuel Velázquez. De repente Manuel se dio cuenta de que el jefe de la policía, Miguel Cabrera, había entrado en el portal con tres ayudantes y venía hacia Aquiles, pistola en mano. Manuel gritó «¡Cabrera!».

Aquiles tomó su rifle Winchester, pero Carmen se le adelantó, disparó decidida, y Cabrera cayó fulminado. Hubo un segundo disparo que mató a Murrieta. Otro de ellos salió corriendo a la calle, y el tercero, el mayor Fregoso, fue tomado prisionero y llevado al interior de la casa. Aquiles ordenó a su madre y a su esposa que

18 DE NOVIEMBRE DE 1910

ataran las manos de Fregoso, en tanto que los cuerpos de los dos policías muertos fueron sacados a la banqueta.

Sabiendo que el policía que había escapado había avisado ya a las autoridades, Aquiles asignó a cada quien sus lugares para proteger la casa; Carmen y él se apostarían para defender la entrada desde los balcones de la planta baja, y doña Carmen y Filomena repararían parque. Máximo subió a proteger la azotea con Manuel Velázquez y varios hombres más.

Como señal para los compatriotas que vendrían a ayudarlos, Fausto Nieto y Manuel Paz y Puente, empezaron a lanzar bombas caseras a la calle.

De pronto Aquiles y Carmen vieron que ocupaban la iglesia de Santa Clara, y también gente que se situaba en el Hotel Barcelona. ¿Serían de los suyos? Esperaban en cualquier momento el arribo de cientos de revolucionarios a quienes Carmen había hecho llegar armas. Pero se desanimaron mucho al ver que no se trataba de ellos, eran soldados los que dominaban las posiciones más altas de la calle. Más de quinientos hombres luchaban contra los idealistas.

Máximo empezó a disparar desde la azotea, defendiéndola como un león. Su posición y la de los otros se hizo muy difícil con la llegada de los soldados a las iglesias. Máximo pidió más parque y fue Carmen quien lo oyó y subió a la azotea con los cartuchos en la falda blanca.

Mientras tanto, seguían llegando más soldados y policías. Los combatientes se pusieron desesperados, y siguieron lanzando bombas como señal, pero los otros no llegaban. En cambio, arribaron cincuenta soldados del batallón de Zaragoza y después unos rurales. Pensando que podría haber algunos de los suyos en la calle sin atreverse a salir, Carmen se asomó al balcón. Llevaba su rifle en la mano y mostrándolo arengó inútilmente a una calle vacía. El cerco policial era impresionante en toda la zona.

Nadie respondió. Este silencio se debía a que casi ninguno de los partidarios había llegado; los soldados tenían todo copado.

Los que habían parado los trenes habían sido los soldados, no los revolucionarios, así, los que tenían que llegar de los pueblos quedaron aislados y los que oían las bombas y trataban de acercarse comprendieron que al hacerlo los llevaría a una muerte segura. Era evidente que el foco insurgente había quedado completamente aislado. Los que estaban sitiados no sabían por qué, pero los pocos sobrevivientes que quedaron se enteraron más tarde de que la proclama de Madero había llegado también a manos del gobierno, y así este tuvo la oportunidad de preparar la encerrona.

Carmen subió otra vez a la azotea, pero no podía acercarse a los otros para darles más cartuchos. La lluvia de balas era intensa, al retirarse sintió un golpe en la espalda. Estaba herida y chorreando sangre. Otra bala le atravesó el alto peinado, pero pudo llegar hasta donde estaba su madre, quien hizo unas vendas con una sábana y la vendó con ellas. Aquiles siguió defendiendo el frente de la casa y Carmen volvió a ayudarlo contando las armas.

La batalla se hizo más fuerte. Había vidrios rotos por todos lados y el espejo de la sala estaba deshecho. Carmen gritó a los de la azotea si necesitaban más parque, pero nadie le contestó, todos estaban muertos, Máximo también.

Al darse cuenta de que los únicos que quedaban vivos eran Aquiles y las mujeres, Carmen decidió esconder a su hermano. Era necesario salvarlo para poder seguir la lucha, pues él era el líder de la Revolución en Puebla. Pero había que actuar con rapidez, pues ya nada tenía a los soldados, que se aprestaban a tirar la puerta para entrar.

Carmen, su madre, Filomena y Aquiles, con mucha prisa, se pusieron de acuerdo y decidieron que este se escondiera en el agujero debajo del suelo del comedor, destinado a ocultar rifles y parque. Aquiles apenas cabía en el escondite, pero al fin todo quedó arreglado y disimulado. Abrieron el portón de la casa y dejaron que los soldados entraran.

Entró el jefe Pita y se encontró con las tres mujeres; la madre de Aquiles, Filomena y Carmen. Pita le dijo: «usted está herida», Car-

18 DE NOVIEMBRE DE 1910

men le contestó : «sí, pero me curo con saliva». «Están detenidas», espetó el jefe.

El mayor Fregoso fue liberado de sus ataduras, no encontraron ni rastro de Aquiles. No pudieron escapar del ataque los adolescentes Rosendo Contreras ni Manuel Paz y Puente.

# Libertad

Lola «Fuego»



Carmen también fue llevada a la cárcel con su madre y su cuñada. Ahí todo estaba asqueroso, era como vivir una pesadilla. Las colocaron en la celda junto a la mía, donde metieron a varias mujeres sospechosas. Sabían que Máximo y los otros estaban muertos, pero no sabían qué había pasado con Aquiles. Fueron horas de mucha angustia para ellas. Me daba mucha pena escuchar a la señora Carmen llorar a gritos por su hijo Máximo y desesperada preguntando una y otra vez si alguien sabía qué había pasado con Aquiles. Todas las mujeres ahí reunidas, con tan poca luz, apenas nos reconocíamos. Pateábamos a las ratas y contábamos una y otra vez los detalles sucedidos en la casa de los Serdán. Lo terrible era la poca comida que nos daban y las condiciones en que nos tenían. A veces lo único que probábamos en el día eran tortillas duras y un plato chico de frijoles, teníamos que hacer nuestras necesidades ahí mismo y los soldados que entraban no paraban de gritarnos insultos.

Carmen se encontraba cubierta de sangre pero estaba tan desesperada que no sentía dolor. Cuando los soldados trataron de llevarla a la sección médica de la prisión se negó. No quería ponerse en manos del enemigo. Carmen, su madre y Filomena trataron de soportar todo.

## LIBERTAD

El diecinueve de noviembre unos policías llevaron a las tres mujeres a declarar. Al pasar por el patio de la cárcel, un policía les dio la orden de volver la vista a la derecha. Carmen contestó la orden escupiéndole al soldado, y otro respondió dándole un culatazo en el rostro. Su madre, agobiada por la pena, no obedeció. Solamente Filomena lo hizo y vio los cadáveres de Aquiles y de Máximo, agujereados y bañados en sangre. Se desmayó.

Después sabrían cómo había muerto Aquiles. El coronel Joaquín Pita había mandado poner soldados como centinelas en todos los cuartos de la casa de la Portería de Santa Clara. En el comedor estaba el sargento Pérez, quien después declaró que, como a medianoche, un leve ruido lo despertó y entonces vio un bulto que se levantaba del suelo. «¿Quién es usted?», preguntó. «Aquiles Serdán, no me mate, no sea vil», tras un breve forcejeo, le disparó y comentó a los testigos: «Ya matamos a este bribón, vengando a nuestro coronel», y gritó «¡Viva Porfirio Díaz!». Todavía se apoderó Pérez del reloj de Aquiles. Allí estaban Porfirio Gómez y Porfirio Pérez, además de Juan Bade. Aquiles fue colocado en una litera y se ordenó su traslado al cuartel policiaco.

Para los sobrevivientes fueron tiempos espantosos. Cuando Carmen le pidió permiso al juez para que le trajeran de su casa un vestido y un misal, el juez tuvo que contestarle que no existía ya ni el ropero. Los soldados que custodiaban la casa la saquearon y quemaron los libros de la biblioteca para calentar las tortillas y el café. En el libro de misa, Carmen había guardado unos billetes de cien pesos. Todo había desaparecido.

Natalia quedó con el problema de enterrar a sus hermanos. Miguel Rosales la ayudó, encargándose de recoger los cadáveres y de conseguir una fosa en el cementerio. Y el doctor Lauro Camarillo, testigo del matrimonio de Aquiles, hizo el reporte oficial sobre su muerte.

Todo era terrible. Con las otras mujeres de la familia en la cárcel y sus hermanos muertos, Natalia se encontraba con muy poco dinero. Su casa había sido destrozada y saqueada, sus joyas habían desaparecido. Miguel Rosales, quien tanto les había ayudado,

también fue llevado a la cárcel. Natalia buscó a alguien que le diera un préstamo por lo que quedaba de su casa como prenda. Por fin lo consiguió, la arregló y compró algunos muebles, también compró vestidos de luto para todas. Tenía que encontrar un abogado que defendiera a las prisioneras, pero ninguno quiso arriesgarse, pues suponía oponerse al gobierno.

Las tres Serdán, junto con las demás prisioneras estuvimos en la cárcel unos seis meses. Carmen no comió nada durante los primeros tres días, pues todo le daba asco. Cuando le era posible, Natalia les traía comida y pronto muchas señoras empezaron a llevarles también de sus propias cocinas.

Un cura iba a rezar con ellas, alegando que no se les permitía ir a la iglesia a orar por las almas de Aquiles y Máximo y de los otros compañeros muertos durante el ataque a su casa. El cura estaba muy impresionado por estas mujeres valientes, sobre todo por Carmen. Le llevó una medalla y un retrato de Santa Juana de Arco, diciendo que Carmen era tan arriesgada como ella.

Filomena estaba desolada; su esposo muerto, sus dos hijos en casa de Natalia, sin poder verlos, y su embarazo estaba, además, muy adelantado. Carmen y Filomena se quejaban de las condiciones espantosas de la cárcel, pero sin resultado.

En marzo las tres mujeres fueron llevadas bajo custodia al Hospital Civil para atender el nacimiento del hijo de Filomena. Tenían miedo de que no pudiera sobrevivir después de haber estado en condiciones tan sucias, pero nació una niña.

Filomena había dicho que la criatura no iba a tener con qué cubrirse, pues toda la ropa que ella había preparado se había perdido con el saqueo de la casa. Pero el cura avisó a las monjas de los conventos y cuando nació Sara Serdán del Valle, tenía esperándola la ropa más fina, toda bordada a mano. Muchas de nosotras en la cárcel le tejimos chambritas a gancho. Natalia sacó a la niña de la cárcel para su bautizo. Su madrina fue la esposa de don Francisco I. Madero, Sara, por lo que le puso ese nombre.

## LIBERTAD

Pudimos salir de la prisión en mayo de 1911, cuando por fin triunfó el maderismo. Carmen me propuso que me fuera con ellas a su casa, pues yo no tenía a dónde ir. Ese mismo día se reunió el Club Carmen Serdán, que habían formado unas amigas de ella mientras las tres mujeres estaban en la cárcel. Hasta habían hecho su propio estandarte, bordado por María Narváez Bautista. Fue en esa ocasión cuando se tomaron una fotografía con Carmen y Filomena, de luto las dos, junto a la señora Sara Pérez de Madero. Doña Sara tenía en sus brazos a la niña Sara Serdán. Alrededor de ellas estaban las hermanas Narváez Bautista, Rosalía Camarillo y otras amigas que habían ayudado.

El alivio que sintieron Carmen, su madre y Filomena fue tan grande como su gusto por estar otra vez reunidas con Natalia y sus hijos, pero no podían olvidar los horrores que habían pasado. Tampoco olvidaban los despojos materiales que habían sufrido, y por ello Filomena no tardó en escribir una denuncia que salió en *La Opinión* de Veracruz el veintidós de mayo. En ella acusaba a las autoridades de los delitos de homicidio, robo y destrucción de propiedad ajena.

Don Francisco I. Madero y doña Sara Pérez de Madero vinieron a Puebla. Aunque Natalia había compuesto la casa un poco, aún quedaban agujeros de bala en las paredes y el gran espejo de la sala estaba destrozado. Muy poco quedaba de la apariencia apacible y armoniosa de la casa de antes.

La salud de Carmen se había quebrantado. La herida de la espalda le molestaba mucho. El doctor Lauro Camarillo la examinó y dijo que había tenido mucha suerte. La bala le había pasado muy cerca de la espina, un poco más y hubiera quedado muerta o paralítica. Los Madero, al abandonar Puebla, partieron al sureste para empezar allí la campaña presidencial. Carmen se fue con ellos.

*Puebla, 20 de diciembre de 1910*

## La Prisión

*Carmen Serdán*

*No he querido escribir nada, a pesar de que Tere me devolvió este querido diario hace ya un tiempo. La había se apodera de mis manos. Cuando Natalia vino a verme estaba demacrada y ojerosa. Me comentó que la pasó muy mal sin nosotros. Habíamos quedado que el diecisiete de noviembre se iría a casa de Miguel Rosales con todos los niños, frente a la iglesia de Santo Domingo. No queríamos exponerlos. Sabíamos que pasaría lo inminente. Los pequeños no debían presenciar esos acontecimientos. Alguien tenía que cuidarlos, Aquiles lo había planeado todo.*

*Natalia se mostró renuente al principio, no quería abandonarnos. Ella también había contribuido a la causa revolucionaria repartiendo armas, elaborando bombas y pegando propaganda por las noches.*

*La víspera no durmió pensando en lo que se acercaba. Amaneció y las campanas sonoras de las iglesias llamaron a la primera misa. Natalia se imaginó que toda la gente a la que le habían repartido armas ya estaría por llegar a la casa de Santa Clara, acudiría ya en ese preciso momento a posesionarse en sus lugares como habían acordado. En esos momentos ya estarían abriendo la cárcel de San Juan de Dios para liberar a los presos, se apoderarían del cuartel del Carmen, del antiguo convento de*

*San Francisco, de los cuarteles de los batallones Zaragoza y San José, y de los Fuertes de Loreto y Guadalupe.*

*Natalia, como nosotros, esperaba que la gente de los pueblos cercanos estuviera entrando a la ciudad para iniciar la Revolución. Eran más de mil los comprometidos y más de trescientos armados. Tomarían desprevenidas a las tropas federales.*

*Mientras todo esto ocurría solamente en la imaginación de mi hermana, ella se distraía atendiendo las necesidades de los pequeños. Aunque preocupada trataba de infundirles seguridad y tranquilidad.*

*El día era claro, con nubes radiantes. Sin embargo, su ánimo era un manojo de nervios y el propio Miguel Rosales apenas si podía hablar, tenía el semblante lívido. Al terminar el último sorbo de café se oyeron los primeros disparos. Un escalofrío recorrió a Natalia. Su corazón latía, sus oídos se aguzaron para escuchar los disparos que de momento rompieron la calma de la ciudad. Se dio cuenta de que faltaba uno de sus hijos. No sabía dónde se había ido. Manuelito se había escapado y al escuchar el primer disparo en lugar de esconderse o huir quería incorporarse a los nuestros.*

*Natalia comenzó a caminar de un lado a otro, como un péndulo que quisiera encontrar alguna salida.*

*—La casa está rodeada por muchos policías y soldados y es imposible acercarse, seguramente su hijo Manuel alcanzó a entrar, y está en peligro —le dijo Miguel cuando regresó.*

*Natalia, conteniendo su angustia, volvió a deambular por la cocina; ¿Qué sucedía? ¿Por qué no atacaban las tropas? ¿Por qué no llegaban los refuerzos? Ansiaba que los acontecimientos estallaran para que rompieran la incertidumbre.*

*Sonó una descarga de algún fusil, después hubieron otras detonaciones. Estallaron las bombas de dinamita, de pólvora, bombas caseras. Las descargas de los fusiles se hicieron más seguidas una tras otra, parecían concentrarse en nuestra casa. Natalia seguía con su recorrido, haciendo un esfuerzo supremo por escuchar. La cabeza le empezó a doler, los oídos le zumbaban. Deseaba escuchar disparos por otros caminos. Pero no. Por momentos sentía los brazos caídos, sin fuerza, desmayados, pensaba en su hijo, en nosotros, solos. Los niños la veían sin entender lo que sucedía, ellos estaban concentrados en sus juegos infantiles. Natalia creyó escuchar tiros por el sur, lejanos, distantes, seguramente ya llegaban los refuerzos. Pero no. Eran las mismas descargas del mismo lado. ¿Pero qué sucedía? Angustia, temor. Solo esperar y caminar sin rumbo. Natalia escuchó disparos en la misma calle. Llegó por enésima vez a la cocina, tomó un vaso con agua porque tenía sed, sentía la boca seca. Siguió caminando. El dolor aumentó. Luego escuchó cómo los clarines de los batallones sonaban con mayor frecuencia, más descargas cerradas, por otro lado disparos aislados. «Están solos», pensaba. Las bombas ya no se escuchaban. Se hacía el silencio por momentos. Pasaron las horas y siguió su camino. Alguien la detuvo. Fue la señorita vecina de Miguel Rosales, quien le llevó a su hijo Manuel.*

—A los primeros disparos me lo mandaron con un recado para que lo detuviera. Exclamó la recién llegada.

—¡Bendito sea Dios! —dijo exaltada Natalia.

*Antes de caer la noche, Natalia ya no tenía ganas de caminar. Quería salir corriendo hacia su casa, pero el cuidado de los niños la detuvo como si fuera cadena. De no estar ellos habría tomado un fusil como nosotros. Miguel Rosales estaba sentado, fumando en la sala, con cara de desolación. Entonces ella gritó, dio un alarido que se le escapó del pecho, se derrumbó y cayó al piso. Imaginaba lo peor.*

## LA PRISIÓN

*Pobre de mi hermana, angustiada por nosotros. Yo estaba tan metida en la refriega que no me acordé de los niños ni de ella. No pensé que la pasaría tan mal.*

## El diario de Carmen

*Tere de Velazco*



os días después de la infausta jornada del dieciocho de noviembre, donde perdieron la vida los hermanos de Carmen Serdán, y ella, su madre y Filomena fueron encarceladas, fui a la casa de la portería de Santa Clara por la mañana acompañada de Rosa.

La calle estaba en silencio como si estuviéramos todos de luto. A nadie se le ocurrió abrir sus comercios. Había una calma tan tensa que se podía cortar con un cuchillo. Todos espiaban desde los visillos de sus ventanas. Por supuesto que había guardia en la entrada y los policías tenían cara de pocos amigos. Estaban enojados y tensos, varios oficiales registraban todo. Pedí hablar con el guardia que estaba al frente y me hicieron esperar en la puerta varios minutos que aproveché para interrogar al de la entrada. Me dijo que no se podía pasar, estaban en busca de armas, planes, dinero, libros, y todo aquello que fuera peligroso y que pusiera en riesgo la seguridad de Puebla. Pensé que si querían encontrar algo verdaderamente riesgoso fueran al castillo de Chapultepec a sacar a Díaz. Por supuesto que no lo dije.

Cuando salió el guardia, le expuse mi preocupación; días antes había prestado a mi *vecina* Carmen Serdán una imagen de la Virgen de la Encarnación en custodia para que le rezaran la novena. Era una costumbre entre los vecinos de la calle; la Virgen iba de

casa en casa y luego, el día de la Virgen nos reuníamos en casa de alguien a celebrar. Carmen no rezaba novenas, bien lo sabía yo, pero la Virgen estaba en un capelo de cristal con un entrepiso de madera oculto donde se podían guardar joyas. Mi padre lo había mandado a hacer precisamente para guardar las coronas de la Virgen que mandaba a hacer cada año. Como era una imagen tan grande y pesada, era muy difícil moverla y el entrepiso era un escondite ideal. Se lo ofrecí a Carmen un mes antes, cuando ya estaba echada de cabeza en el movimiento, ahí podía guardar cartas, documentos; lo más comprometedor.

El guardia encargado dijo que tenía que avisar a sus superiores, que regresara al día siguiente, pero yo consideré que no había tiempo que perder, le di un plazo de una hora. En ese tiempo yo regresaría a llevarme lo que era mío, no sin antes sentenciarlo; se podía meter con las cosas de los hombres, pero no con las de Dios. Yo no estaba reclamando nada que no fuera de mi propiedad, y como sabía que las Serdán estaban en la cárcel, la Virgen corría peligro. En una hora me dio tiempo de ir a la Catedral a buscar a monseñor Pensado. Pasó lo que no imaginé; él mismo, apenado con la situación, me acompañó a la casa llevando a cuatro sacristanes para que cargaran a la Virgen. Les costó tanto moverla que tuvieron que ayudarse con los guardias a los que Monseñor daba órdenes como si fuera el propio Mucio P. Martínez. Cuando pasamos a la casa le eché una mirada como quien no quiere la cosa. Todo era un caos terrible; los libros deshojados, las porcelanas estaban rotas y tiradas por el piso, había manchas de sangre por los pasillos y los vestidos de las mujeres Serdán eran trapeadores. En solo un día aquella casa que había sido tan alegre y soleada se veía de pronto como una trinchera. Me dio una rabia y una tristeza infinitas. Pensé que podía recuperar algo de ropa para mi amiga y su familia, pero todo estaba hecho trizas. Todo se veía manchado, las sillas rotas, parte de los pisos desclavados. Trabajaban arduamente en la destrucción. Incluso la vitrina de la Virgen tenía un cristal roto. El semblante de de Monseñor Pensado denotaba coraje por el trato a la Virgen y regañó a todos los presentes con su autoridad acostumbrada.

Atravesamos la calle con la Virgen de la Encarnación. A Monseñor le ofrecí un aperitivo que rechazó por sus actividades y a mí me regresó el alma al cuerpo cuando tuve a la Virgen en mi sala. Me quedé sola con ella rezando toda la mañana. Aquel día no cocinamos como todos los días. Comeríamos las sobras del día anterior. Era un día triste, oramos por el descanso de las almas de Aquiles y Máximo, cuyos cuerpos fueron ultrajados y estaban detenidos en la comisaría. No quise salir de la casa ni ver a nadie, tenía miedo por lo que acababa de hacer, pues sabía que en el entrepiso había documentos peligrosos. No era momento de abrirlos y ponerme a revisarlos.

Por la tarde me senté a tejer unas carpetas en el corredor que da al patio central cuando vino Rosa con cara de muerto. El gobernador en persona quería hablar conmigo. Por supuesto, lo pasé a la sala y me temblaban las piernas cuando lo vi. Es un hombre astuto y de mirada felina que me miraba como si yo fuera una paloma jugosa. Le pidió a sus hombres que lo esperaran en el cubo de la entrada y accedió a tomarse un té de yerbabuena acompañado con unas tortitas de Santa Clara.

En apariencia venía en son de paz, pero su intención era doble y así me quedó claro desde el principio de la conversación. Me dijo que lamentaba el suceso, le conté de nuevo la mentira de la novela y le dije que se trataba de una imagen muy apreciada, regalo de mi padre, y que no podía permitir que le hicieran daño, que era mi obligación rescatarla de una casa que se encontraba en tan penosa situación.

Mucio masticaba las galletas pero no las tragaba como no se tragaba mis palabras. Y me pidió cortésmente que si tenía otra situación delicada, fuera a verlo directamente a él y no a mi tío.

—Eran cosas de Dios, señor gobernador, por eso acudí a Monseñor, pero tiene usted razón, a partir de ahora lo consultaré primero a usted —le dije.

Aprovechó para auscultar a la Virgen y pidió que le abriera la vitrina, mostrándose irritado por el daño que habían ocasionado los guardias. Me hizo varias preguntas en relación a mi amistad con los Serdán. Le dije que además de mis amistades, éramos vecinos de muchos años. Me preguntó, viéndome fijamente a los ojos, qué opinaba de lo acontecido un día antes. No tuve que mentir, yo era una persona dedicada a mis hijas, a Dios, a la dulcería. Me parecía lamentable lo ocurrido, sobre todo la muerte de los hermanos Serdán. Le rogaba a Dios por sus almas. Me dijo que esos dos bandidos no merecían el perdón, que eran unos sediciosos. No sé de dónde saqué el valor, pero le dije que para mí habían sido unas buenas personas, amables, siempre fueron correctos conmigo. Se puso furioso, acostumbrado a que nadie lo contradijera. Pateó en el piso, diciendo que la familia la componían por una bola de traidores, locos, subversivos y no sé cuánto más.

—No se preocupe, señor gobernador —le dije con una gran ironía, que en su berrinche no captó—, con los hermanos muertos y las mujeres encarceladas ya no hay de qué preocuparse. Volvió a la normalidad con las palabras que esperaba escuchar de una mujer como yo. Por un momento pensé obsequiarle unas cajas de dulces para su esposa, detalle que habría sido lo menos que me tocaba hacer por tener el honor de una visita así en mi casa. Pero no me dio la gana, quise que se fuera como había venido; con las manos vacías.

Me quedé trabada del coraje e impotencia, llorando a mares por lo sucedido. Ante la Virgen podía derrumbarme. Antes de dormir, cuando me puse el camisón, abrí el entrepiso a hurtadillas. Había un atado con listones de cartas, varias de ellas al señor Madero y a Sara de Madero; misivas enviadas por Aquiles en el exilio. Leí varias, pero en especial me impresionó una de Aquiles que decía:

*Ciudadanos:*

*Teniendo en cuenta que en la lucha pacífica y democrática me elegisteis para jefe, el C. Francisco I. Madero, Presidente Provisional de la República Mexicana, me ha hecho el honor de nombrarme Jefe de la Revolución en este*

*Estado y con tal carácter me dirijo a vosotros.*

*Hemos agotado todos los recursos que la Ley y el Patriotismo nos indicaban para salvar nuestras instituciones y aún la Patria; no tenemos más recurso que arrebatar por la fuerza al General Díaz el odioso poder de que con astucia y mala fe se ha apoderado.*

*Tened en cuenta que la dictadura del General Díaz nos ha llenado de lodo ante las naciones civilizadas porque por sufrirla se tilda de cobarde al pueblo mexicano, sin comprender que no fue cobarde sino porque era lo que indicaba la razón y el patriotismo. Ahora bien, para probar esto último tomemos las armas, ciudadanos, y con ello también probaremos que no hemos degenerado. Imitemos a nuestros padres, para dejar un ejemplo y un estímulo a nuestros hijos.*

*Probemos que todavía hay hombres en México.*

*En la lucha democrática os he visto luchar como héroes esforzados; hoy ese esfuerzo lo necesito, pero con las armas en la mano.*

*El día veinte, de las seis de la tarde en adelante, estallará la Revolución en este Estado y en toda la República. Nuestro candidato Francisco I. Madero entrará al frente de un grupo de patriotas por la frontera, tened la seguridad que a esa hora estaré entre vosotros para demostrar que aunque no pertenezco al gremio militar, sí sabré luchar por la República y sabré poner en práctica el ejemplo de los héroes que nos legaron independencia y libertad, y como ellos, sabré luchar con valor sin que me arredren las balas de los enemigos del pueblo o, por lo menos, sabré encontrar una muerte gloriosa al lado vuestro, defendiendo la democracia.*

*Por último, os suplico por el honor del partido respetéis la propiedad y la vida de todo elemento pacífico y con especialidad de los extranjeros.*

Especialmente esta carta dirigida al pueblo con tanta pasión me emocionó hasta las lágrimas. Ya no estaba más Aquiles para realizar todos sus planes. Además de cartas, había consignas firmadas por Marcos Serrato. Encontré también su diario, donde firmaba como Carmen, sin seudónimo, durante los meses previos a la rebelión y a la matanza en su casa. Nunca he sido curiosa, pero no pude dejar de leer todo aquello, quizá para entender con certeza por qué estaban las cosas en ese estado. Leí una proclama llena de pasión y ardor que Carmen escribió al ejército mexicano:

*Soldados:*

*Vosotros al ser llamados a formar esas comunas del ejército es para que defendáis a la Patria del enemigo extranjero, así como a vuestros hermanos que son los que forman el Pueblo Mexicano. ¡No os sigáis manchando las manos de sangre de nuestros propios hermanos! Cuya sangre caerá como maldición sobre nuestros hijos. Uds. no tienen derecho ni obligación por un hombre y más cuando ese solo llene su capricho y no los deseos del bienestar de la Nación. Uds. mismos de parte de él, no tienen ninguna consideración.*

*Este hombre es Porfirio Díaz, el usurpador de las elecciones, de la justicia y de la libertad del Pueblo Mexicano ¡Libertad Santa y bendita! Que nos legó el inmortal cura Hidalgo. ¡No os sentís impresionados al recordar a ese venerable anciano soldado! Vergüenza es ver qué queréis coronar vuestra frente con laureles teñidos de sangre de vuestros hermanos, esto ¡qué indica! Que no sois patriotas ni mexicanos, ni mucho menos descendientes del gran Cuauhtémoc.*

*Yo coronaría vuestras frentes con laureles de gloria y del valor y os llamaría héroes si a vuestra Patria la defenderéis del enemigo extranjero pero valientes con vuestros propios hermanos. No, eso es de cobardes, recordad que los soldados de la época de la Reforma a la sola voz del inmortal Guillermo Prieto bajaron sus armas y no hicie-*

*ron fuego en contra de sus hermanos, porque los soldados verdaderamente valientes ¡no asesinan! Así que unámonos todos y con todas las energías recobradas por el amor a nuestra Patria. ¡Gritemos viva la libertad! ¡Viva el gran Francisco I. Madero! Que es quien nos la está devolviendo. Todos si os consideráis verdaderos patriotas mexicanos y así ya no correrá sangre.*

*Marcos Serrato*

Por último abrí con mucho cuidado el diario de Carmen Serdán, que empezaba así: «El recibimiento fue apoteótico. Era el catorce de mayo, al filo de las siete y media de la noche llegó a nuestra ciudad el señor Madero. Una comisión de diferentes clubes anti-reeleccionistas se adelantó, esperando en la estación de Apizaco en el vecino estado de Tlaxcala...».

Lo leí de un tirón, tan claras y ardientes me parecieron sus ideas.



# La Bola

*Lola «Fuego»*



armen y los demás sobrevivientes de la familia Serdán pasaron grandes dificultades durante los años de la Revolución, como todos los mexicanos.

Parecía que todo iba a estar bien, porque se había vencido al dictador Díaz y elegido a Madero. Este empezó a hacer todo lo posible para pacificar al país. Pidió el licenciamiento de las tropas del general Zapata, trató de llevar a cabo las reformas sociales y agrarias que había prometido.

En 1912, dos años después de la muerte de Aquiles Serdán, colocó la primera piedra de un monumento a su memoria. Carmen y Filomena ocupaban lugares destacados en la plataforma de honor. Cuando llegó el presidente Madero, acompañado del vicepresidente y de algunos ministros —antes que a los gobernadores y a otros funcionarios—, fue primero a saludar a la hermana y a la viuda de Aquiles Serdán y luego fue a ocupar el lugar que le tenían reservado. Después de los discursos se enterraron debajo del bloque de piedra, que era la primera del monumento, varios artefactos de ese tiempo; monedas, periódicos del día, copias de discursos, un acta firmada por las personas que habían estado en la plataforma de honor. Estas ceremonias eran muy dolorosas tanto para Carmen como para su madre y para Filomena, pues les traían al presente la muerte de Aquiles y Máximo, pero a pesar de ello siempre asistían.

## LA BOLA

Las pobres Serdán no habían podido arreglar bien la casa de la Portería de Santa Clara, pues no tenían dinero. El presidente Madero pidió a Natalia que hiciera una solicitud al gobierno para que la indemnizara, pero no tuvo tiempo de ayudarlas, pues fue asesinado. En febrero de 1913 sucedió lo que se llamaría la Decena Trágica; fue la traición de Huerta, quien mandó a matar al presidente y al vicepresidente y se declaró presidente a sí mismo. Y otra vez empezó la lucha, ahora para sacar a Victoriano Huerta del poder.

La Decena Trágica cambió mi vida.

Una comadre que había quedado viuda y que volví a ver en la cárcel me dijo que ya mejor nos fuéramos a la bola. Llegamos a ponernos a las órdenes de Salgado y Heliodoro Castillo, y me junté con los zapatistas. Ahí me encontré con Amelia Robles, valiente revolucionaria como ninguna. La conocí en octubre de 1913, juntas nos fuimos a fortalecer la ofensiva zapatista. Anduvimos todo el sur del país. Durante la participación de doña Amelia en las filas de Salgado fue ascendida a Mayor, cuando logró arrebatar su caballo al coronel Zenón Carreto, en un combate en Mazatlán, delante de Chilpancingo.

Después nos pasamos al grupo de la Mayor Amelia con Heliodoro Castillo. Fue cuando busqué a Carmen y muchas veces la vi, nunca dejamos de vernos, yo siempre iba a buscarla, en Puebla o en México. Me contó lo que pasó después que me fui a la bola.

Un año después de la muerte de Madero, en febrero de 1914, Carmen, Natalia, su madre y Filomena organizaron una misa en la capilla de la Virgen de Guadalupe por el descanso de las almas de Madero y Pino Suárez, y otra por los mártires de Santa Clara.

Ese mismo año llegó a Puebla, como gobernador provisional, el general Francisco Coss. Era un gran amigo de la familia Serdán. También en ese mismo año, cuando en tiempos normales habrían empezado las posadas, entraron las fuerzas zapatistas a Puebla. Entre ellos iba yo, y vi a Carmen antes de que se fuera a Xalapa. Hubo pánico entre la gente porque habían oído cuentos horribles

del que llamaban Atila del Sur. Los Serdán decidieron abandonar la ciudad, pidieron ayuda al general Coss, quien los envió a Xalapa en un tren, junto con sus partidarios.

Antes de salir Natalia decidió dejar la casa abierta. Si iban a entrar los soldados, mejor que no tuvieran que romper puertas y muebles. Dejó las llaves en las cerraduras y entregó la casa a Paula, la portera.

Cuando regresaron Paula les contó que sí habían venido los zapatistas a la casa. Habían llegado en grupos chicos y habían pedido permiso para visitarla. Todos sabían de la actuación heroica de la familia Serdán a principios de la Revolución. Por eso recorrían respetuosamente la casa, observando los agujeros hechos por las balas, el espejo roto y el lugar donde había muerto Aquiles Serdán. Fueron muchos, pero no tocaron nada. Al salir, varios le dieron unos centavos a Paula. Los zapatistas hacían que la casa de la Portería de Santa Clara número 4 pareciera el símbolo de la Revolución.

A su regreso de Xalapa Carmen organizó un grupo de enfermeras voluntarias para el Ejército de Oriente. Auxiliaban a los soldados y trabajaban en los hospitales de urgencia.

Las comunicaciones entre México y Morelos estaban interrumpidas y el general Carranza quería mandar un recado al general Zapata pidiéndole que unificara sus tropas. El general Carranza solicitó la ayuda de Carmen para llevarlo, pues los zapatistas habían mostrado tanto respeto por la familia Serdán que tenía la seguridad de que la dejarían pasar sus líneas.

Carmen fue a esta misión con su amiga Guadalupe Narváez Bautista y con un guía. Tenían que ir por el Ajusco a pie, y era un camino demasiado difícil para la señorita Narváez, quien se tuvo que regresar. Por su parte, Carmen no estaba dispuesta a dejarse vencer, aunque a veces no sabía cómo podría seguir. Había mucho lodo, piedras sueltas y rocas grandes que pasar, y los cactus desgarraban su larga falda. Cuando ella y el guía llegaron a un lado de Cuernavaca los detuvo la primera guardia zapatista para identificarse. Pero cuando los soldados se enteraban que ella era Car-

men Serdán y que llevaba una carta para el general Emiliano Zapata, los dejaban pasar y los trataban con mucho respeto.

Cuando por fin llegaron al campamento del general Zapata y Carmen pudo entregar la carta al general en propia mano ya era demasiado tarde para la unificación que pedía el general Carranza; tropas carrancistas habían atacado a las zapatistas y estaban peleando entre ellas otra vez. De todos modos, Carmen había cumplido su misión.

Carmen conoció así a Zapata y también a su hermano, el también general Eufemio Zapata. Los dos la trataron muy bien y la presentaron a los oficiales que estaban allí, entre ellos el licenciado Soto y Gama. Allí pasó algunos días, hasta que arreglaron su regreso a México. Por fin Carmen volvió con su familia, pero estaba muy cansada y desanimada porque no había podido hacer llegar la carta a tiempo. Sin embargo, la solución de este problema estaba fuera de su alcance, pues las desavenencias tenían su origen en los diferentes conceptos que uno y otro bando tenían de la Revolución.

Por eso, al triunfo de don Venustiano Carranza siguieron todavía peleando algunos grupos zapatistas, que se sentían defraudados porque no se había hecho el reparto de tierras como ellos querían.

Carmen siguió con su labor revolucionaria hasta el triunfo del general Carranza y la derrota del odiado Victoriano Huerta. Además de su trabajo con las enfermeras voluntarias, colaboraba en un periódico en el que escribía con el seudónimo de Marcos Serrato. Desde los días en que estaban haciendo los preparativos para el levantamiento contra la dictadura de Díaz todos habían escogido seudónimos para mandar recados secretos. Aquiles firmaba como Ernesto, Carmen como Marcos Serrato, Guadalupe Narváez Bautista lo hacía como María Gómez, Rosa Narváez era Rosa Nervo.

En noviembre de 1914 llegó a Puebla don Venustiano Carranza, primer jefe del Ejército Constitucionalista. En su honor hubo un acto público al que asistieron como invitadas Carmen Serdán y

las hermanas Narváez Bautista. Puede vérselas en las fotografías oficiales acompañándolo.

Con el tiempo las Serdán cambiaron su residencia a la Ciudad de México. Primero lo hizo Filomena con sus tres hijos, después la siguió Natalia con sus cinco hijos, pues había conseguido un trabajo en la oficina de Correos de Tacubaya. Más tarde Carmen consiguió el trabajo de cuidar el Museo de la Escuela Nacional para Maestras, y entonces ella, acompañada de su madre, también dejó Puebla para vivir en la capital.

La vida de los capitalinos empezaba a normalizarse, y dentro de ella la de las familias Serdán y Sevilla. Tenían que hacer muchas economías pero ya no era tan difícil conseguir lo más necesario. Los hijos de Natalia y de Filomena asistían todos a escuelas públicas con el deseo de educarse como profesionistas. La Revolución había traído la posibilidad de la educación gratuita para todos los mexicanos.

Aunque Carmen ya no era joven, seguía siendo una mujer atractiva, era delgada y no había perdido la belleza por la cual era famosa antes de que todo empezara. Todavía tenía admiradores que frecuentaban la casa. Pero el casamiento era una posibilidad que ella no parecía tener en cuenta. Su vida era ahora sencilla; trabajo, visitas a la familia y a los amigos, y algunas raras apariciones en público o entrevistas con reporteros. Le gustaba estar con sus sobrinos, y a veces los llevaba al Bosque de Chapultepec o al cine. Sobre todo disfrutaba de recibir a los hijos de Aquiles y Filomena, que eran los más chicos. Todos tenían mucho cariño a su tía Meli, como le decían.

En 1918 hubo una epidemia de gripe a la que se llamó influenza española, tanto en México como en muchos otros países. Fue terrible, causó la muerte de muchas personas, entre ellas la de Filomena del Valle, viuda de Serdán.

El día antes de su muerte Filomena tuvo el presentimiento de que no iba a sobrevivir a la enfermedad. Sara, la menor entre sus hijos,

le pidió permiso para ir a casa de su tía Meli, y Filomena le contestó: «Ahora no es posible que vayas con tu tía, porque no hay quien te lleve, y además tu tía está muy ocupada. Pero no te preocupes, porque te vas a quedar toda la vida con ella». Al día siguiente le dijo a la nana: «Mire, Amalia, lleve a los niños con Carmen, y le dice que por favor no los deje venir hasta que yo vaya por ellos».

A Carmen le extrañó el recado. Filomena sabía que ella era muy cuidadosa. Nunca dejaba ir a los niños hasta que la nana fuera por ellos. De todas maneras, la tía llevó a sus sobrinos a ver una película de episodios. Cuando estaban en el cine le llegó a Carmen el recado de que su cuñada había muerto. Sin decirles la razón, sacó a los niños del cine y los llevó a su casa, luego se fue sola a la casa de Filomena. Estaba muy impresionada, le parecía imposible que su cuñada hubiera muerto. Había sobrevivido a la balacera de la Casa de Santa Clara y a los horrores de la prisión. ¿Cómo podía morir ahora, sin cumplir ni treinta años y con tres hijos todavía chicos?

Después de la muerte de Filomena, los niños fueron a vivir a casa de Natalia, pero no cabían todos. Carmen decidió entonces comprar un terreno pequeño y mandó construir una casa. No era muy grande ni tenía jardín, pero en ella se encontraban más a gusto. Era el número ochenta y ocho de la Calzada de Tacubaya. Ahí, como había imaginado Filomena, Carmen sería una madre para sus tres sobrinos. No podía hacer menos, pues les tenía mucho cariño. Además, era una mujer calmada, cariñosa y firme. Con su propia madre los niños hacían berrinches cuando no conseguían hacer lo que querían. Carmen nunca cedía, y así aprendieron lo que es disciplina, sin gritos ni golpes.

Los niños fueron creciendo así, fortaleciendo su carácter y definiendo su personalidad. Sara se interesaba en todo lo que era de la casa, hasta tomó clases de cocina cuando tuvo la edad para encargarse de esos menesteres. También aprendió a coser, y ayudaba mucho a su tía, aunque no dejó de estudiar por ello. Uno de los placeres más grandes que Carmen Serdán tenía a los cincuenta años era ver cómo se estaban formando sus sobrinos. El joven Aquiles se parecía a su padre, el hermano predilecto de Carmen.

Como su padre, tenía una gran fuerza física. Era apacible y nunca buscaba pelea, pero una vez que lo atacaron seis muchachos los venció a todos, quedando prácticamente ileso.

También se hizo famoso por su memoria. Contaba que cuando el profesor escribía muchos asuntos en el pizarrón y los borraba rápido Aquiles se acordaba de todo, aunque no hubiera alcanzado a copiarlo. Decidió estudiar ingeniería e hizo una carrera brillante en este campo. Poco después se casó con Isabel Álvarez, una bella y talentosa muchacha.

Héctor, unos años menor, era también muy inteligente y muy estudioso. Cuando salió de preparatoria decidió estudiar leyes. Y así hizo su carrera de abogado, ganó dinero y se casó con una mujer guapa y rica llamada Susana Rueda. Cuando nacieron los hijos de sus sobrinos, Carmen se convirtió en una verdadera abuela para los nietos de su llorado hermano.

Al llegar Sara a la edad suficiente para estudiar una carrera, escogió la de maestra, y estudió en la misma Escuela Normal para Maestras donde su tía Carmen trabajaba cuidando el museo. No se casó, porque tenía una enfermedad en las piernas, y además sufría de asma. Toda la familia pensaba que era porque había nacido en la cárcel, cuando su madre estaba tan desolada por la muerte de su esposo.

En 1948 Carmen Serdán Alatraste murió rodeada de sus sobrinos. Tenía setenta y cuatro años.

Gracias al ejemplo de la maestra Catalina Urquidi, cuando acabó la Revolución, encontré mi vocación y me metí a estudiar a la Normal de Maestros. Me gradué con honores a los pocos años. He dedicado el resto de mi vida a enseñar como lo hizo Catalina conmigo. Fui muchos años maestra de grupo y luego ascendí a directora de la primaria Héroes de la Revolución, donde sigo trabajando.

Tuve muchos hombres en la bola, se me moría uno y tomaba otro, tantos que hasta perdí la cuenta. Todos fueron buenos con-

## LA BOLA

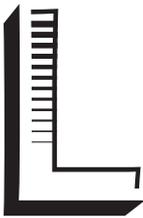
migo y me quisieron a su modo. Al final me quedé sola en una pequeña casita caleada, como la de Catalina. Si lo pienso con detenimiento me doy cuenta de muchas certezas en mi vida, una de ellas es que he seguido el ejemplo de las mujeres que conocí en los años de la Revolución.

No tuve madre, pero sí muchas amigas. Estoy segura que Catalina ve con buenos ojos lo que he hecho de mi vida. Gracias a ella ya no me sentí huérfana nunca más. En un altarcito improvisado tengo su foto y la de Carmelita Serdán.

Por supuesto, la clase que más me gusta impartir es la de Historia de México.

# Despedida

## *Milagros Cóbix*



a Revolución empezó como una piedra que se des-  
peña desde lo alto de una montaña, arrastrando a  
su paso animales, gente y esperanzas. Nada la detu-  
vo, como una tromba que rompe cada techo y cada  
siembra.

Puebla se volvió un cuartel donde se derramó mucha  
sangre. La maldad y el rencor se metieron en los cubos de las casas,  
en los atrios de las iglesias, en los confesionarios, en las plazas y fa-  
rolas de gas. Todo empezó en la casa de los Serdán el dieciocho de  
noviembre, ahí empezó la destrucción, la balacera, el tiroteo. Los  
hombres y mujeres estaban dispuestos a sacrificar su alma por un  
cambio. La policía estaba dispuesta a demostrarles quién tenía  
razón. La casa de la calle de la Portería de Santa Clara se volvió un  
cuartel. La gente veía desde sus casas, escondida tras los balcones.  
El mercado se volvió una tumba, todos dentro de sus puestos, la po-  
licía se metió también en el mercado, cuidando las puertas. No nos  
dejaron salir. Hasta allá se oían los gritos, lamentos y rezos de las  
mujeres. Todos conocen la historia de Carmen animando a la gente  
a que tomara las armas. Sus gritos eran como un trueno que  
rompía el viento. Nadie contestaba, solo se oía el zumbido de las ba-  
las como avispas. Me hubiera gustado correr hacia ella —como en  
tantas ocasiones—, ayudarla, curarle las heridas de la bala que le  
penetró el hombro, pero no pude, el miedo no nos dejó. Atravesar  
la calle hubiera sido igual a entregarme a los rurales.

## DESPEDIDA

Yo estaba con Carmen y con los del club, entendía ese coraje que les hacía nudo los intestinos. Su causa me parecía buena como el vuelo de los pájaros. La lucha no sería en vano, todo cambiaría, las cabezas de los injustos irían cayendo una a una.

Puebla se levantó al día siguiente con terror de lo que venía. En apariencia el mercado volvió a ser el mismo, pero todos teníamos miedo de los interrogatorios, de que nos llevaran a la cárcel. A muchos nos preguntaban cosas, a otros los encarcelaron. La policía era como un perro con rabia dispuesto al desquite. Muchos dejaron de vender por un tiempo. Tuve mucha suerte pues mi fama era como una cubierta de armadillo para ellos. Preferían tenerme de amiga para que los curara en caso de que lo necesitaran que llevarme. Intenté ver a Carmen y a su madre en la cárcel, pero no me dejaron entrar. Me sentí triste por no poder ayudarla.

A los pocos días del dieciocho de noviembre fui a ver a Teresita de Velazco a su casa. La encontré empacando sus cosas. Me dijo que se iría a Oaxaca a casarse con un hombre bueno. Era como un premio a todo lo que le había pasado. En la sala de su casa había un maniquí con el vestido de novia que él le había mandado por tren. Su corazón estaba triste por el viaje y también contento por irse. No quería dejar a su amiga. Había hecho todo lo posible por sacarla de la cárcel, pero no lo había logrado. Casándose con aquel hombre poderoso creía que podía ayudarla un poco más. Estaba cansada de que la policía viniera a interrogarla todos los días y tenía miedo por su vida y la de sus hijas. En Oaxaca hallaría la protección y el consuelo que necesitaba.

Le dije que no tuviera miedo, ese camino era bueno para ella. Se abrían nuevas oportunidades y días soleados. Hay veces en la vida que debemos cambiar el rumbo. No debía temer, su tiempo nuevo había empezado. Me pidió una dotación de mis remedios, pomadas para las quemaduras, para la urticaria y polvos para el dolor de muelas. Se lo tuve listo para el día siguiente. Se casaría en Santo Domingo en un mes, tenía que adelantarse para arreglar su nuevo hogar. En el último minuto me invitó a su boda.

Dejó La Azucena y su casa cerradas con candados de hierro, como si tuviera miedo que un soplo de mala suerte se escapara por las rendijas. Le prometí que estaría en su boda. Y que antes le haría una limpia con ruda para mantener el amor a través del tiempo.

Un día de tantos que fui a la cárcel me dejaron ver a Carmen por fin. Fui a llevarle un molito verde y unos tlacoyos de frijol. Sentí cómo la tristeza se había apoderado de las líneas de su cara, volviéndolas duras como de piedra. Al mismo tiempo su fortaleza creció pues se sabía —como nunca— el sostén de su madre. Me agradeció el amuleto que, según ella, le había salvado la vida. Creía que su deber en esos momentos era vivir para estar con su familia; su hermana, su cuñada, su madre y sus sobrinos. A pesar de tanto dolor, en la cárcel las otras presas se volvieron sus amigas. Me pidió que no abandonara a Tere. Hasta en la cárcel se preocupaba por su amiga. Le conté sus planes de boda y me pidió que estuviera con ella en su casorio.

Fue la última vez que vi a Carmen, a doña Carmen, a Filomena y a Lola «Fuego», pues la Revolución nos dividió, puso tierra de por medio como si un nudo de montañas nos hubieran arrojado a unas de un lado y a otras de otro. Entendí que mi historia en Puebla había terminado. Fui a recoger lo que quedaba de mi puesto en el mercado y lo puse en huacales, mis santas yerbas y los molcajetes. Algo me decía que tenía que cambiar de lugar, que mi trabajo era curar a otros. Me subí al tren y me fui a la boda de Tere, su corazón de oro perdió todo su brillo y en la noche de bodas se le cayó del cuello. Tuve la gracia de platicar con Santo Domingo y luego con la Señora de la Soledad, su manto es el más poderoso que he conocido. Luego mis pies recorrieron cada camino ensangrentado, curé muchas heridas. Vi miles de ojos suplicando ayuda, no sé de donde saqué la fuerza para curar a tantos sin descanso. Sé que mi leyenda se extendió por todo el territorio, hay quien me nombra la «santa de los caminos». Yo no soy santa, solo yerbera. Vivo cada día como si fuera el último. Si cierro los ojos veo a mi muerte en frente de mí. No es una mujer, sino una sombra.



*Puebla, 10 de enero de 1911*

# La Revolución en Marcha

*Carmen Serdán*

*Antes de empezar mi rutinario escrito, quiero transcribir lo que leí. Es un artículo de El Constitucional, que decía:*

LA REVOLUCIÓN FUE SOFOCADA  
AYER EN PUEBLA  
AQUILES SERDÁN MUERTO

La revolución que algunos ilusos querían hacer quedó sofocada de una manera total gracias a la energía del Gobierno para poner a salvo tanto el honor como los intereses nacionales, amenazados con la bancarrota.

La policía que descubrió en esta el movimiento, se presentó a la casa de Aquiles Serdán con el objeto de confiscar las armas de los revolucionarios.

El Coronel Cabrera (q. e. p. d.) fue con el Mayor Fregoso el primero entrar a la casa terrible. Dos balas le dieron muerte. ¿Quién lo asesinó así? Nadie lo sabe. Es un misterio. El mayor fue sujetado con cuerdas y arrojado a un cuarto de baño. Y se inició el tiroteo. La policía sitió con el Zaragoza y el 1, la manzana y tomó las alturas después de una larga resistencia. Entonces arreció el pequeño rudo combate, que se prolongó con

intermitencias hasta las dos de la tarde, pues se tomó por asalto la casa de Aquiles, de donde sacaron a los muertos antirreeleccionistas y al Coronel Cabrera.

El mayor Fregoso fue desatado y conducido a su casa.

Aquiles dirigía el combate y a la hora en que se logró entrar a su casa había desaparecido...

Hubo diecinueve heridos y veintiún muertos en la cruel refriega.

El comercio quedó suspendido desde las primeras horas de la mañana y la alarma era general.

Piquetes del primer regimiento anduvieron patrullando la ciudad.

No hay para qué decir que el pueblo se mostró en parte neutral y en parte, la mayor, con deseos de que todo acabara allí.

La casa de Aquiles quedó vigilada por la policía y a las dos de la mañana un oficial y dos gendarmes que se encontraban en un cuarto sospechoso oyeron un ruido. A poco se levantó una lápida y salió un hombre diciendo: «No me maten, soy Aquiles Serdán».

El oficial Pérez lo sujetó. Acudieron varios gendarmes que no podían hacer fuego por temor de herir a Pérez. Pero el 36 apuntó y le dió en un pómulo, el izquierdo, un certero balazo. Aquiles al caer recibió otro balazo, en el cuello. ¡Este, este era el alma de los revoltosos!

A estas horas hay algunos incomunicados.

*Entre esos incomunicados estábamos nosotras, las mujeres que luchamos por la libertad y la democracia.*

*El día 17 de noviembre supimos que el jefe de la policía de Puebla, Miguel Cabrera, se presentaría a catear nuestra casa, pues ya sabía que estaba Aquiles ahí, de regreso de los Estados Unidos. Estaba informado también de que teníamos armas. Por tal motivo, los planes forjados para el 20 fracasaron. Desde la noche del 17 Aquiles distribuyó a sus amigos en los altos de la casa, estuvimos en vela esperando a Cabrera y a los suyos sin que se presentaran.*

*Esa misma noche Aquiles envió un recado a los ferrocarrileros y a los fabricantes, en el que les decía que se mantendrían dos horas en la casa y que desarrollaran los planes acordados, pero parece que no recibieron el aviso y a ello se debió que no se hubiesen levantado en armas.*

*Los que se hallaban en la casa y combatieron el día 18, fueron, sin contar a dos niños de doce y catorce años, Rosendo Contreras, Manuel Paz y Puente y los adultos Vicente Reyes, Clotilde Torres, Manuel Méndez, Miguel Patiño, Fausto Nieto, Manuel Velásquez, Juan Sánchez, Carlos Corona, Andrés Cano, Miguel Cruz, Francisco Sánchez, Epigmenio Martínez, los señores Pérez y Teyssier, y mis dos hermanos, Máximo y Aquiles.*

*A las siete y media de la mañana del 18 tocaron el zaguán, y Aquiles, que se encontraba en el piso bajo, dijo a Manuel el portero: «abre que toca la policía».*

*Manuel abrió. Cabrera se precipitó patio adentro al frente de sus policías. Llevaba su pistola en la mano, pero se detuvo sorprendido cuando vio a Aquiles que empuñaba una carabina. Sin cruzar palabra, Cabrera le hizo un disparo que no le alcanzó y que yo le disparé sin miedo alguno, pues mi hermano era zurdo. Y nadie iba a auxiliarnos, en esos momentos ya vendrían en camino.*

*Al ver caer a su jefe, unos policías corrieron hacia el interior de la casa y otros ganaron la calle. Aquiles le disparó*

*a Murrieta, cayó muerto. El mayor Fragoso, que era el segundo de Cabrera, fue de los que se quedaron, ya subía la escalera en seguimiento de Aquiles cuando le apunté con mi carabina.*

—No tire —dijo.

—Pues deme su pistola —le respondí sin dejar de apuntar.

*Entonces bajó los pocos peldaños que había subido y le entregó su arma a Manuel Velásquez, dándose por preso.*

*Cabrera quedó tirado en mitad del patio con los brazos abiertos y los ojos espantosamente fuera de sus órbitas. Entretanto los policías corrían a dar cuenta de lo ocurrido a su jefe. Los policías Aguirre y López escaparon. Los cadáveres de Cabrera y Murrieta los colocamos en la banqueta.*

*Aquiles y Máximo, entendiendo que iba a comenzar la parte más sangrienta del drama que vivíamos, tomaron sus disposiciones finales, parapetando a sus 16 amigos en los altos de la casa, cubriéndose con las cornisas de las azoteas. Y a las ocho en punto de aquella mañana la ciudad se conmocionó con los primeros disparos sin que el número abrumador de los hombres del gobierno, que en su momento rodearon el lugar donde nos hallábamos, causara miedo en nuestro ánimo.*

*Aquiles y yo estuvimos combatiendo como media hora en la azotea, pero bajamos a las ventanas de la casa para defender el frente de ésta. El combate se generalizó a las ocho y media, hora en que se me ocurrió hablar al pueblo, al que grité cuanto pude enseñándoles mi carabina. Si no recuerdo mal, dije así: «¡Vengan, por ustedes lo hacemos! La libertad vale más que la vida. ¡Viva la no reelección!» La calle estaba desierta, nadie llegó.*

*Los rurales se posesionaron del templo de San Cristóbal y su fuego nos hizo mucho daño. El Batallón Zaragoza nos batió desde lo alto del Hotel Barcelona y el primer Cuadro de Caballería escaló los muros del orfanatorio que queda a la retaguardia de la casa de la calle de Santa Clara, donde combatíamos. Otros rurales atacaron por el frente.*

*A las nueve de la mañana el combate era ensordecedor y recibíamos un nutrido fuego que superaba en diez nuestras raquíticas filas.*

*A las diez la lucha era encarnizada, feroz y a muerte. Las descargas de la fusilería eran cerradas, las bombas de dinamita que explotaban entre las filas de los federales en número de mil hombres no habían podido arrebatarnos un palmo de terreno a los combatientes de la casa.*

*A las diez y media Aquiles se acercó para decirme:*

*—Carmela, ya no han de tener parque en la azotea.  
¿Quién podrá llevarlo?*

*—Yo, Aquiles —respondí—, yo lo llevaré.*

*Abrí una caja, tomé el parque, lo puse en la falda de mi vestido blanco y subí hasta la azotea. Efectivamente las municiones se habían agotado y la defensa se hacía débilmente. Repartí el parque, ya me retiraba cuando al atravesar hacia la escalera los federales que no podrían descubrir a ninguno de los nuestros reconcentraron su fuego sobre mi silueta, que brillaba a la luz del sol. Una bala atravesó mi peinado, otra vino a tocarme en el tórax, sentí que iba a caerme, pero una voluntad suprema me sostuvo. Mi vestido quedó materialmente rojo a consecuencia del abundante derrame de sangre. En tres segundos pasó toda mi vida frente a mí como en un carrusel; desde la infancia con mis hermanos hasta las cálidas manos de Mario y las palabras de aliento de mi madre.*

*Seguimos combatiendo, posesionados de las ventanas, hasta donde no habían osado acercarse los federales. Se me olvidó el dolor. Tenía que luchar por mi vida. Volví a subir como a las once y media a donde estaban nuestros amigos. Encontré a Máximo, que se había trepado por una cañería, solo un señor —de apellido Méndez— que estaba herido lo acompañaba. Los demás estaban muertos, creo que alguno había logrado escapar. Le grité a Máximo para que se bajara, pero él no quiso. Y mientras disparaba su carabina, me dijo riéndose:*

—No Carmela, todavía nos podemos sostener aquí otro poco.

—No, no. Bájate —le grité—, ¿no ves que te has quedado solo?

—¿Qué importa?, lo que debes hacer es darme parque, me hace falta— y siguió combatiendo con la sonrisa en los labios.

—Pero, ¿cómo te subo el parque? —le grité.

—En una canasta y con una cuerda, pero luego.

*Corrí a buscar la canasta. Cuando volví a subir los federales estaban en la azotea y me dio la corazonada de que Máximo había muerto. Bajé entonces, y le dije a Aquiles:*

—Máximo se fue. Los federales estaban en la azotea. No me olvidaré nunca del gesto de dolor que puso al oír esto. Dejé de disparar y puso su carabina en un rincón.

*A todo esto, un grupo de rurales se acercó. Nadie disparaba, se colocaron frente al zaguán de la casa. Los veíamos bien, podíamos haber matado a la mayor parte de ellos. Yo estaba fuera de mí, por la muerte de Máximo, le dije a Aquiles señalándole a los rurales:*

—Mira, acabaremos con todos esos.

*Aquiles se me quedó mirando con desconsuelo y me preguntó:*

—*¿Ves algún jefe con ellos?*

—*No, están solos —le dije.*

—*Pues bien, si yo supiera que con su muerte triunfaríamos, los mataría a todos, pero estamos perdidos de todas maneras.*

—*Tienes que esconderte —le dije—. Por la causa.*

—*¡No! —me respondió.*

—*Aquí, escóndete, ¡aquí donde guardamos los rifles!*

—*No Carmen, saldré y moriré luchando.*

—*No hermano, llegarán refuerzos en unas horas, tú haces falta a la causa. Te lo ruego, entra, será por pocas horas.*

*Aquiles agachó la cabeza y reflexionó:*

—*Me esconderé porque me lo pides y porque mañana seguiré en la lucha por la libertad. De todas maneras hay que morir.*

*Se quitó el abrigo que llevaba puesto. Empuñó su pistola, se echó algunos cartuchos en las bolsas del saco, y lo ayudé a entrar en el escondite, levantando la duela del piso, volví a colocar la madera encima, y puse un tapete a los lados y dos sillas para disimular.*

*Yo, aunque con el corazón hecho pedazos por la muerte de mi hermano Máximo, y para proteger la retirada de Aquiles, seguí haciendo fuego desesperada por la ventana hasta que Filomena me jaló por la falda y me obligó a suspender el fuego, llevándome a una pieza contigua donde estaban ella y mi madre.*

*Roto el zaguán a tiros, penetraron los federales a la casa, el jefe político, Joaquín Pita, llegó hasta donde nos hallábamos con el sombrero en la mano. Al principio, cuando creyó que Aquiles se hallaba escondido en la misma habitación, nos trató cortésmente, pero cuando se convenció de que no corría ningún peligro, cambió en forma brutal y hasta empujó a mi cuñada, que estaba encinta.*

*Nos llevaron en un coche cerrado a la cárcel, quisieron curar mi herida en la sección médica, pero me rehusé terminantemente diciendo que me curaría con saliva. Tal era mi desesperación y mi enojo que no sentía molestia alguna, no obstante de estar tan mal herida. Durante tres días permanecí sin comer, pues no quise probar nada. Al día siguiente de habernos aprehendido a mi madre, a mi cuñada y a mí, nos llevaron a declarar.*

*El hombre que nos había sacado de nuestras respectivas celdas, al pasar por el patio, nos dijo: «Vuelvan la vista a la derecha». Mi madre, de tan afligida, no hizo aprecio de la observación. Yo le escupí en la cara al soldado, quien como respuesta me dio un culatazo en el rostro, pero mi cuñada Filomena sí volteó. Al ver los cadáveres ensangrentados de Aquiles y Máximo en unas camillas sufrió un síncope y se desplomó en tierra sin sentido.*

*Poco después supimos cómo había muerto Aquiles. En el frío sótano donde lo escondí apenas podía haber sentado. Al paso de la media noche, no pudiendo resistir la falta de aire, hizo un movimiento, un leve ruido despertó a Pérez que se encontraba sentado y recostado sobre la mesa. Aquiles salía del escondite en el piso, Pérez vio un bulto que se levantaba del suelo.*

—¿Quién es usted?

—Aquiles Serdán, no me mate, no sea vil.

*Tras un breve forcejeo, le disparó y cayó muerto. Pérez comentó a los testigos.*

*Aquiles fue colocado en una litera y se ordenó su traslado al cuartel policiaco.*

*Ese fue el 18 de noviembre de 1910 en Puebla. La Revolución Mexicana estaba en marcha.*

Este libro fue diseñado y compuesto por Enigma en Puebla, Mx.  
El texto de todas las páginas interiores fue compuesto con la  
tipografía **EDITORIA** en todas sus variantes. Las letras  
capitulares fueron exclusivamente diseñadas para  
acompañar a la tipografía del cuerpo general  
y la imagen de portada fue producida  
especialmente para esta edición.

Ejemplar gratuito y de libre  
distribución 2023

Como en el campo de la historia oficial se ha hablado muy poco sobre Carmen Serdán, un personajes tan relevante en la historia de Puebla, y en el de las otras corrientes historiográficas todo está por hacerse, Martha Porras y María Alejandra Domínguez eligieron con acierto el vasto horizonte de la ficción literaria para proponer una aportación a un mundo que falta. De esta intención ha resultado una novela que nos ofrece muchas tramas a la vez, y nos introduce a través de una narración felizmente sencilla y hasta en tono familiar a la vida cotidiana de esta enigmática mujer, vista en múltiples facetas, como la hija primogénita que se hizo cargo de su familia y del sostenimiento de su casa, la hermana comprometida con las ideas políticas de su tiempo, la amiga solidaria a la que se le recordaba por su afición a los libros de historia y civismo, la nieta orgullosa de su legado liberal, la tía que contribuyó a la crianza de sus sobrinos, entre otras vertientes de su apasionante personalidad.

Es de reconocerse la buena cosecha que en su objetivo de novelar a la revolucionaria heroína han logrado las autoras, que tal vez sin proponérselo la han liberado también del olvido partidista y de la pose escultórica, para impulsar su resurrección por obra y gracia de las mágicas dimensiones de las letras, haciéndola acompañar para el efecto de otras dos entidades, la ciudad de Puebla al despuntar el siglo pasado y la vorágine de la lucha armada de 1910, etapa clave en la formación y crisis de México actual.



**Puebla**  
Contigo y con rumbo  
Gobierno Municipal

**IMACP**  
Instituto Municipal de Arte  
y Cultura de Puebla